

INCÓMODAS

CRÓNICAS DE MATERNIDADES DISRUPTIVAS



CAMILA COSTA ✨ AGUSTINA GÓMEZ

INCÓMODAS

Este libro corresponde al Trabajo Integrador Final de nuestra Licenciatura en Comunicación Social con orientación en Periodismo.

Escrito y editado durante el 2020.

Facultad de Periodismo y Comunicación Social. Universidad Nacional de La Plata.

INCÓMODAS

CRÓNICAS DE MATERNIDADES DISRUPTIVAS

CAMILA COSTA  AGUSTINA GÓMEZ

Algunas de las identidades de lxs protagonistas de este libro han sido cambiadas para preservar su integridad.

Índice

Introducción.....	12
Indefensas.....	32
Milagros.....	32
Verónica.....	43
Susana.....	56
Incomprendidas.....	66
Gabriela.....	66
Maica.....	85
Invisibilizadas.....	102
Antonella.....	102
Inapropiadas.....	130
Luana Marian.....	130
Karla.....	146
Inoportunas.....	166
Eugenia.....	166
Elizabeth.....	181
Gavina.....	194
Agradecimientos.....	210
Camila.....	210
Agustina.....	211
Bibliografía.....	214

*A Mariana y Rosa,
las primeras mujeres a las
que vimos ejercer el rol materno
y quienes nos criaron en libertad.*

Introducción

Con el paso apresurado bajó las escaleras resbalosas que conectaban las aulas con el patio de la Facultad de Trabajo Social de la Universidad Nacional de La Plata. Sorteando los charcos y el barro que se habían formado después de la fuerte tormenta de primavera, el sol comenzaba a salir y la humedad platense erizaba el cabello de la cantidad de personas que se encontraban ahí a pesar del clima. Con los ojos vidriosos, una sonrisa gigante y el corazón alivianado, Brenda cruzó el portón de chapa que conducía a calle 10. Respiró tan hondo que sintió una intensa presión en el pecho. Suspiró. No sólo exhaló todo el aire contenido sino también la carga de tantos años. Acababa de contar el hecho más trascendental de su vida, el cual tenía guardado en un lugar de sus recuerdos donde solo ella tenía la llave para entrar.

El glitter verde y violeta en los rostros. El mate que pasaba de mano en mano. El llanto de lxs niñxs. Las tetas colgando y amamantando. Los paraguas humedecidos después de la lluvia. Las galletitas compartidas. Los pañuelos verdes anudados en las mochilas, en las cabezas, en las muñecas. La carcajada fuerte y las lágrimas que corrían por la mejilla. Un aula pequeña abarrotada de mujeres. Las sillas eran escasas, sólo para las embarazadas, las que cargaban a sus niñxs

y las mayores. El resto se sentaban en el piso con las rodillas contra el pecho, buscando ocupar el menor lugar posible para que pudiera entrar alguna más. Lxs niñxs más inquietxs se las ingeniaban para recorrer el aula alejándose de sus madres, pero siendo cuidadx por todas. Las que querían salir pedían permiso para hacer un paso y, como una coreografía sincronizada y espontánea, las demás levantaban sus brazos y las sostenían para poder acercarse a la puerta. Otras escuchaban desde el pasillo. Las dos aulas donde transcurría el taller de «Mujeres y Maternidad» estaban en las mismas condiciones. Repletos de mujeres impacientes, buscando respuestas y contención sobre cómo la maternidad las atraviesa.

Desde 1986 habían pasado treinta y cuatro Encuentros de Mujeres, pero este era el primero para Brenda. Sentada en el piso entre la marea de mujeres levanta la mano y pide la palabra. Dudaba. Le temblaban las manos. Todas eran oído y abrazo a la vez.

—¿Brenda? —dijo la coordinadora del taller mirando la computadora. Era su turno.

—Hola a todes. Escuchando lo que decían las demás, creo que tuve suerte. Yo no me morí porque conseguí la plata. —escupió casi sin pensarlo. Liberó un secreto que tenía guardado hace casi diez años, a un montón de mujeres que desconocía, pero no la juzgarían.

A sus veintidós años sus bases económicas eran débiles. Vivía sola, estaba desempleada, estudiaba y tenía una relación de amistad y poco estable con Martín. Las dos rayas del test indicaron que estaba embarazada. Sintió que se le paró el corazón. Abrumada soltó la tira reactiva. Sosteniéndose de lo que podía, se sentó sobre la tapa del inodoro y se agarró la cabeza. Solo se oía su respiración intermitente. Volvió su mirada al test y las dos rayas seguían ahí. Lloró desconsolada. Llamó a Martín. Era el peor momento de su vida y lo necesitaba.

Las horas siguientes intentó hablar con sus amigas más íntimas y les contó su situación. Tenía que desahogarse. Si en la actualidad es difícil hablar del tema, en 2009 aún más. La falta de información era mucha y encontrar un apoyo se volvía casi imposible. Algunas pasaron por esa situación y se lo contaron. Si ella no planteaba el tema nunca se hubiera enterado de sus experiencias. A una de sus amigas la llevaron durante seis meses a otro país para que ni su familia, ni la sociedad, se enterara que se iba a practicar un aborto, porque «era algo que no tenía que sucederle».

—Yo sentía culpa, me sentía mal, sentía miedo, la mirada del otro, sentía que me iba a morir. No sabía de qué se trataba porque no encontraba información por ningún lado. No había una red de contención entonces

era como que todo el tiempo estaba sola con mi decisión. —recuerda Brenda.

En la fachada del edificio, ubicado en la ciudad balnearia de Mar del Plata, las enormes letras blancas decían: «Clínica de Fertilidad». Brenda ingresó, se acercó a la mesa de entrada y dijo su nombre. Un ginecólogo la atendió y le hizo una ecografía. Le preguntó qué quería hacer, Brenda sostuvo que quería interrumpir ese embarazo. El profesional le dio un papelito que describía la intervención. La secretaria le dijo con frialdad que eran \$6.000. Brenda metió la mano en su bolsillo, sacó el dinero que le habían prestado y le dieron un turno. No sabía qué le iban a hacer, estaba sola y librada a la clandestinidad.

Desde ese momento comenzó a transitar un proceso donde tuvo que recomponerse a sí misma, hacerse cargo de su vida, de sus decisiones y de su cuerpo. Muchas veces sintió la necesidad de ponerlo en palabras para liberarse, pero nunca contó con esa contención en su familia. Siente que fue tan importante haber pasado por eso en su vida que no sería la misma persona que es hoy.

—Es re doloroso porque tenemos que tener derecho a desear la maternidad y, si no queremos, también tenemos derecho a no desearla. —continúa.

Junto a Martín realizaron ese proceso. Comenzaron a amarse de otra manera y a construir una relación. Afianzaron su vínculo y después de varios años, decidieron que querían tener unx hijx. Aunque surgían los fantasmas, la culpa y las ideas paranoicas, las fueron derribando. Después de seis meses de búsqueda, el test volvió a marcar las dos rayitas, pero, esta vez lxs llenó de felicidad. Producto del amor y el deseo, Amancay llegó a sus vidas.

— ¿Cómo te sentís con la maternidad?

— La maternidad es una montaña rusa. Te da felicidad, miedo, terror, alegría y amor desbordado. Te da muchas cosas todo el tiempo. También está bueno desmitificar un poco. La maternidad es hermosa, pero es un momento más, es una etapa más hermosa en mi vida y no es la única. No es todo rosa, hay días que no tenés ganas de estar, que tenés ganas de dormir y no podés. Hay muchas mamás que también dejan todo por criar a sus hijos. Tampoco está bueno porque somos personas y no nos tenemos que abandonar como mujeres.

Nos encontramos con muchas historias de maternidades disruptivas como la de Brenda. Historias de dolor, de culpa, de mandatos, de duelos y de amor. Historias que merecen ser contadas y, por eso, decidimos reunir algunas de ellas para dar vida a *Incómodas*.

Este proyecto nace desde una transformación de nuestra perspectiva como jóvenes mujeres en materia de género, es decir, cómo somos pensadas y construidas históricamente las mujeres desde el ámbito personal, familiar y social. Este cambio de paradigma comenzó desde el primer «Ni Una Menos», movilización masiva que nos atravesó hasta lo más íntimo. A partir de esta comenzamos a pensarnos como sujetas políticas y partícipes de la historia.

Como tantas otras, somos hijas del «Ni Una Menos». Convencidas de la necesidad de transformar las estructuras sociales y culturales que nos someten a las mujeres a un lugar de desigualdad. Desigualdad en derechos, oportunidades, en espacios de poder, en el ámbito laboral y educativo. Desigualdad de participación, de decisión y de libertad.

¿Pero por qué hablar sobre maternidad? Aunque el femicidio es la máxima expresión de violencia, en la cultura patriarcal se esconden otros tipos de manifestaciones que vulneran a las mujeres. El mandato de la maternidad es violencia simbólica. Por este motivo, consideramos que debe ser cuestionado y criticado. En esta lógica, la maternidad se convierte en un contrato que nos obligan a firmar desde que somos niñas, a través del juego en donde se nos impone lo que debemos ser y cómo serlo. Así aparece el ideal de maternidad única. Se nos adjudica el rol de buenas madres, cuidadoras y serviles.

Una buena madre es amorosa con sus hijxs, sacrificando cualquier deseo personal. Es esclava del hogar y de las tareas de cuidado. La buena madre es buena chef y excelente limpiadora. Tiene un instinto materno que nace desde su ser biológico, que proviene de su ADN, por el simple hecho de ser mujer. La buena madre se suspende como sujeta independiente y solo es madre de alguien. Conoce tanto a sus hijxs que se desconoce a sí misma. La buena madre siempre tiene una respuesta ante todo y es resolutiva de conflictos. No contento con esto, el sistema capitalista le exige salir al mundo laboral. Una buena empleada, siempre disponible para el mercado. Eficiente, responsable y práctica cumple su doble rol: madre y trabajadora perfecta. Una super mujer. La buena madre ejerce sus tareas con placer. No llora, no se queja, no se cansa, se calla.

No importa que se trate de una niña o una adulta, tampoco importa si es pobre, clase media o rica. Mucho menos sus creencias, su nacionalidad, sus posibilidades o que sea en contra de su voluntad. No importa. Su única meta y fin es materner y debe ser feliz con esto. Además, la buena madre es mujer. Una mujer buena, sumisa y alegre que, sobre todas las cosas, ama incondicionalmente. Pero la buena madre no existe. Es un ideal inalcanzable. Es un ideal irreal. Es un ideal opresor que jamás las hace sentir suficientes. Y, por lo tanto, trae aparejado sufrimiento.

Para paliar este padecimiento, proponemos pensar el concepto de maternidades disruptivas, aquellas que rompen con este ideal de madre y no cumplen con los mandatos sociales construidos por la sociedad patriarcal. Maternidades, en plural, porque existen tantas maternidades como personas en el mundo. Entendemos a la maternidad como una función social que no necesariamente tiene que ser cumplida por mujeres y que está atravesada por múltiples factores y conflictos. La maternidad se construye socialmente.

A lo largo de la historia se fue formando y transformando este rol exclusivo a las mujeres. La historiadora Ivonne Knibiehler¹ señala que a partir del siglo XII hay un quiebre en donde aparece la palabra *maternitas*. Previo a este momento no había ninguna palabra que describiera la acción que vincula a las mujeres con la crianza de lxs hijxs. Esto se debe a que, sobre todo las mujeres de alta posición social y económica, no ejercían la crianza de sus hijxs sino que lo hacían las nodrizas, mujeres encargadas sobre todo de la lactancia.

Sin embargo, a partir del siglo XVIII, durante la revolución francesa, Jean-Jacques Rousseau aconseja a las madres a amamantar a sus hijxs y califica esta actitud como un signo de amor que eleva a la condición de

¹Knibiehler. I. *Historias de las madres y de la maternidad en occidente*. Nueva Visión: 2000 (pág.7).

valor simultáneamente natural y social, favorable a la especie y a la sociedad. Desde ese momento, las madres biológicas debían hacerse exclusivamente responsables de la crianza de sus hijxs. Fundada en la idea de lazo afectivo entre madre e hijx, fue el puntapié para que se reformen las condiciones morales, el instinto maternal, y, en consecuencia, el Estado sea repoblado².

A partir de esto, comprendemos que la noción de instinto maternal no deviene de una cuestión natural o biológica exclusivamente a las mujeres, sino que, al igual que la maternidad, es una construcción social. Desde el comienzo del mito sobre el instinto maternal, las mujeres fueron consideradas por los distintos sistemas económicos como máquinas reproductoras de personas. Esclavxs para la servidumbre, soldadxs para la guerra, colonizadores para las colonias y, actualmente, trabajadorxs para el mercado. Este discurso, que aún sigue instalado, estableció que el fin único de las mujeres es ser madre. Somos entendidas como seres incompletos que nos realizamos a partir del nacimiento de nuestrxs hijxs.

Siendo que la maternidad es un rol o función social, consideramos que puede ser ejercida por cualquier persona, no necesariamente por mujeres o madres biológicas. Porque en esa lógica, las personas que no pueden gestar, y optan por otros métodos para

² Bertolotto, A. (2014) *Madres descuidadas ¿por quienes?* (Tesis de maestría). La Plata, Argentina: El Agora.

convertirse en madres, como lo es la adopción o la subrogación, no están legitimadas para llevar adelante esta función. En este sentido, pensamos que es urgente que se desindividualicen y colectivicen las maternidades para que la responsabilidad no caiga en una única persona, que, hasta ahora, vienen siendo las mujeres. Madres, padres, el Estado y la sociedad, deben cumplir esta función, junto a las redes de cuidado que se tejen para sostenerlx.

En esta idea de crianzas y cuidados compartidos, además se transformaría la estructura económica de las mujeres. Dentro de la división sexual del trabajo, se estableció que las mujeres destinen gran parte de su tiempo a las tareas domésticas y de cuidado en relación con los varones.

Según una encuesta sobre el uso del tiempo que realizó el Instituto Nacional de Estadísticas y Censos (INDEC), ellas dedican 6,4 horas diarias en promedio a las actividades domésticas, y los hombres 3,4 horas, lo cual acentúa la desigualdad. La sociedad capitalista estableció una naturalización de estas tareas a partir de planteos como que las mujeres están a cargo de estas por decisión propia. Sin embargo, se trata de una imposición cultural de la cual es muy difícil escapar y tomar decisiones a partir del deseo propio.

Las tareas domésticas y de cuidado, son un trabajo invisible y no remunerado. Pero en términos capitalistas, genera ganancias. La Organización Internacional del Trabajo (OIT), define al trabajo como el conjunto de actividades humanas, remuneradas o no, que producen bienes y servicios, en una economía, o que satisfacen las necesidades de una comunidad o proveen los medios de sustento necesario para los individuos. En este sentido, no podemos dejar de pensar que estas tareas son un trabajo.

Este no es un fenómeno que ocupa únicamente a las mujeres adultas, sino también involucra a las niñas. Según especialistas de la OIT, el 5,6% de las niñas de 5 a 15 años en el país dedican 10 horas o más a tareas domésticas. Esta situación determinará su trayectoria laboral, ya que estas tareas le quitan tiempo necesario para la escolarización y las priva de formación en otras actividades.

Si a esto le sumamos el tiempo dedicado al trabajo remunerado fuera del ámbito privado, las mujeres destinan más de la mitad de su tiempo a actividades productivas. Es decir, una doble o triple jornada laboral. Por lo tanto, es casi limitado el tiempo que pueden dedicar a cuestiones personales, ligadas a sus deseos, o al desarrollo profesional y educativo.

No es casual que las mujeres seamos las más empobrecidas. Según el INDEC, en el país, de diez personas pobres, más de siete son mujeres, y de diez personas ricas más de siete son varones. El tiempo empleado para las tareas de cuidado es el factor más determinante para que las mujeres quedemos mayormente relegadas en el mercado laboral en comparación con los varones. Como consecuencia, se da el fenómeno denominado feminización de la pobreza. Se trata de una serie de mecanismos y barreras sociales, económicas, judiciales y culturales que generan cambios en los niveles de pobreza dejando a las mujeres y otras identidades feminizadas más expuestas a sufrir una peor calidad de vida.

Esta desigualdad económica no solo se da por el tiempo destinado a las tareas de cuidado sino, también, dentro del mercado laboral. Las mujeres en comparación a los varones ganan mucho menos en los trabajos remunerados. A este fenómeno se lo denomina brecha salarial. En Argentina es de 27,5%³. Es decir, tenemos que trabajar un año y tres meses para obtener lo mismo que los varones en solo un año.

Las tareas de cuidado están tan feminizadas, que las mujeres se desempeñan en puestos de trabajo que reflejan una extensión del mandato de cuidadoras. Por

³ Al respecto, *Economía Femini(s)ta*, una organización que produce, analiza y difunde datos, estadísticas y contenidos académicos de género, retoma datos de la Encuesta Permanente de Hogares del Indec.

lo tanto, ocupan sectores de educación, salud y trabajo doméstico, siendo estos los segmentos peores pagos. A esto se le denomina, paredes de cristal, o segregación horizontal.

Este fenómeno opera de manera tal que generalmente existen obstáculos invisibles que llevan a que las mujeres tengan poco acceso a los puestos de poder y decisión. Este techo de cristal o segregación vertical, hace que las mujeres permanezcan en los escalones más bajos de las instituciones: puestos menos calificados y de menor salario.

Las mujeres se encuentran en la encrucijada de cargar socialmente con la culpa de no cumplir con las tareas de cuidado o con ser excluidas del mercado. Las mujeres que no limpian, no cocinan, no sirven, no cuidan y dedican su tiempo al trabajo, son malas madres. Y aquellas que si hacen esto, pero no están insertas en el ámbito laboral para priorizar las tareas de cuidado, también. Este modelo que nos obliga a ser buenas madres y buenas mujeres, siempre nos condena al sentimiento de culpa y de insuficiencia. No solo nos pesa la autoexigencia que se nos es instaurada culturalmente, sino la mirada del otrx que opera sobre las acciones y decisiones que tomamos. Transitamos la vida acompañadas por la carga física y mental.

Como primera medida para amortiguar estas responsabilidades, consideramos que el Estado debe

rever sus políticas públicas, para que existan igualdades entre los géneros. Una de las mayores desigualdades en cuanto a la legislación en el ámbito laboral, son las licencias por maternidad y paternidad. A las mujeres se les otorga licencias laborales de tres meses, mientras que a los varones solo de dos días.

Se legitima desde el aparato estatal que las mujeres son aquellas responsables de la crianza de lxs hijxs. Pero también, esta mirada binaria de los géneros invisibiliza a las diversidades y a aquellas parejas no heteronormativas, generando conflictos al momento de cuidar al niñx recién nacidx o en los procesos de vinculación en casos de adopción.

La culpa, la carga mental y las responsabilidades son difíciles de afrontar para toda persona que materne, pero aumenta cuando no existe el deseo ni se tiene acceso a las herramientas o condiciones básicas para maternar y ser maternadx. La lucha histórica de las mujeres sigue exigiendo respuestas a un Estado que continúa vulnerando el derecho al aborto legal, seguro y gratuito.

Después de años de dar pelea en las calles, y de siete proyectos presentados, recién en 2018 la discusión tomó estado parlamentario. Primero la Cámara de Diputados, que dio la media sanción, y luego fue el turno de lxs senadorxs. En ambas jornadas, miles de mujeres inundaron las calles aledañas al Congreso

Nacional. En el resto del país, la escena fue la misma. Pero no éramos las únicas en la plaza. Una reja nos separaba de aquellxs que se oponían a este derecho, los sectores más conservadores y afines a la Iglesia que buscan sostener el status quo de la mujer y la maternidad. A pesar de la fuerza de la marea verde, la mayoría de lxs senadorxs votaron en contra, dando la espalda a una realidad que desampara a las mujeres y a los cuerpos gestantes. En noviembre de 2020, el presidente Alberto Fernández presentó un segundo proyecto para que la interrupción voluntaria del embarazo se convierta en ley.

En Argentina se realizan aproximadamente 54 abortos por hora, es decir, 1.300 por día. Por año se calcula que la cifra oscila entre 370.000 y 520.000. El aborto es una realidad cotidiana. Es un tema de salud pública, porque las mujeres continúan muriendo en manos de la clandestinidad. Desde el regreso de la democracia, en 1983, han muerto más 3.000 mujeres por abortos inseguros⁴. En este sentido, creemos que la lucha por el aborto no solo es la decisión y libertad sobre nuestro cuerpo sino pensar en maternidades arraigadas en el placer y el deseo. Maternidades despojadas de mandatos y obligaciones que lastiman y limitan.

No solo se nos niega este derecho que aún no está legislado, si no también se vulneran los que sí, como lo es la Interrupción Legal del Embarazo (ILE). Cada tres

⁴ Campaña Nacional por el Derecho al Aborto Legal, Seguro y Gratuito.

horas una niña de entre diez y catorce años es forzada a parir⁵. El 80% de estos embarazos son producto de una violación, en su mayoría, intrafamiliares. En 2018, se hicieron públicos dos casos de niñas de once años de Tucumán y Jujuy a quienes el Estado de estas provincias las obligó a continuar con embarazos no deseados producto de coerción sexual.

Desde 1921, el Código Penal⁶ contempla a la ILE. A partir de 2012, la Corte Suprema de Justicia de la Nación⁷ determinó que las personas tienen acceso a este derecho en casos específicos: si el embarazo representa un peligro para la vida de la mujer y este peligro no puede ser evitado por otros medios; un peligro para la salud de la mujer —entendida la salud como el bienestar físico, mental-emocional y social—; o si proviene de una violación. Desde el 2015 existe el Protocolo ILE⁸, con el fin de estandarizar las prácticas y garantizar el acceso a este derecho.

Más allá de exigirle al Estado la ampliación de derechos, creemos necesario repensar un cambio de paradigma social y cultural sobre estas concepciones para que exista una verdadera igualdad entre los géneros. Pero para que este suceda, en primer lugar,

⁵ Datos extraídos de un informe elaborado por el Ministerio de Salud de La Nación.

⁶ En su artículo 86.

⁷ A partir de la sentencia del caso «F.A.L.».

⁸ Protocolo para la Atención Integral de las Personas con Derecho a la Interrupción Legal del Embarazo, creado por el Ministerio de Salud de la Nación.

deberíamos discutir y sacar a la maternidad del ámbito privado, partiendo de que materner es un acto político. Debatir sus contradicciones, las disputas y relaciones de poder que están en juego, como también la soledad con la que se la atraviesa. Y con esta última, la culpa, las presiones, la carga mental y física. Desmitificar la maternidad como espacio de amor incondicional, para empezar a comprender que en ella también el dolor y el sufrimiento son parte.

Es hora de crear nuestro propio relato de la maternidad. Un relato que deje de militar el deseo ajeno. Un relato feminista que rompa con la dicotomía de la maternidad deseada y no deseada, donde albergue y luche por aquellas mujeres que más allá del deseo o de la obligación están maternando. Convertir la maternidad en un eje central de discusión y preocupación para el movimiento. Entendiendo que la enemistad histórica entre este ejercicio y los feminismos no tiene más sentido que excluir a las mujeres madres, dejarlas más solas y condicionadas.

Una maternidad feminista que despoje cada una de las construcciones y relatos de lo que las mujeres madres deben y quieren hacer, pero que no imponga un nuevo relato único, sino que plantee la libertad de ser y hacer. Una maternidad que no elimine a las mujeres como sujetas de derechos y deseos por el hecho de ser madres. Exenta de mandatos y referentes, sin distinción

de clases y que contemple los tipos de familia no hegemónicas. Una maternidad libre, digna y colectiva.

Incómodas

Ante la invisibilización y abandono de la maternidad proponemos, a través de cinco crónicas narrativas, repensar las representaciones, subjetividades y mandatos que giran en torno a esta, desde una perspectiva de género y disidente. Cada una de estas crónicas narra experiencias múltiples que forman parte de lo que denominamos maternidades disruptivas. Este libro está pensado en clave de derechos humanos, por lo cual no solo tiene por objetivo la deconstrucción del ideal de madre, sino también visibilizar cómo son vividas las maternidades de las personas con discapacidad, las travestis y trans, las adolescentes, las encarceladas, las que adoptaron y subrogaron. Las que incomodan.

Entendemos que es necesario el uso del lenguaje inclusivo ya que es una de las formas en que se representa la desigualdad entre los géneros y promueve una mirada binaria del lenguaje. *Incómodas* está pensado y escrito por mujeres. Pero es hablado, vivido y experimentado por mujeres y disidencias. Es un libro que está destinado a todxs.

Buscamos que *Incómodas* haga un aporte al debate de las maternidades y que sea una herramienta para repensarlas, hacerse cargo y contribuir a una maternidad colectiva. Una llave que no de certezas al lectorx, sino que abra puertas que conduzcan a interrogantes necesarios para la construcción de una sociedad más justa e igualitaria. Un libro incómodo. Porque hablar de maternidad incomoda. Porque visibilizar lo privado incomoda. Porque las historias de sus protagonistas incomodan. Pero sobre todo este libro es un acto de empatía, sororidad y empoderamiento.



Indefensas

Milagros

Entre mates, facturas, tostadas, y como banda sonora los maullidos de sus gatos, se encuentran cinco fotos sobre la mesa de madera del comedor. Cada una de ellas representan una parte de su vida.

— Acá estoy con Marti recién nacida. Esta era mi forma de sostenerla, me la apoyaba donde me parecía más cómodo. — comenta Milagros al ver la primera donde estaba con los brazos estirados y apoyados en sus propias piernas.

Parece una foto como cualquier otra sacada a unx bebé nacidx en la década de los noventa. Cámara analógica, sin filtros, ni producciones, que dejaban ver la realidad e intimidad familiar, completamente distinta a las que se encuentran en la actualidad en un perfil hiper estético de *Instagram*. Pero para Milagros representa el comienzo de su vida como madre, teniendo artrogrifosis múltiple congénita.

También conocida como artrogriposis o AMC, es una condición en la que hay múltiples contracturas articulares que afectan dos o más áreas del cuerpo antes del nacimiento. Una contractura se produce cuando una articulación se fija de forma permanente en una

posición en la que está doblada o recta, lo que puede afectar la función y el rango de movimiento de la articulación y llevar al desgaste de los músculos por la falta de movimiento.

La Organización Mundial de la Salud (OMS) considera que la discapacidad es toda limitación en la actividad y restricción en la participación, originada en la interacción entre la persona con una condición de salud y los factores contextuales —entorno físico, humano, actitudinal y sociopolítico—, para desenvolverse en su vida cotidiana.

En Argentina, según el Estudio Nacional sobre el Perfil de las Personas con Discapacidad, realizado en 2018, 10 de cada 100 habitantes tiene una discapacidad. Las personas con discapacidad suelen ser más mujeres que hombres. La cifra cambia aún más a partir de los ochenta años donde, entre ambos sexos, la diferencia es de diez puntos porcentuales. Una de cada dos mujeres de ochenta años o más, posee alguna.

El día que Milagros me invitó a su casa jamás pensé que allí podría vivir gente. En mi memoria frente a la terminal de autobuses de la ciudad de La Plata sólo había comercios, algún que otro bar y una fila interminable de taxis. No recordaba edificios altos, ni

algún portón o entrada que pareciera ser una vivienda. Pero cuando llegué me encontré con una puerta que ocupaba todo el ancho del frente, de hierro y madera descascarada con nombres escritos de vaya a saber quién.

Cuando toque timbre no imaginé que después de atravesar un pasillo me iba a encontrar con esta casa. Espacios amplios, ventanales que van desde el suelo hasta el techo y dejan entrar la luz que proviene de un pequeño patio interno. Tiene dos pisos, pero para Milagros tiene solo uno. Más tarde me contará que luego de una operación en su pie izquierdo, le es imposible acceder a la segunda planta donde se encuentra la habitación de su hija.

Milagros agarra otra de las fotos. La mira unos segundos y me la pasa.

—Acá estoy yo, estoy con mis dos hermanas mujeres, las mayores. Fijate la extensión de mis brazos y de las piernas rectas, sin flexión. —su voz es muy dulce y produce calma.

En la segunda foto se encuentran sentadas: Gabriela, Paola y Milagros en la escalera que conducía a la galería de su casa en Azul, ciudad ubicada en el sudoeste de la provincia de Buenos Aires. Ella es la cuarta hija de los seis nacidos del matrimonio de Susana y César. Aunque la artrogrifosis es congénita y

hereditaria, no existían antecedentes familiares de la enfermedad.

La comunidad científica aún no ha profundizado el estudio de esta condición y ni la OMS, ni el Ministerio de Salud de la Nación, han realizado informes o estadísticas. Tampoco existe alguna organización o asociación que la trate específicamente. Por este motivo, lxs médicxs cuentan con escasa información para tratarla y, en la actualidad, aún hay niñxs que en su nacimiento no tienen diagnóstico de esta enfermedad.

Al igual que sus padres, y a pedido de sus abuelxs maternxs, Milagros fue la única de lxs hijxs que nació en la provincia de Tucumán. Por razones del destino tuvo la fortuna de ser diagnosticada a las horas de su nacimiento en 1972, lo que determinó cómo sería su vida. Ella sostiene que lo que realmente hizo que pueda tener una vida independiente fue, y sigue siendo, la rehabilitación.

—No era como ir al médico, o algo feo, o aburrido; era como ir a la escuela. Arturo y Leonor, mis kinesiólogos, fueron como mis segundos papás, porque fui toda la vida hasta que me vine a estudiar a La Plata. En ese momento, imagínate que yo iba a quinto año de la escuela, que todos están de joda, y yo estaba divirtiéndome pero también iba a rehabilitación.

En quinto año de la secundaria, en la vorágine de terminar la escuela e irse de viaje de egresados, tomó la decisión de estudiar una carrera universitaria. Pensó que lo mejor sería estudiar kinesiología, pero realizó un test vocacional que definió otro rumbo en su vida, el de estudiar periodismo.

Iniciada la década de los noventa preparó sus valijas, se armó de valor y se fue a una pensión en La Plata, lejos de su familia. Era la llave de entrada a una nueva etapa. Al principio fue un reto dejar su casa, su familia y encontrarse sola en la ciudad.

— Fue un desafío en el sentido de que «yo me voy a estudiar igual que cualquier otro chico que termina quinto año», como decía. Pero después yo no veía limitaciones porque mi cabeza no funcionaba con que tenía una discapacidad.

Milagros se muestra segura de sí misma, a veces siento que me está contando la historia de otra persona. La escucho y me da ternura pensar en esa etapa de su vida. Recuerdo mi primer año como universitaria viviendo en esta ciudad y los miedos que sentí en aquel momento, son los mismos que cuenta Milagros.

— ¿Querés mermelada? — dice mientras toma envión para levantarse de la silla.

Su paso es errático y lento. En 2009 su pie izquierdo le comenzó a causar mucho dolor por la misma artrogrifosis. Después de meses de consultas médicas y diagnósticos que indicaban que no podría volver a caminar, una operación le devolvió la estabilidad. El resultado fue un descenso de la intensidad del dolor y la necesidad de un apoyo para moverse. Los bastones canadienses llegaron a su vida junto a una terapia psicológica para atravesar aquel momento de suma tristeza.

—De hecho la primera vez que sentí que tenía una discapacidad fue cuando me operaron. No sé si la palabra es inútil, pero bueno...

Con el frasco en la mano camina los dos metros que separan la heladera de la mesa y se sienta nuevamente. Mira las fotos.

—Estas dos son las de mi egreso, de la primera vez que entregaron el título en el Rectorado. Fue en el noventa y cinco. —está sonriendo con toda su cara.

Vestida para la ocasión, con un pantalón negro y camisa blanca, Milagros esperaba junto a sus compañerxs en medio de una marea de gente. Aquel día recibió el título de Licenciada en Comunicación Social en la Universidad Nacional de La Plata, donde actualmente es docente.

—Acá estoy embarazada con mi marido. —se genera un silencio. Sonríe. Parece como si se hubiera olvidado que estoy con ella. Durante algunos segundos vuelve a ese lugar encontrándose con aquella Milagros del pasado.

—¿Alguna vez habías pensado en ser mamá?

—Quedé embarazada sin querer a mis 24 años. En principio, nunca en mi vida había pensado que iba a tener un hijo. Era como que nunca me lo había propuesto porque yo decía que no podía continuar mi enfermedad en otra persona. —me sorprendí. Jamás había pensado en la posibilidad de que no quisiera ser madre por ese motivo.

—¿Pensaste en la posibilidad de no tenerla?

—Yo fui al hospital y ahí mismo me ofrecieron. Yo creo que fue por la situación concreta de la enfermedad. Pero tampoco lo pensé como posibilidad. En realidad mi idea era que no iba a tener hijos, pero una vez que estuve embarazada nunca pensé en abortar.

—¿Estuviste acompañada durante ese proceso?

—Lo que recibí fue el apoyo inmediato de mi marido, Osvaldo. Él me dijo: «yo estoy de acuerdo con lo que vos decidas».

En diciembre de 2019 fue publicado en el Boletín Oficial una nueva actualización del «Protocolo para la

Atención Integral de las Personas con Derecho a la Interrupción Legal del Embarazo» (ILE). Este establece que las personas con discapacidad tienen derecho a pedir y acceder a la ILE por su propia voluntad, mediante la adaptación de las prácticas, como también pueden negarse a que se les practique un aborto sin su consentimiento.

A pesar de la decisión de continuar con el embarazo, nada le quitaba ese nerviosismo. Hizo numerosas consultas médicas para saber la probabilidad de que Martina tuviera el mismo diagnóstico. Algunxs médicxs le decían que las probabilidades eran del 70%. Otrxs del 50%. Otrxs del 20%. Y otrxs de que tenía la misma posibilidad que cualquier mujer sin artrogrifosis, como fue su mamá.

No tenía con quien llevar el peso de cargar con la responsabilidad de que su hija naciera con su misma condición. Nadie más que ella sabía lo que era lidiar toda la vida con la artrogrifosis. La incertidumbre la agobiaba, la cansaba y le pesaba. Ningunx de lxs profesionales le propiciaba un panorama alentador, ni respuestas certeras.

Los controles eran permanentes. En cada ecografía su obstetra especializada en embarazos de riesgo, le contaba los avances del crecimiento y la tranquilizaba diciéndole que la bebé estaba en

excelentes condiciones. En el último control le aseguraron que estaba bien. Flexionaba y se movía. Pero ella necesitaba ver para creer.

—Ese día tuve mi primera contracción, pero fue todo mental porque yo sabía que tenía que nacer y generé las contracciones. —era 24 de enero de 1997, a las ocho de la mañana. Al siguiente día su obstetra, que la había atendido durante todo el embarazo y en quien ella confiaba plenamente, se iba de vacaciones— Nunca tuve dilatación así que fui a cesárea.

Ese viernes de verano, a las once de la noche en el hospital Gutiérrez, Martina y Milagros lloraron juntas por primera vez.

—Fue perfecto. Ahí sí me largué a llorar, cuando nació y vi que estaba bien, que estaba sana y que no tenía artrogrifosis.

—Upa, upa, upa. —decía Martina a la vuelta del jardín que estaba ubicado a cuatro cuadras de su casa.

—Milagros la alzaba, la llevaba media cuadra, se cansaba y la volvía a bajar.

—Upa, upa, upa. —insistía.

El cansancio y el dolor despertó su creatividad e inventó un juego.

—Mirá Marti, vamos a hacer una cosa. Vos me llevás a mí y yo te llevo a vos, porque si no nos cansamos las dos. —a Martina le fascinó la idea.

Ese «llevar a upa» significaba que iba una un paso delante de la otra, agarradas de la mano. Ese era el juego que se le había ocurrido para que no sea tan trágico esto de «no te puedo llevar».

—¿Sentías culpa en ese momento?

—Sí. Súper culpable. Muchas culpas sentí cuando Martina crecía. Culpa de, por ejemplo, no hacerle los juegos de altura, de hacerla volar o de ir a los jueguitos de la plaza, o subía y me sostenía yo, o subía ella y la cuidaba. Entonces iba con mi marido o con mis amigas.

Su entorno creía que no iba a poder cuidar de su hija sola y le ofrecía constantemente ayuda. Pero Milagros siempre pudo, rompió con todos los prejuicios. Era consciente de sus límites, y los ponía ella misma, como en todas actividades de la vida cotidiana.

—¿Alguna vez sentiste el peso de tener que alcanzar un ideal de madre?

—Yo no sé, medio que no me importa mucho. Porque en realidad, lo que me pasa es que yo siempre sentí la mirada del otro. Lo sentí un montón y lo sigo sintiendo. Entonces es como que yo misma desde chica me armé una coraza. Una protección permanente, que

me podés mirar de arriba a abajo, que yo sé que me estás mirando pero que digo «no me va a importar». Sí me ha pasado de estar con Martina y seguro alguien me dijo cosas como «ay, ¿te la tengo?». «No, yo puedo».

La relación entre ellas se construyó a base de juegos que paliaran las dificultades y verdades que las sacaran a la luz. Milagros cada vez que habla de su hija tiene un brillo intenso en sus ojos. Me conmueve. Se levanta nuevamente y va a buscar su celular. Vuelve, se sienta y con sus brazos extendidos, lo sostiene. Busca en silencio. Me muestra la última foto de la tarde: ellas abrazadas, rodeadas de la vegetación misionera de las Cataratas del Iguazú. Jamás despega la mirada de ese momento inmortalizado de sus vidas. Pienso que otra vez se olvida de mi presencia. Durante minutos no puede dejar de hablar de Martina, de sus estudios, sus amistades y su futuro. Tampoco puede dejar de recordar lo importante que fue para ellas contar una con la otra. Ni mucho menos ocultar la sonrisa que se le escapa cada vez que la nombra.

Hace seis años Milagros convoca, a través de *Facebook*, a reuniones en ciudad de Buenos Aires para personas que tienen artrogrifosis y a sus familias. La mayoría son menores acompañadxs de sus madres preocupadas por el futuro que les deparará. Desde la primera reunión Martina tomó la posta y fue parte. Cuando la ven, se emocionan, porque no pueden creer

que con artrogrifosis, tenga una hija tan grande y sana. Y para ella el orgullo es inconmensurable. El orgullo de que todos los sacrificios valieron la pena.

—No podían creer que yo me había casado, que había estudiado una carrera universitaria y que la había terminado. Y menos que daba clases en una facultad. Logros que son la satisfacción de mi vida.

—¿Crees que esto tiene que ver con la crianza que tuviste?

—Sí. Gracias a mi mamá. A mi papá también, pero gracias a mi mamá. —vuelvo a ver la emoción en sus ojos.

Durante un rato seguimos hablando de otras cosas sin embargo, no puedo dejar de pensar en su mamá y la enorme responsabilidad que tuvo que cargar durante toda su vida. Supongo que Milagros también, porque cuando recorremos el largo pasillo para despedirnos, de repente me pregunta:

—¿Querés hablar con mi mamá?

Acepto. No puedo negarme. Siento que hay una parte de su historia que debo descubrir.

Verónica

Un tren y dos subtes me dejan en el corazón de la ciudad de Buenos Aires. Son las diez de la mañana y

las calles están colmadas de gente. A pesar de que recién comienza mi día, ya me siento agotada. Sigo porque quiero encontrarla. Ya tengo la historia de Milagros en mis manos pero sé que hay otras más por descubrir. Cruzo la avenida 9 de Julio hacia el metrobus. Entre los carteles busco el número 67, colectivo que me llevará a Recoleta. «5 min. 67 a», dice una de las pantallas. Me sorprende la puntualidad del colectivo. Subo. Busco la ruta que debo seguir en mi teléfono. Tengo que bajar en la parada siguiente de la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires. El viaje dura menos de lo que espero. Bajo. Me topo con un edificio imponente, de enormes azulejos color bordó. En una de sus paredes las letras TVP y una escarapela plateada. Me dirijo a la entrada ubicada en la calle Tagle.

En la recepción una mujer de seguridad me pide el documento. Levanta el teléfono, me anuncia y me deja pasar.

—Seguí por este pasillo y dobla a la izquierda. Te vas a encontrar con uno larguísimo. Seguí, seguí, seguí hasta que veas una máquina para cargar la sube. La redacción está al lado, ella está ahí. —me dice la mujer. En su gesto y el tono de su voz sospecho que debe ser un *speech* que repite cotidianamente.

Ese pasillo amplio, por momentos está repleto de maderas, tablones y carteles y, por otros, hay paredes de vidrio espejadas que evidencian que del otro lado habría algo parecido a un estudio. Todo me llama la

atención. No siempre tengo la oportunidad de entrar a un canal de televisión. De hecho, es la primera vez. Al final del pasillo veo una mujer que sale de una de las puertas. Intuyo que escucha mis pasos. Tiene un jean y camisa roja, su cabello también es de ese color.

—¡Hola! ¿Llegaste bien? Te estaba esperando. — me dice Verónica con una sonrisa. Le devuelvo el saludo— ¿Vamos al bar del canal? —me estira su brazo— ¿me acompañas? —La agarro y la guío durante unos metros hacia el resto bar Fabeco que está dentro del canal. Dudo porque no se si estoy haciendo lo correcto. Es la primera vez que tengo un encuentro con una persona ciega.

Cuando le pregunto cómo llegó a trabajar en el noticiero me dice que fue en la víspera de la Navidad del 2009. Ese día en uno de los estudios de la Televisión Pública, se encendió la luz roja de la cámara dando aviso al conductor Pablo Vigna que ya estaban al aire. Frente a él, Verónica aguardaba sentada sosteniéndose las manos transpiradas y temblorosas.

—¡Muy bien! ¿alguna vez habías hecho televisión? —le dijo Cecilia Laratro.

—No, es la primera vez.

Para ella fue muy fuerte que una maestra y una conductora histórica la aliente. Raúl de la Torre, gerente de noticias de Visión 7, cuando veía cómo se desempeñaba Verónica como periodista, tomó la

decisión de que ella debía tener un espacio en el noticiero. Luego de la prueba de aire, en enero de 2010, inició su columna sobre discapacidad. De esta manera, Verónica González Bonet se convirtió en la primera y única periodista ciega en la televisión de Latinoamérica.

Nunca se había imaginado en el mundo de los medios de comunicación. Cuando terminó sus estudios secundarios comenzó a estudiar la Licenciatura en Informática. Pero a los veintisiete años, tras recibirse, dio un golpe de timón y tomó la decisión de estudiar periodismo. Sin embargo, y a pesar de contar con diverso material periodístico, se encontró con mucha resistencia por parte de las empresas comunicacionales para contratarla. Pero en 2009, a pedido del Jefe de Gabinete, Aníbal Fernández, le dieron la oportunidad de trabajar para el Estado y ella decidió que ese canal era, sin dudas, el lugar indicado.

—Soy la única y es toda una responsabilidad. También muestra el vacío, la falta. La tele es un medio para romper con un montón de prejuicios que se tienen en relación con la discapacidad. Puede haber una periodista como cualquier otro formado y hablando de ciertos temas que no necesariamente tiene que ser discapacidad. Me parece que rompe con un montón de estereotipos.

—González Bonet. —resonó la voz de la ecografista en el pasillo. Verónica se levantó con entusiasmo junto a su marido y entraron al consultorio.

Se acostó en la camilla. Su marido la tomó de la mano. Era la segunda ecografía desde que supo que estaba embarazada de esx bebé que buscaron más de un año. Estaban ansiosxs. Querían saber el sexo de su hijx.

—Se escucha el corazón. Acá hay un bebé y acá está el otro. —dijo la profesional mirando la pantalla.

—¿Cómo?!, ¿cómo que acá está el otro?!

Su marido se quedó mudo. Verónica no podía parar de reír de los nervios. Ahora, mientras me cuenta, también se ríe a carcajadas. Dice que no lo podían creer. Iban a tener gemelos.

—Me ha pasado que por ejemplo un novio me dijo: «no, yo no quiero tener más hijos porque ya tengo una» y yo le dije: «bueno, ¿no querés tener más hijos? entonces esto se termina acá porque yo sí quiero». Hay cosas que uno puede negociar pero eso para mí era innegociable, porque yo sí quería ser mamá. Siempre lo tuve presente, nunca pensé que no iba a poder.

Al salir de la ecografía llamó a su médica especialista en fertilidad. Le dijo que estaba embarazada y que eran dos: Ignacio y Nahuel venían en camino.

—¿Y cómo vas a hacer? —preguntó la profesional.

Se enojó demasiado. Ella sintió que muchxs creyeron que no iba a poder. Algún que otrx compañerx la puso en tela de juicio cuando veían su panza. La trataron de loca y la cuestionaron. Aún más, cuando pensó en tener a su tercer hijo, Lautaro.

—¿Por qué? Si nunca le pedí a nadie que se haga cargo de mis hijos. —dice Verónica con determinación. Pareciera que fue una situación que tuvo que aclarar muchas veces. Cuando la escucho me recuerda a Milagros y no puedo evitar pensar que, tal vez, es algo que le pasa a todas las mujeres con discapacidad. Para el imaginario social, la maternidad y la discapacidad son incompatibles.

—Que feo que tu mamá no vea, no puede ver tus dibujitos. —a Nahuel, el comentario de su compañerita se le fijó como un imán en la mente. No podía parar de pensar en eso.

—Me gusta tener una mamá ciega. —dijo al volver a su casa del jardín.

—¿Por qué decís eso? —le preguntó Verónica.

—Porque vos siempre nos hacés comida rica.

—Pero eso no es por ser ciega, hijo.

—Bueno no, pero porque sos la mejor... ¿Y por qué no vas al médico?

—Mirá hijo, por más que vaya al médico no hay nada que hacer. Yo entiendo, no puedo ver tus dibujos, pero hay un montón de cosas que podemos compartir.

Verónica nació dos meses antes de lo previsto. Tuvo que estar en incubadora y el oxígeno le quemó las retinas. Sin embargo, nada la privó de perseguir sus metas.

En la primavera argentina del 2016, voló desde Ezeiza junto a Lautaro de solo seis meses y su hermana, al otoño suizo de Ginebra. Fue a participar del Foro Social de Discapacidad y Derechos Humanos de la Organización de las Naciones Unidas (ONU). Al ser la única periodista con discapacidad visual que trabajaba en televisión en Latinoamérica, fue invitada para compartir su experiencia periodística y hablar de medios de comunicación y discapacidad. El evento fue muy arduo. Estaba pendiente de su bebé tan chiquito y no podía socializar todo lo que hubiese querido en un acontecimiento tan importante a nivel mundial.

Verónica cuenta que complementar la maternidad con el ejercicio profesional, la constante formación y la militancia es complicado. Lo es para todas las madres. La culpa se hace presente y pareciera que nada es suficiente. No es suficiente el tiempo que se

pasa con lxs hijxs, no estar en los momentos cruciales de su desarrollo o no brindar el tiempo de calidad que demandan. Pero, ¿qué es suficiente para el mandato de ser buena madre?

—Mamá tenés un reto para el día de la madre, no tenés que trabajar. —le reclamó Ignacio. Se quedó muda. La frase dio vueltas por su cabeza durante unos minutos. No era la primera vez que sus hijos le demandaban más tiempo con ellos.

—Una vez Lauti era muy bebé y me dijo «te extraño cuando te fuiste de mi casa». Y bueno, también tengo en claro que soy una privilegiada y que tuve acceso a un montón de cosas y me significa que de alguna manera tengo que devolverlo. Entonces si me llaman para dar una charla, lo más probable es que diga que sí.

Así como voló a Ginebra, también viajó a Estados Unidos, Cuba y Chile, junto a sus hijos para formarse en diversas temáticas. Como un rompecabezas, siempre busca encastrar sus deseos personales con la maternidad.

Verónica se encuentra sentada frente a mí y la observo. Me doy cuenta que está completamente

vestida de rojo. No solo combina sus prendas, sino también sus accesorios. Me pregunto cómo hace. Luego me contará que la asesoran cada vez que ella lo necesita. Estamos en uno de los extremos del resto bar. No pedimos nada para comer ni tomar. Tampoco nadie vino a atendernos. En el lugar entran y salen personas constantemente. De fondo se escucha la máquina de expreso, las cucharas revolviendo el café y un murmullo constante.

La miro con mayor atención. No sé si está sentada de esa manera porque está en su trabajo, por lo que dice o simplemente es su manera de plantarse frente al mundo. Tiene las manos entrelazadas y apoyadas sobre la mesa. Por momentos siento que está preparada para salir al aire. Verónica es segura con sus palabras y recta en su postura.

—Los principales reclamos que pedimos las personas con discapacidad son el cupo laboral que se incumplió sistemáticamente desde siempre. Por otro lado, nosotros reclamamos el poder vivir una vida autónoma, que el Estado provea apoyos cuando es necesario y que se produzca la desmanicomialización.
—habla con mucha convicción.

—¿Y cuáles son los principales reclamos de las mujeres con discapacidad?

—En general hay una gran sobreprotección familiar, hay mujeres que todavía hablan que su

discapacidad es producto de algún pecado que habrán cometido sus padres. Hay conceptos bastante complejos de procesar y que generan cargas muy difíciles. Falta deconstruir muchísimo.

—Y respecto a los derechos sexuales, ¿se habla del derecho al goce o al placer?

—Muchas veces se cree que las personas con discapacidad somos asexuadas, entonces el disfrute no entra porque no tenés ese interés. Cuando se preocupan sobre la formación de una mujer con discapacidad, lo hacen desde lo intelectual, que hagan deporte, no sé qué, pero que aprenda sobre su sexualidad no. Hay una infantilización, porque si tu hija es un angelito y es una niña eterna, no tiene deseo sexual. Hay estereotipos en la familia pero también en quienes se encargan de darles información, los y las docentes, acompañantes terapéuticos, etcétera. No hay un abordaje correcto desde sus lugares tampoco.

—¿Sentís que tienen plena libertad para ejercer sus derechos?

—No. Hay mujeres con discapacidad a quienes se las esteriliza sin su consentimiento, con el de la familia, pero sin el suyo. Las mujeres con discapacidad tenemos que dar nuestro consentimiento también.

De repente escucho la voz de un hombre que irrumpe su relato:

—¡Hola Vero!, ¿Cómo andas? —grita al pasar.

—¡Hola Adri! —contesta ella reconociendo su voz.

El hombre me mira. Sonriendo me señala a Verónica y me levanta un pulgar. Entendí en ese momento el cariño que le tienen en el canal. Sin embargo, a ella ni el saludo, ni el ruido que hay alrededor la distrae y continúa:

—El reclamo principal es la falta de accesibilidad física y comunicacional en los centros de salud, en todos lados. Para una mujer que está en silla de ruedas hacerse una mamografía es complejo, hacerse estudios ginecológicos en general, es complejo. Normalmente no hay camillas que se puedan vascular, los consultorios médicos muchas veces no son accesibles, para las mujeres sordas ir a una consulta médica donde se respete su intimidad es complicado, lo mismo para mujeres con discapacidad intelectual.

Desde la Red por los Derechos de las Personas con Discapacidad (REDI), donde Verónica es secretaria de prensa, explican que los derechos sexuales y reproductivos buscan garantizar que las personas puedan tomar decisiones sobre su vida sexual y reproductiva con libertad, confianza y seguridad, sin ningún tipo de abuso, coerción, violencia o discriminación. Así como también acceder a métodos anticonceptivos, al aborto legal y seguro, a servicios

adecuados sobre fertilización asistida y servicios de salud pre y post embarazo.

Junto a la Asociación Civil por la Igualdad y la Justicia (ACIJ) denunciaron que el Estado no garantiza a las mujeres con discapacidad los apoyos necesarios para vivir de forma independiente y ejercer la maternidad de manera autónoma. Se piensa que no es conveniente que la ejerzan ya que aún existen prejuicios de que estas mujeres continúan su discapacidad en sus descendientes.

—Hay mujeres con discapacidad a las que se las aleja de sus hijos, yo he cubierto varios casos en ese sentido y es muy tremendo. Y todavía sigue ocurriendo.

Al costado de las vías del tren, Verónica, junto a su acompañante, Sofia, y sus hijos dieron un paso hacia adelante para cruzar. Las campanas de la Estación San Martín comenzaron a sonar. Retrocedieron. El tren pasó a gran velocidad y se escucharon gritos desde el otro lado.

—¡Ey, ey! —gritaba desesperada una señora hacia ellos.

Al cruzar la mujer los increpó.

—Eh, ¿pero cómo vas a hacer eso? —dirigiéndose a Sofía.

—Perdón, la mamá de los chicos soy yo, ¿qué tenés que decir? —le respondió enojada Verónica.

—¿Cómo van a hacer eso? —continuó quejándose la mujer.

—No hicimos nada. Cuando escuchamos la campana retrocedimos. ¿Sabés qué?, ocupate de tu vida. De los chicos me ocupo yo.

Su voz da cuenta de la bronca que sintió en ese momento, pareciera que la está reviviendo. Imagino que esa no fue la única vez en la que Verónica tuvo que alzar su voz. También me enojo y no puedo evitar preguntarme: ¿Por qué se considera que una madre con discapacidad no es lo suficientemente responsable para el cuidado de sus hijxs?, ¿por qué se las excluye del ejercicio de maternar?

—A mí una vez me dijeron «tenés que tener hijos para que te lleven, para que te guíen» y la verdad es que es un horror. Es infantilizar a la persona con discapacidad porque esa mamá es un adulto que cuida de sus hijos. No necesita que sus hijos la protejan, sino que ella protege a sus hijos. — cuenta Verónica.

Mientras la escucho recuerdo una frase que me dijo hace unos minutos y no me la puedo guardar solo para mí. «Frente a la discapacidad vos tenés dos cosas que hacer: o sentarte a llorar y sufrir por lo que no podés hacer o hacer lo que podés». Me apena pensar que en

unos minutos voy a despedirla y recién comienzo a entender, que tal vez esa postura es la que eligió para plantarse frente al mundo: una actitud empoderante ante la vida.

Susana

En una noche agobiante de calor en Tucumán, Susana salió al patio de la casa de sus padres para tomar un poco de aire. Agarró una de las reposeras que se apoyaban sobre la esquina y se sentó. Acarició su enorme panza. Miró las estrellas. Se le hizo un nudo en su garganta. Dice que en nueve meses ese fue el primer y único contacto que tuvo con su hija. Intuyó que algo no estaba bien.

A la mañana siguiente comenzó el trabajo de parto y por la noche nació Milagros. Al igual que el resto de sus hijos, dio a luz por vía vaginal. En esos, luego del parto le mostraron al bebé y lo colocaron sobre su pecho. Sin embargo, con Milagros la historia no se repitió. Desde la camilla Susana vio metros y metros de cordón umbilical que la conectaban con su hija.

—Ya se la llevamos, la estamos limpiando. —le dijo uno de los médicos.

Segundos después le acercaron a su hija toda envuelta en una manta donde solo se podía ver su cara. Únicamente le dio un beso. Mientras la llevaban a la

habitación arriba de la camilla, vio cómo las volvían a separar. Ese mal presentimiento que tuvo la noche anterior reapareció. Esta vez fue más fuerte.

Habían pasado casi dos horas desde que estaba esperando en la habitación.

—¡Por favor traigan a mi hija!

—Pasa que la nena nació con bronquitis y no quieren que tome frío. —le respondió su madre.

Susana me dice que se quedó en silencio y que miles de pensamientos pasaron por su cabeza: «¿Cómo una niña iba a tomar frío en el verano tucumano?». Minutos después se acercó una enfermera con la bebé nuevamente envuelta y la apoyaron en la cuna transparente al lado de su mamá. Tras doce horas de trabajo de parto estaba agotada y necesitaba atención médica.

Milagros comenzó a llorar. Su abuela la levantó, la recostó en la cama de al lado y le comenzó a cambiar el pañal de tela. Susana, ansiosa por conocer a su hija, se sentó en la cama y se inclinó hacia ella. Su cuerpo estaba tenso. Los brazos tirantes. Sus manos y dedos apretados. Su pierna izquierda tenía una flexión en la rodilla, como si estuviera dada vuelta, y su pie derecho estaba torcido hacia adentro. Estalló en llanto. Ahora, mientras me lo cuenta, también.

En medio del silencio de un hospital a la madrugada, el médico Ansanó escuchó en el pasillo, el eco del sollozo de Susana mientras se acercaba a la habitación. Cuando ingresó, agarró una silla y se sentó en un rincón.

—Mire señora, su hija ha nacido con artrogrifosis. —dijo el profesional con autoridad y compasión.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Eso quiere decir que sus articulaciones están anuladas, que están como rígidas. —Ansanó hizo una pausa. Tomó aire y dijo la frase más determinante de la vida de Susana— Mire señora, de usted y de nadie más que de usted, depende la recuperación de su hija. — estas palabras quedaron grabadas a fuego en su memoria.

—Doctor, ¿de mí?

—Sí, de usted. Usted no la debe sobreproteger, usted no le debe facilitar las cosas. Ella va a tener dificultades para todo lo que es flexión de brazos, de piernas y de todo. Usted no haga las cosas por ella, las tiene que hacer ella, como pueda, pero las tiene que hacer.

—No entiendo, doctor.

—Ella va a caminar, y cuando empiece a caminar se va a empezar a caer. Y cuando empiece a caer, usted la va a dejar que se caiga.

Mientras relata la experiencia más difícil de su vida, Susana no puede evitar contener la emoción. Durante unos segundos me quedo callada con el teléfono en la mano. Solo escucho su dolor. Lo siento. Me gustaría estar ahí.

—Mientras él me hablaba, pensaba que no puede ser tan cruel. Doy gracias a Dios y al doctor Ansanó. Ese hombre me marcó el camino, me marcó... —hace otra pausa y llora. Intenta recomponerse— perdón. Me marcó el camino que debía seguir con Milagros, fue así.

Desde hace una semana, cuando me fui de la casa de Milagros, deseo conocer qué es eso tan importante que hizo su mamá y por lo que ella tanto agradece. Es la primera vez que no estoy físicamente con alguna de las entrevistadas pero, desde que comenzamos la llamada fue tan dulce y cálida, que parece que acorta la distancia que hay entre nosotras. Continúa contándome su historia.

A los 18 años, Susana quedó embarazada por primera vez. Hacía unos meses que estaba de novia con César en Tucumán. Ser madre indicaba que debía abandonar su hogar para iniciar una nueva vida.

—En esa época tener 18 años era como ser una niña todavía, era una niña mujer. Era como que el

mundo se me abrió y te hundías. Había que quedar bien socialmente entonces es como que mis padres organizaron una fiesta, invitaron gente y se hizo todo una pantomima, viste. Debía ser todo felicidad y, en realidad, terminaba la fiesta y al otro día me tenía que ir de mi casa y no me quería ir, pero ni lo podía decir. — la interrumpo para saber cuántos años tiene. 74, me dice. Claro, ahora entiendo un poco más.

Su nueva vida en Azul fue muy dura. No conocía a nadie y estaba lejos de su familia. Sin embargo, tenía la contención de quien se convertiría en su segunda madre, su suegra. Sus abrazos y besos eran como transportarse a Tucumán a los brazos de su mamá. La recuerda y se emociona.

Cuenta que luego de un tiempo en esa ciudad, tuvo la necesidad de ganarse la vida para cuidar de sus hijxs. Vendía libros. Sorteaba rifas. Buscaba en las puertas de comercios y de las casas de familia un cartel que le ofreciera una oportunidad laboral. Hasta que un día, con sus hijxs auestas, vio uno en la puerta del Telégrafo de la Provincia de Buenos Aires que decía: «se busca telegrafista».

—¿Fuiste una de las primeras mujeres telegrafistas bonaerenses?

—Sí, pero sin saberlo eh. Era una necesidad. Lo único que importaba era encontrar el trabajo. Eran otras épocas. La mujer no pensaba en la mujer como mujer, ni

con derechos, ni nada de eso. Es un empoderamiento realmente como lo llaman. Lo que hemos logrado, cómo está parada la mujer, lo que se ha superado, hasta dónde se ha podido llegar. No surgió de la nada, esto se fue haciendo con muchos años y muchas lágrimas.

A los seis días de nacida Milagros, Susana regresó al hospital y se sentó en la sala de espera. La bebé tenía sus manos y pies envueltos en cinta adhesiva para separar los deditos rígidos y acomodar el pie equinovaro, es decir, el que estaba torcido hacia adentro.

—¿Ya se le cayó? —preguntó una pareja.

—¿Quién? —dijo Susana desconcertada.

—La bebé.

—¡No, no! —respondió furiosa ante la mirada prejuiciosa. Esa no sería la primera vez que la pondrían en tela de juicio.

A lo largo de los años, esas cintas que iban corrigiendo las partecitas del cuerpo de Milagros, se transformaron en estructuras de aluminio, de hierro, en intervenciones quirúrgicas, en paralelas que la ayudarían a dar sus primeros pasos y en diversas formas de rehabilitación. Para atenuar el dolor, apelaban a la creatividad. Cuando usaba las botas y el aparato para dormir, jugaban a que se convertía en un robot. Esos mismos juegos que, muchos años después, Milagros acudiría para paliar sus propios dolores como

madre. Mientras escribo, no puedo dejar de pensar que ambas dieron más de lo que podían para criar cada una a su hija.

Aquella frase que dejó marcada el doctor Ansanó en su vida, jamás pudo olvidarla. Cuando tuvo a su quinto hijo, Fernando, Milagros cumplió un año y dos meses y tuvo su primera operación.

—Tengo que dejar a Fernando a los veinte días de haber nacido para acompañar a Milagros a la cirugía que le iban a hacer en el pie. Fernando quedó en Azul, porque no podía entrar en la clínica. Se cortó el amamantamiento, fue un desprendimiento, algo que me arrancaron. Pero hay un para qué. Según el médico era el momento justo y había que hacerlo. Y ahí estuvimos.

Escucho la emoción de la voz de Susana del otro lado del teléfono. Pero no es una emoción agradable. Es una emoción desgarrada, llena de dolor que me incomoda. Entre nosotras no hay más que silencio. Intento imaginarla. Supongo que está sentada en la mesa de su comedor, secándose las lágrimas. Si estuviéramos juntas probablemente le estaría tomando la mano. Puedo entenderla. Es una mujer que cargó con la responsabilidad de cuidar a seis hijxs y tener un trabajo que lograra sostener a su familia. Vivía en una

constante disputa: intentar cumplir el mandato de ser buena madre.

Una tarde en el consultorio de Arturo y Leonor, lxs kinesiólogxs de Milagros, ella quería jugar con lxs niñxs que aguardaban su turno. Daba unos pasos, se caía y todxs, corrían a levantarla.

—Por favor, no la levanten. Ella sola se va a levantar. No importa el tiempo que le lleve, déjenla. —exigió Susana a lxs presentes.

La miraron con odio. Ella sabía la exigencia que depositaba en su hija. En muchas situaciones tuvo que ser dura con ella, pero recuerda una en particular que aún hoy le sigue doliendo.

Todos los días al regresar de la escuela, Milagros muy alegre contaba lo que había hecho durante esas horas fuera de casa. Sin embargo, un día volvió secándose las lágrimas. Susana escuchó el llanto desconsolado y le preguntó:

—¿Qué te pasó, hija?

—Mi compañerito me dijo que soy renga.

—Y yo te voy a hacer una pregunta: ¿es mentira lo que dijo tu compañerito? —Milagros la miró con los ojos grandotes— ¿Sabes qué pasa? Él te dice renga para hacerte enojar, entonces cuando él te diga «renga» decile: «si, yo soy renga ¿y qué?».

Susana sabía cuánto había lastimado a su hija con sus palabras. No pudo contener el dolor y se encerró en el baño a llorar en silencio. Ese baño se convirtió en un refugio donde descargar la angustia. Le dolía cada palabra y cada decisión que tomaba, pero comprendía que era lo indispensable para que ella viviera una vida independiente, sin ataduras.

Muchas veces sintió que no tendría la fuerza para continuar pero hizo todo lo posible para ser la mejor madre para sus hijxs, sobre todo para Milagros.

— ¿Sentís que toda la lucha de años valió la pena?

— No solo valió la pena. Fue hermoso. Que ella haya podido tener una hija, que vino al mundo por amor y que sigue siendo fruto del amor. Es hermoso. Y yo como abuela ¿qué puedo decir? Soy una abuela feliz, agradecida a Dios y al universo. Nada fue en vano, todo tuvo un por qué y un para qué.



Incomprendidas

Gabriela

Miro las casas de toda la cuadra. La camino de esquina a esquina y no encuentro la suya, pero sé que tiene que estar acá. En la ciudad de Buenos Aires hay calles largas y anchas, pero también otras muy angostas y pequeñas. En la que vive Gabriela, en el barrio de Flores, es de una sola cuadra. Veo una escuela, el piso de la calle empedrado y casas antiguas que no superan los tres pisos. Sobre mi cabeza, un techo formado de las hojas de los árboles da sombra y viene bien.

—¡Acaaá! —escucho el grito de Gabriela desde un balcón. —¡Tomá! Agarrá y entrá. —me dice tirando un muñeco con sus llaves dentro. Estaba un poco roto, imagino que podría tener alguna mascota.

Intento con todas las llaves del manajo hasta que logro abrir la puerta. Estoy un poco nerviosa. No nos habíamos visto nunca. La situación me parece extraña. Me encuentro con una escalera. Subo. Solo escucho mis pasos retumbando. En la mitad del recorrido veo algo que me mira desde lejos, pero era una estatua color dorada de buda. Quiero observar todo, pero tampoco me quiero demorar. Siento que mi corazón está acelerado. Llego a la entrada y me seco rápidamente las manos transpiradas en mi pantalón, mientras espero. Se

abre la puerta y me recibe Tiza, su perra, a los saltos. Gabriela detrás.

—¿Te dan miedo los perros? Tranquila, esta es muy inquieta, pero es buena.

—No, me encantan. ¡Es muy linda!

—Pensé que podríamos hablar en la terraza para estar más frescas. —me dice y asiento con la cabeza. Tiene un vestido corto color azul, debajo deja ver su malla. Su pelo está húmedo. Es corto y rizado.

Mientras la sigo me pregunta cosas que no recuerdo y le contesto otras que tampoco. Pero siempre me río al final de cada frase, como lo hago cada vez que estoy nerviosa. Pasamos por un pasillo hasta la cocina. Agarra una bandeja con una jarra y unos cuencos con quesos y galletitas. Subimos. La terraza es más grande de lo que imaginaba y está preparada para sobrevivir al verano: muchas plantas, una pérgola de madera y una pelopincho. Nos sentamos y Tiza se acuesta sobre nuestros pies. Apoyo el grabador en la mesa, lo prendo y empieza a contar su historia.

Gabriela siempre esperaba un llamado. En 2002 había abierto una carpeta para comenzar un proceso de adopción en la misma ciudad donde nos encontramos. Sin respuestas, a principios del 2006 tomó la decisión de hacer lo mismo en juzgados de Entre Ríos, Santiago del Estero y Misiones. En cada lugar tenía familia y amigxs

que la contendrían en el proceso. El día de la bandera de ese año, luego de tanta espera, sonó el teléfono. Era un mensaje de su amiga Inés:

«Hola Gaby, cómo andas? Che mira, una amiga de una amiga que va de vez en cuando a los hogares a llevar ropa y hacer un poco de caridad, se enteró que en el hogar El Refugio hay un nene de cinco años que está en condiciones de adoptabilidad porque le sacaron la tenencia a la mamá».

Gabriela creyó que jamás llegaría ese momento. Su corazón comenzó a latir muy fuerte. Fue la primera respuesta que obtuvo después de años. Volvió a agarrar el celular:

«Y ahora qué hago?» —escribió, casi sin mirar el teclado.

«No sé. Llamá al hogar donde está».

Ya era tarde para comunicarse. Esa noche dio mil vueltas en la cama intentando dormir. Al día siguiente, a primera hora, marcó el número en el celular y llamó. La atendió Reina, la directora.

—Sí, sí. Acá está Oscarcito. Es un sol este nene.
—respondió.

—¿Y qué tengo que hacer?

—Y vení a ver si se gustan... vení para acá y ven si vos gustas de él y si él gusta de vos. —en el tono de su voz se notaba que estaba sonriendo del otro lado del teléfono.

Gabriela no lo dudó ni un segundo. Dejó las dos obras de teatro en las que estaba trabajando y tomó la decisión de viajar a la ciudad de Posadas, en la provincia de Misiones. Pasaron algunos días y después de una función, a la noche, en el teatro San Martín, un taxi la esperó en la puerta de calle Corrientes para llevarla a tomar el colectivo hacia esa ciudad. El tiempo corría. Cuanto más cerca estaba de llegar, aumentaba esa sensación de vacío que sentía en el estómago. Pero estaba muy segura de lo que iba a hacer.

Era viernes, 30 de junio de 2006. La selección masculina de fútbol argentino jugaba la semifinal del mundial contra Alemania. En la calle no había nadie, solo se escuchaba el canto del Urutaú. Cuando Gabriela lo nombra no sé qué es. Más tarde me enteré que se trata de un pájaro autóctono del litoral. Ese día todo un país estaba prendido al televisor, menos ella.

Con la compañía de Inés, entró al hogar y la directora las hizo pasar a su despacho. En el comedor, lxs niñxs estaban atrapadxs por el partido. Llenxs de ilusión, con camisetas, banderas y las caras pintadas de celeste y blanco. Algunxs apretaban sus manitos con fuerza, otrxs se agarraban la cabeza y había quienes directamente se tapaban la cara para no ver. El jugador argentino Esteban Cambiasso erró el último penal que dejó a la selección fuera de la competencia y los ojos de lxs chicxs se llenaron de tristeza.

—¡Es ese! —dijo la directora señalando a Oscar mientras quince chicxs pasaban cabizbajxs a tomar la merienda, luego de la derrota. Gabriela no sabía cuál de todos era, pero solo uno miró hacia el interior del despacho— Lo voy a buscar. —agregó la directora.

Mientras esperaba, Gabriela intentaba controlar su respiración intermitente. Sentía miedo de ver por primera vez a los ojos a quien podría ser su hijo. Luego de unos minutos, la directora vuelve al despacho con el niño de la mano. Oscar tenía cinco años y medio. Estaba todo arañado, semi desnutrido y rapado para evitar el contagio de piojos. Se paró a su lado y se quedó mudo, mirándola.

—Mira, ella es Gabi, la señora que vino a verte. Vino desde Buenos Aires...

Oscar no respondía.

—¿No le vas a decir nada? Porque vos sos el que más habla acá...

Oscar seguía en silencio, sin mirar a Gabriela.

—¿Ahora qué pasó?, ¿te quedaste mudo? —le reclamó la directora.

Gabriela se ponía cada vez más nerviosa. En ese momento le pasaron mil cosas por la cabeza: ¿está bien lo que estoy haciendo?, ¿me aceptará?, ¿qué estará pensando?, ¿qué hago acá? Oscar se acercó y apoyó la

cabeza en su hombro. Como contándole un secreto, le preguntó:

—¿Podemos salir a pasear? —con marcado acento posadeño. Ella sonrió y se relajó.

—Me pregunta si podemos salir a pasear. Yo por mi sí, pero...

—¡Si, salgan! Por supuesto que sí.

En cuanto pusieron un pie fuera del hogar, el niño comenzó a hablar, hablar y hablar. Mientras caminaban por las calles de la ciudad, Oscar le mostró la frondosa vegetación misionera.

—¡Mira Gabi! ¡esa es la pitanga! —señalando los frutos de color rojo— ¡Y ese el mango!

—Oski, vos sabes que donde yo vivo en Buenos Aires no hay tantos árboles como acá... —le contó preocupada por no desilusionarlo. El niño se dio vuelta y le respondió:

—Bueno, pero uno habrá ¿no?

Oscar era uno de tantxs miles de niñxs y adolescentes institucionalizadxs que esperan ser adoptadxs por una familia. Según el último relevamiento nacional de la situación de niñxs y adolescentes sin cuidados parentales en la República Argentina, realizado por el Ministerio de Desarrollo Social de la Nación y UNICEF en el año 2017, se encontraban aproximadamente diez mil niñxs y adolescentes en esta condición. Del total, el 40% tienen

trece años o más. La Dirección Nacional del Registro Único de Aspirantes a Guarda con Fines Adoptivos (DNRUA) sostiene que solo el 8% logra ser adoptado, a pesar de que existen alrededor de cinco mil legajos de personas que aspiran a convertirse en adoptantes. Los principales motivos por los cuales se toman medidas de protección excepcional y, por lo tanto, se lleva a cabo el ingreso de estos a instituciones, son: en primer lugar, casos de violencia y maltrato y, en segundo lugar, el abandono.

Muchas veces las familias dejan a sus hijos en instituciones o a cargo de otras personas, fuera del círculo familiar, por motivos de extrema pobreza. Al encontrarse en un estado de vulnerabilidad prefieren separarse para que otros puedan brindarle las necesidades básicas como alimentación, educación y vivienda. Aunque el aspecto económico no es la única razón, también existen casos donde las madres son víctimas de violencia de género y abuso sexual y, por lo tanto, dejan a sus hijos a cargo de instituciones.

Corría el año 1983 y Gabriela estaba cursando la carrera de musicoterapia. Había cumplido veinticinco años, aunque dice que sentía que tenía quince. Desde que estamos conversando se muestra seria, pero al recordar le da risa. En aquel año, la democracia nacía a

la par de la libertad de lxs jóvenes a quienes la vida les quedó suspendida por el terrorismo de Estado.

—Era como descubrir un mundo de cine, de salir a la noche, de salir con amigos, de cosas que uno las hacía igual porque siempre estábamos medio al borde de la ley, pero era fuerte esto.

Me cuenta que, hasta convertirse en actriz, trabajó como maestra jardinera y luego como musicoterapeuta infantil. Ser mujer, joven y tener buena relación con lxs niñxs la hizo cargar con el estigma social de, indiscutiblemente, tener que ser madre. «¡Ay, cuántos hijos vas a tener!», era la frase que comúnmente le repetían. La presión social del «¿y para cuándo?» era enorme. La maternidad no la entusiasmaba. A su grupo de amigas más íntimas tampoco. La libertad les llegó tarde y comenzaban a descubrirla.

Maternar no era su deseo y Gabriela sabía, desde muy joven, que jamás iría en contra de sus convicciones. Así fue como, ante la insistencia de su primera pareja de convivencia en tener hijxs, decidió separarse. Sin embargo, diez años después tuvo un encuentro con una amiga quien le contó que había adoptado a una niña de siete años con VIH/Sida.

—Ese fue un hecho que a mí me pegó. Empecé a pensar en mí. ¿Qué hago?, ¿qué hago acá?, ¿para qué estoy? Además de para pasarla bien con amigos, hacer teatro y etcétera, etcétera. Así que bueno, comencé a

pensar seriamente en el tema. Empecé a averiguar y a investigar. —recuerda. Tiene la cara colorada. Imagino que yo también. Se siente una brisa que mueve las hojas de las plantas que hay alrededor, pero nada sirve para calmar las altas temperaturas. Pasa una mano por su frente intentando secarse la transpiración. Agarra el abanico que tiene a su lado y se airea.

Fue así como a sus cuarenta años se encendió el deseo. Después de una serie de charlas y reuniones con distintxs especialistas abrió un legajo para inscribirse como aspirante a adopción. Cuenta que en la planilla de requisitos aparecían opciones como el color de ojos o el color de piel. Me llama la atención y me horroriza. Me pregunto si aún se seguirán reproduciendo estas situaciones. Gabriela solamente manifestó desear unx niñx, de dos a seis años y que no presente ninguna enfermedad terminal, ya que para ella hay que tener un alma muy especial para afrontar esa situación tan compleja como sí la tenía su amiga.

Sin embargo, las primeras trabas comenzaron a aparecer. Gabriela entró a la oscuridad del mundo de la adopción cuando un empleado le dijo:

—Muy bien. Firma todo. ¡Pero mirá que tenés cuatro años de espera!

Tal vez lo que Gabriela no sabía en aquel momento es que esa decisión de no querer adoptar a un

bebé, lograría cambiarle la vida a un niño que posiblemente jamás sería adoptado. Los obstáculos que el sistema presenta a la hora de los procesos de adopción son diversos. Según el Registro Único de Aspirantes a Guarda con fines Adoptivos (RUAGA), el 90% de los postulantes manifiestan querer adoptar a bebés de un año o menos. Este porcentaje baja cuando aumenta la edad y solo el 0,8% manifiesta querer adoptar a adolescentes de doce años o más. Sólo el 17% de los postulantes, aceptaría adoptar niños con alguna discapacidad o enfermedad que, del total de los jóvenes en situación de adoptabilidad, corresponden al 8%.

El mejor regalo de cumpleaños de su vida Gabriela lo recibió a los cuarenta años. Estaba en Posadas con Germán, su pareja de ese entonces. Era la segunda vez que se iban a ver con Oscar y el primer encuentro de lo que sería el proceso de vinculación. Después de salir a comer afuera, dieron un paseo por la costa del río Paraná. Gabriela y Germán se sentaron en la arena mientras Oscar mojaba sus pies en aguas amarronadas.

—¡Gabi! —gritó Oscar mostrándole algo que vio.

—¿Queeé?!

—¿Escuchaste lo que te dijo? —le preguntó Germán.

—Si, me está llamando. —ahora, mientras me relata la situación, actúa cada una de las voces. Me da ternura cuando imita a Oscar porque hace su acento misionero. Pienso que le sale muy bien. Claro, es actriz.

—¿Pero escuchaste cómo te está llamando?

—Si, Gabi...

—No, no. Te dijo: «mami».

—No, no. No me dijo «mami». ¿Cómo me va a decir mami?

—¡¡Mamiiii!! —insistió Oscar.

—¿Qué? —le respondió Gabriela con un tono bajo, emocionada ante lo que acababa de escuchar.

Todas las dudas que tenía sobre ella misma, con Oscar, si él la quería, la aceptaba y estaría dispuesto a ser su hijo, se había disipado en cuanto escuchó por primera vez esa palabra. A partir de ese momento el vínculo se hizo indestructible y Gabriela entendió que no tenía otra cosa más que hacer en la vida que ser mamá de Oscar.

Cada quince días, todos los domingos, el taxi la esperaba en la puerta del teatro y tomaba el último colectivo que salía hacia Posadas. Llegaba el lunes a la madrugada y el martes a la noche ya estaba de regreso. Para amortiguar la espera se llamaban por teléfono todos los días.

—Llorábamos cada vez que nos despedíamos, era tremendo. Cada mes se iba haciendo más tremendo.

—dice y baja la mirada. Se sirve otro vaso de limonada fresca y se queda en silencio.

La frecuencia y duración de la vinculación depende de cómo se vaya construyendo esa relación. Si la vinculación fue positiva, lx juezx dicta la sentencia de guarda. La guarda es el período de seis meses, no más, en el que conviven lx aspirante a adoptar y el posible adoptadx antes del juicio de adopción. La guarda de adopción se les otorga sólo a las personas inscriptas en el Registro. La ley prohíbe la entrega directa de niñxs y adolescentes por parte de los padres biológicos a lxs adoptantes.

Lx juezx debe tener en cuenta las características y necesidades de quienes se encuentran en situación de adoptabilidad y lo que expresó lx aspirante a guarda al momento de inscribirse. Asimismo, la opinión de lx infante es muy importante y debe ser tenida en cuenta durante todo el proceso. Si es mayor de diez años, debe dar su consentimiento expreso para ser adoptadx.

En el caso de Gabriela y Oscar, este proceso duró seis meses. La última vez que viajó a Posadas los pesos eran contados. Ya no podía ir a la habitación de hotel ni a la cabaña de siempre. Pero el deseo era tan fuerte que no le importó ir en carpa a un camping. Era la última semana de diciembre y la feria judicial se acercaba. Si durante esos días no le daban la guarda de adopción de

Oscar, tenían que dilatar la vinculación hasta marzo. Pero no hacía falta más días para construir el vínculo, ellxs ya se sentían familia.

Durante esos diez días Gabriela levantaba a Oscar a las seis y media de la mañana. Preparaba un termo de tereré de tres litros y la vianda para pasar todo el día. En cuanto llegaban al primer piso del juzgado, desplegaba una manta llena de juguetes y esperaban a lxs psicólogxs, asistentes sociales y al juez que dictaría la sentencia para la guarda de adopción. La insistencia de ambxs rindió sus frutos y el 22 de diciembre, Gabriela y Oscar viajaron a Buenos Aires para comenzar su nueva vida juntxs, como madre e hijo.

—¡Ahhh! —gritó Oscar.

Eran las seis de la mañana del primer día viviendo en su nueva casa en el barrio porteño de Boedo.

—¡Ay, la puta madre! ¿Qué pasó? —Gabriela saltó de la cama y corrió a la habitación de Oscar.

—Hola mami. —le dijo su hijo muy contento sentado al borde de la cama.

Gabriela mientras me representa la situación se ríe. Pareciera que está reviviendo aquel día.

—¿Qué le pasaba? —pregunto sin entender.

—Nada. —ya no tiene esa postura erguida del principio, agarra una galletita e inclina su cuerpo hacia atrás. La veo mucho más relajada y divertida— Se despertó y gritó. Como lo hacía en el hogar, que era un desmadre.

Esa fue la puerta de entrada a la maternidad. Desde ese día comenzó un proceso en el que Gabriela construía su manera de materner y, a su vez, conocía a su propio hijo. A pesar de su corta edad, Oscar ya tenía un camino vivido del cual ella no había sido parte, y viceversa. Cada unx con sentimientos, maneras de ser, de sentir y de expresarse. Eran dos personas que, más allá de la vinculación previa, no se conocían en profundidad y debían hacerlo mientras se forjaban como familia.

La convivencia fue intensa para ambxs, pero sobre todo para Gabriela. Su familia y amigxs formaron una red de contención que la sostuvo todo el tiempo. Ese año, además, tomó la decisión de separarse de Germán. Oscar la ponía a prueba todo el tiempo. Era un niño que no tuvo más opción que madurar a pesar de tener solo seis años. Tuvo que alejarse de su madre biológica, no pudo conocer a su padre, se distanció de sus hermanxs y vivió en una institución. Fue un cambio rotundo salir de la selva misionera rodeado de árboles e instalarse en la gran ciudad porteña abarrotado de enormes bloques de cemento.

—A la semana dejó la tonada y la siesta, dos estandartes de provincia los dejó. Ya hablaba con el ye ye yí yo ya yu y no hizo más la siesta. Él estaba dispuesto a salir de aquella tristeza.

Sin embargo, las ganas de cambiar su historia no fueron garantía para no pasar malos momentos. Ese primer año se cambió tres veces de colegio. La situación de adaptabilidad escolar era difícil para Oscar, y aún más, si aparecen personas que no ayudan con la integración, como lo fue su maestra de primer grado que lo envió a un psicólogo en cuanto se enteró que era un niño adoptado.

—Este pibe no necesita terapia. Lo último que necesita es terapia. Este pibe necesita límites y amor. Y los que necesitan terapia son todos los adultos que están con él porque los va a hacer mierda. Porque es un sobreviviente y un sobreviviente siempre le gana a un burgués. —le explicaba su terapeuta a Gabriela.

Desde que inició el proceso de adopción ella se aferró a su abogada y a su psicoanalista. Lloraba todo el tiempo. Se angustiaba. No sabía qué tenía que hacer. Si estaba bien o si estaba mal. Tenía miedo de retarlo, de ponerle límites, de fallar, de convertirse en una mala madre.

Durante tres sesiones lloró hasta que su terapeuta la bajó a tierra:

—Bueno listo. Hablá a Posadas y devolvelo. Porque si vos seguís llorando no lo vas a poder adoptar. No vas a poder cumplir tu función de madre, que es cagarlo a pedos, ponerle límites y abrazarlo a la vez. Además, que sea adoptado es una circunstancia. El hecho acá es que vos sos madre de él y él es tu hijo. Todas las madres pasan por esto. No es nada extraordinario lo que estás haciendo.

A partir de esa sesión entendió lo difícil que es maternar y, que debía dejar de cuestionar tanto su figura como madre. Sintió que era un desafío constante pero que también era hora de comenzar a vivir en plenitud la maternidad.

—Es como un tsunami. Te quedas como cuando viene la ola que decís «¿para dónde tenía que ir?». Fue bravo, pero fue hermoso a la vez porque también era un pibe muy agradecido. —recuerda Gabriela.

Luego de los seis meses de guarda, todo estaba dado para que ocurra un juicio de adopción como cualquier otro. Este juicio determina que ese niño o adolescente no posee más el vínculo filial con su familia de origen sino con su nueva familia adoptante. Con lo

cual, si se tratara de una adopción plena, adquiere los derechos y obligaciones de todx hijx, como lo son la herencia y el apellido. Para lograr esto, lx adoptadx debe renunciar a su apellido de origen. Pero Oscar, a sus casi siete años, ya tenía una decisión tomada y en cuanto les llegó la sentencia, se hizo escuchar:

—Yo quiero tener tu apellido, pero también quiero conservar el mío. —tenía argumentos sólidos. Dio tres razones para conservar su apellido de origen— Una es que a mí me contaron que mi papá era un hombre bueno. —el padre biológico de Oscar había fallecido dos años después de su nacimiento en un accidente de tránsito— La otra es a mi todos me conocen como Oscarcito Morales, y la tercera es que mi apellido me va a hacer acordar siempre de mis hermanos.

Gabriela se quedó helada. Pero no lo cuestionó. Al instante entendió lo importante que eran para él sus orígenes. Llamó a su abogada para contarle el planteo de Oscar.

—Mirá, hago una adopción simple. Yo no le voy a sacar la identidad a este pibe.

—No podés hacer una adopción simple porque si a vos te llega a pasar algo, este pibe vuelve al hogar porque no va a tener tu apellido, ni tu herencia. Vuelve a estar sin familia. —le explicó su abogada, ya que mediante la adopción simple no se crea vínculos jurídicos con la familia adoptante.

—No va a volver al hogar, va a ir con mi amiga. Yo voy a dejar un poder, pero no le voy a sacar la identidad a este chico, de ninguna manera. ¡Mirá lo que me está diciendo! —estaba decidida a hacer lo que fuera para que el deseo de su hijo sea posible.

—Déjame que averigüe. Pero la ley de adopción no lo permite.

A los días su abogada la llamó para contarle que encontró una salida:

—Mirá, por la ley de adopción es imposible. Pero a un amigo se le ocurrió intentar por la Convención sobre los Derechos del Niño por un artículo que dice que todo niño tiene derecho a ser escuchado, entonces que lo escuche la jueza. —manifestó, refiriéndose al artículo 12.

El día de la audiencia, por la mañana, Oscar se levantó dispuesto a defender su derecho. Se vistió con camisa, saco y zapatos. Gabriela entre risas me cuenta que se dibujó una raya al costado de su pelo y se puso gomina. Con su metro quince y sus seis años y medio, entró junto a su abogado al despacho de la jueza.

Luego de veinte minutos, y de que Oscar comiera todos los caramelos que había en el escritorio, la magistrada sale con los ojos llenos de lágrimas:

—Tu hijo no se puede creer. Si fuera por mí, ya le doy el apellido doble. Hice un escrito que lo envío esta

misma tarde al Registro Nacional de las Personas. Ahora hay que esperar a que lo acepten, o no.

A los dos meses Gabriela recibió un llamado de su abogada:

—Estoy en la autopista, ¡casi choco! Me acaba de llegar el mensaje de que está listo. Oski va a tener en su documento el nombre de Oscar Javier Ferrero Morales.

Hasta 2015, con la entrada en vigencia del nuevo código, no era posible que lxs adoptadxs tengan el apellido de origen y el de la familia adoptante a la vez. Sin embargo, en el año 2007 Oscar sentó un precedente. Es decir, que cualquier caso similar que suceda, puede tomar el del niño como jurisprudencia.

Pasado el mediodía el calor es más intenso. Siento que la cabeza me hierve. Gabriela se levanta y me muestra algunas de sus plantas. Me cuenta cómo las cuida. A esta altura su pelo se secó y la limonada se calentó. Bajo la pérgola cuelga una hamaca paraguaya. Agarra a Tiza y se sienta en ella en busca de comodidad. Mientras se mecen me habla de un montón de cosas. Algunas elijo no contarlas.

Pienso cómo la adopción siempre me pareció un tema tan ajeno y oculto. Hablar con Gabriela me permite

acercarme y entenderlo con mayor claridad. Pero desde que estamos conversando nunca me contó por qué tomó la decisión de adoptar. No lo dudo y le pregunto.

—Había en mí, desde los diecisiete, dieciocho años, un pensamiento acerca de la adopción que me cabía. Me re cabía la adopción porque en ese entonces, no sabía si para mí... sino que me cabía para cualquier mujer en general. —me doy cuenta que para ella es un verdadero compromiso. Lo veo en su mirada y lo expresa con sus palabras. Pero siento que aún hay algo más que conocer. Conocer cuál fue el motivo de esa elección. Insisto.

—¿Por qué tomaste la decisión de adoptar?

—Hay tantas maneras de militar en la vida. Yo ya había militado políticamente, aunque no me había resultado la política como definición para mi vida. Pero la adopción era una buena manera de resolver problemas. Problemas mundiales, de pobreza, de abandono, de enfermedades, de desamor. Yo no adopte porque no puedo tener hijos, yo adopte por una decisión. En ese momento podía tener hijos, pero bueno, fue una decisión de vida. Todos te hablan de la adopción como un plan b. Para mí la adopción siempre fue un plan a.

Maica

—¡Mamá! Yo quiero tener un hermanito, ¿por qué no tenemos un hermanito? —expresó Bianca. Maica giró su cabeza rápidamente para mirarla y abrió sus ojos.

—¡Pero ya tenés dos hermanos grandes!

—¡Pero yo quiero un bebé! —insistía la niña de tres años.

—Mirá Bian, mamá no puede tener bebés...

—Ah, bueno. Pero igual yo estuve en tu panza. —le decía mientras le levantaba la remera y apoyaba su cabeza en el abdomen.

A Maica se le hizo un vacío en el estómago. Pensó que su hija era demasiado pequeña para contarle la verdad, pero, a su vez, se dio cuenta que estaba preparada. Era el momento.

—¿Vos tenés ganas de conocer tu historia? Es una historia divina.

—¡Ay, sí mamá! —dijo mientras se sentaba a su lado a escuchar.

—Mamá no podía tener bebés, entonces una amiga de mamá le prestó su pancita, porque a mamá le faltaba la bolsita para poder llevarte. Papá puso una semillita, mamá puso otra y esas dos semillitas eras vos y la pusimos en la panza de mi amiga. Estuvo nueve meses en la panza de la amiga de mamá hasta que nació, y mamá la estaba esperando. Y naciste vos.

—Ay, ¡es divina mi historia mamá!

La subrogación de vientres, también conocida como gestación por sustitución o gestación solidaria es una Técnica de Reproducción Humana Asistida (TRHA), destinada a personas solteras o parejas, del mismo o distinto sexo, que por causas biológicas no pueden tener hijos. Estas personas aportan sus propios óvulos y espermatozoides, o recurren a donantes y, mediante una fecundación in vitro, se realiza la formación de un embrión.

Ya que no pueden gestar, recurren a una tercera figura que es la mujer gestante. En ella se implanta el embrión y lo gesta hasta el nacimiento. Esx niñx no tiene vínculos genéticos con la mujer gestante, porque solo aporta su vientre. Sin embargo, en Argentina, aún no existe legislación sobre el tema.

Desde que comencé a pensar en este libro y en los temas que quería visibilizar, siempre tuve en claro que quería hablar de la maternidad desde el deseo. Hablar con aquellas que tienen un anhelo tan grande de maternar que buscan otras alternativas, donde a veces la madre no es la que pare si no la que ejerce el rol. Vidas donde la lucha es la protagonista.

La historia de Gabriela y la adopción es una de ellas, pero no es la única manera. La subrogación de vientres siempre me generó una mezcla de inquietud, incomodidad y contradicciones. Porque a pesar de

haber investigado y leído sobre el tema, había algo que me hacía ruido. No sé si porque no me convence la idea de que alguien utilice el cuerpo de una mujer en pos de un proyecto personal o porque, a su vez, no puedo dejar de lado el derecho de aquella mujer que tiene la voluntad de hacerlo.

Tal vez por la liviandad con la que se habla en los programas de televisión o porque siempre esos casos son en países extranjeros y con dólares en el medio. No lo sé. No me quiero cerrar al tema solo por desconocimiento, sobre todo porque la subrogación de vientres no deja de ser otra manera de materner. Necesito una historia alejada de las cámaras y por eso tomé la decisión de hablar con Maica.

— ¿Estás lista?

— Sí, dale llamame.

El celular suena unos segundos y atiende.

— Hola, ¿cómo andas? — me dice sonriente.

Maica tiene una voz dulce y amable.

Desde que comenzó su relación con Juan, Maica cumplió, de alguna manera, una función maternal. Él ya tenía dos hijos pequeños y, a la hora de convivir, los niños fueron a vivir con ellxs. Sin embargo, al paso de los años, su deseo de ser madre comenzó a crecer. Lo

tenía decidido y nada se iba a interponer en su decisión, ni siquiera Juan.

—¿Vos querés ser nuevamente papá? —le preguntó.

—No, yo ni loco quiero ser papá.

—Ah, está bien. Mira. Yo te puedo querer mucho pero más me quiero a mí. Tengo muchos proyectos que, entiendo y respeto tu postura, pero tengo que seguir con lo que yo quiero, no con lo que vos querés. Y me parecería muy egoísta sumarme a que vos no querés ser padre de nuevo. Con esto no puedo.

Al cabo de una semana volvieron a hablar del tema, y él propuso hacer terapia de pareja. Maica accedió. Aunque ella es una persona mediadora, con sus ganas de ser madre no iba a ceder. Me cuenta Maica que luego de varias sesiones, llegaron a la conclusión de que, para Juan, su paternidad había nacido desde la obligación y no desde el deseo, ya que había sido padre muy joven.

—Hasta que llegó el día que me dijo «estoy preparado para ser padre de nuevo». Lo que no sabía es que le iba a costar tanto. —recuerda Maica.

Ella tenía treinta y cinco años cuando comenzó su larga búsqueda. A pesar de intentarlo no lograba quedar embarazada. Creía que uno de los motivos era su edad. Se realizó una serie de estudios y los resultados

fueron favorables. Sin embargo, cuando Juan se hizo los suyos, se enteraron que padecía hipotiroidismo y eso le generaba infertilidad.

Luego de realizar un tratamiento y de normalizar la tiroides, retomaron la búsqueda y Maica quedó embarazada. Pero a los tres meses de gestación, lo perdió. A pesar del dolor que le causó, insistió y se sometió a otra serie de estudios los cuales le diagnosticaron trombofilia.

La trombofilia no es una enfermedad, sino una condición que puede ocurrir en hombres y mujeres. En la misma, la sangre determina que haya una mayor predisposición a formar coágulos y estos obstruyen las arterias uterinas. En las personas gestantes, la trombofilia puede producir un retardo en el crecimiento dentro del útero, desprendimiento de placenta, muerte intrauterina, parto prematuro o preeclampsia.

Actualmente, las mujeres que desean ser madres y padecen trombofilia, deben perder entre dos o más embarazos para que recién se les indique realizar el estudio de diagnóstico. Incluso, antes de recibir el tratamiento, algunas llegan a perder hasta ocho embarazos y, en algunos casos, muy avanzados. En noviembre de 2016 el Congreso de la Nación aprobó la Ley de Trombofilias que, a los treinta días, fue vetada por el poder ejecutivo, en ese entonces encabezado por

Mauricio Macri. En marzo de 2019, la Asociación Civil Trombofilia y Embarazo junto a la Fundación Trombofilia y Embarazo Argentina, presentaron un nuevo proyecto de ley. Pero aún sigue sin tratarse.

Ya diagnosticada su trombofilia, a los treinta y nueve años, Maica quedó embarazada nuevamente. Por recomendación de su hematóloga, tuvo que anticoagularse desde el minuto cero. A pesar de cuidarse todo el embarazo y realizar el tratamiento, a los seis meses de gestación, perdió el embarazo. No solo tenía que afrontar ese dolor por segunda vez, sino que todo se complicó aún más.

Maica le hizo frente a una cesárea de urgencia. Cuando unx bebé nace, con o sin vida, el útero se contrae. Por motivos de la trombofilia, el suyo se distendía, pero gracias a la medicación que le suministraron, logró contraerse. Sin embargo, al otro día, el útero se volvió a distender y se produjo una hemorragia interna. Era cuestión de segundos. No había lugar a dudas para lxs profesionales, tenían que salvarle la vida. Los costos fueron altísimos: veintiún transfusiones de sangre, siete días en terapia intensiva y la pérdida de su útero.

— ¿Y ahora cómo vamos a ser papás? — pensaron Maica y Juan.

La primera respuesta a ese gran interrogante fue la adopción. No dudaron en inscribirse en el Registro Único de Aspirantes a Guarda con fines Adoptivos (RUAGA). Sin embargo, en la primera entrevista se dieron cuenta de lo complejo que es el mundo de la adopción.

— En esa primera entrevista había mucha gente, un grupo grande, y ellos decían que la maternidad y paternidad se podía dar en un mes, en dos, en años o nunca. Y eso fue también lo que de alguna forma hizo que nos moviéramos de otra manera, y no esperando a ver si nos llamaran. En realidad, hizo que empezemos a buscar otra forma de ser padres. — relata Maica. No se escucha ningún otro sonido más que el de su voz. Solo veo una pared blanca de fondo. Imagino que está en su habitación, o en algún lugar con privacidad suficiente para poder hablar tranquila.

De esta manera llegaron a la segunda respuesta, la subrogación de vientre. Si en la actualidad es un tema desconocido y con poca profundización social en cuanto a la información, hace una década atrás la situación era peor. En Argentina no había demasiadas respuestas. Creo que aún tampoco. En los noticieros de aquel momento se hablaba, superficialmente, del caso

de Ricky Martin y sus hijos. Por este motivo, Maica y Juan iniciaron un amplio proceso de investigación por internet y se comunicaron con países que trabajaban con la temática.

¿Qué era la gestación por sustitución?, ¿quiénes lo podían realizar?, ¿cómo se llevaba adelante el proceso?, eran sus primeras dudas. Sus fines de semana siguientes se convirtieron en videollamadas por *Skype* con Rusia, Ucrania e India. Incluso viajaron a San Pablo, Brasil, para visitar clínicas y profesionales. Pero ninguna de las opciones les resultaba factible, sobre todo porque ella sentía que, en caso de realizarlo, necesitaba estar cerca de su familia.

En medio de ese proceso de búsqueda aparece su amiga, que un poco en broma y un poco en serio, le ofrece gestar a su futurx hijx.

—No es algo que se pide, porque es poner en compromiso a alguien que tal vez no está preparado. No todo el mundo lo puede hacer más allá de que tenga útero. Es muy personal. No es que uno lo puede pedir, sino quién está posibilitado de hacerlo y tenga ganas. Y porque le nace que lo tiene que hacer. Por eso también lo que se busca acá es incluirlo en el código y demás. — resalta Maica.

En Argentina no existe legislación que reglamente o que prohíba la práctica de gestación por sustitución. La Constitución Nacional, determina que «ningún habitante de la Nación será obligado a hacer lo que no manda la ley, ni privado de lo que ella no prohíbe». Por lo tanto, nos encontramos ante lo que se denomina vacío legal.

La gestación por sustitución es un tema que nos enfrenta como sociedad a cuestionarnos desde la ética y la moral, como también, desde lo legal. ¿Es necesario legislar sobre este tema? Aunque no existan normas que reglamenten o prohíban la subrogación, la práctica se lleva a cabo de todos modos. En el país, hasta mediados de 2020, existían cincuenta y dos fallos sobre gestación por sustitución.

En muchos de estos casos, las madres y padres deben someterse a una prueba de ADN con sus propixs hijxs biológicxs porque, según el Código Civil y Comercial de la Nación, lxs nacidxs por las técnicas de reproducción humana asistida son hijxs de quien dio a luz, con independencia de quién haya aportado los gametos.

Por este motivo, algunxs legisladorxs y profesionales del derecho proponen la modificación del artículo 562 para garantizar derechos y, sobre todo, proteger a la parte más débil de este proceso: la mujer

gestante. ¿Cómo sería la mejor forma de garantizar derechos? Marisa Herrera, doctora en derecho e investigadora en el CONICET, propone una serie de lineamientos posibles para que el Estado regule, proteja y controle.

En primer lugar, la gestación por sustitución no debe llevarse a cabo a cambio de un rédito económico, ya que en este sentido se expone la capacidad reproductiva de las mujeres a una explotación económica. Propone que las mujeres no puedan hacerlo más de dos veces y, a su vez, que haya sido madre anteriormente. Es sumamente importante, que la gestante no sea la donante de óvulos ya que, en ese caso, existiría un vínculo filial con lx niñx.

Por otro lado, la investigadora propone que la mujer que se someta a una gestación por sustitución sea parte del círculo íntimo, para evitar que exista un beneficio económico encubierto y, también, que ambas partes no corran riesgo a que se rompa el acuerdo. Por último, y no menos importante, que la persona gestante sea la que voluntariamente se ofrezca, de manera completamente altruista, a gestar.

En julio de 2020, Marisa Herrera junto a la diputada Gabriela Estévez presentaron en el Congreso de la Nación un proyecto de ley sobre gestación por sustitución.

—Pero ni loca. Imaginate, yo casi me muero. —le respondió Maica a su amiga, entrando en razón sobre lo complejo que es gestar.

Después de un mes su amiga insistió.

—Estoy preparada. Hablé con mis hijos, y están de acuerdo. Pensalo.

A partir de esas palabras, Maica entendió que no se trataba de una broma y comenzó a hacerse la idea de esa posibilidad. Durante un tiempo, pensaron si su amiga podría llevarlo a cabo y si ella lograría afrontar un embarazo que no era propio. Todo este proceso lo realizaron lxs tres acompañadxs por psicólogxs y médicxs especialistas en el tema, sobre todo porque no tenían un ejemplo cercano para apoyarse. Pero principalmente, a Maica le importaba que su amiga pudiera transitar el embarazo de la mejor manera.

Durante el proceso de gestación, Maica sintió que el acompañamiento era fundamental, físico, de amistad, y también el económico. Tuvo en cuenta que durante nueve meses su amiga no podría trabajar, ya que en el embarazo tuvo pérdidas desde el principio, y que tenía una casa e hijxs que sostener. Las compras del hogar, la obra social y los gastos de lxs profesionales, fueron los aportes que decidió realizar. Además, se

tomó un año sabático de su trabajo para estar junto a su amiga siempre que la necesitara.

—Tuvimos una psicóloga que nos iba guiando y anticipándose a lo que venía. Le planteábamos cosas y veíamos las maneras. Por ejemplo, antes del parto ¿cómo va a ser?, ¿por cesárea?, ¿natural?, ¿va a amamantar?, ¿no va a amamantar?, ¿nos vamos a quedar en el sanatorio?, ¿no nos vamos a quedar?, ¿quién va a estar? Nosotros nos adelantábamos a todo antes de que pase y fue consensuado.

Además del apoyo médico y psicológico, para ellxs era fundamental que todo el proceso esté dentro de los parámetros legales. Creían que no se podía hacer de otra manera que no sea mediante la transparencia, para que su futura hija pueda gozar de todos sus derechos. Ningúnx abogadx quería comprometerse con un tema del que poco se conocía. La búsqueda fue ardua. Hasta que en el séptimo mes de embarazo lograron conseguir una abogada que se pusiera el caso al hombro.

Fue un proceso desgastante. Mucha energía y tiempo invertido. La búsqueda de información, de profesionales, del lugar para realizar la implantación, la gestación en sí misma con sus complicaciones, los consensos y, sobre todo, la mirada del otrx. ¿Cómo se tomarían la noticia?, ¿entenderían la situación?, ¿la

juzgarían?, ¿lxs apoyarían? Ese fue el motivo por el cual esperaron hasta el día del nacimiento de Bianca para contarles a todxs.

—¡Pero es igual a vos! —expresó su suegra. Aún no comprendía de qué se trataba lo que habían hecho.

—¡Si! ¡es que es nuestra hija! —respondió Maica.

Esa fue la frase que utilizó cada vez que esa escena se repitió. Lo mismo ocurrió cada vez que le preguntaron quién fue la mujer que la gestó. Maica decidió que la primera persona que debía saber quién era su amiga, era Bianca.

—Es la historia de ella. Si vos fueras Bianca y estuvieras en su situación: ¿no te gustaría saber tu historia primero antes de que lo sepan todos? ¿Y si vos no querés contarla? —reiteraba luego de la insistencia.

Respetaron los tiempos de Bianca, como también su palabra, sus decisiones y su historia. De la misma manera que lo hicieron con su amiga. Además, al ser de las primeras personas que sentaron bases sobre la temática en el país, escribieron *La fuerza de un deseo*, un libro que contiene su experiencia y el cual sirvió a muchas otras personas que querían atravesar el mismo camino.

—La verdad es que no somos psicólogos, no somos nada, nada más que transitamos, tenemos la experiencia de haberlo vivido. Pero yo hubiera pagado para que me dijeran que hacer, porque era tan incierto todo, que alguien me diga: «mira, te conviene ver a este, te conviene ver a tal médico, te conviene ir a un psicólogo, fijate lo que vas a hacer». A mí me parece que está piola poder ayudar a otros.

En el año 2013, la justicia falló a favor de ellxs. Fue así que Bianca, legalmente, se convirtió en la primera niña en Argentina en nacer a través de gestación por sustitución.

Esta nueva manera de formar familias rompe con el sistema binario heterosexual de filiación biológica, y disocia el rol de la maternidad de aquella que gesta. La gestación por sustitución debería ser un debate social, ya que donde no existan personas como Maica que protejan a la mujer gestante, el Estado tiene que involucrarse para evitar la vulneración de derechos y los casos de explotación de los cuerpos de las mujeres.

Después de hablar más de dos horas, nos despedimos y cortamos la comunicación. Me quedé por un largo rato pensando en ella y en todo el dolor que tuvo que atravesar. Ahora que conozco su historia, no sé si voy a resolver esas preguntas que me hago, pero sí me siento más cerca de comprender esta realidad que es

tan ajena a mí. Sobre todo, al escuchar historias donde el deseo de la maternidad es tan grande y que, en definitiva, es como debería ser.



Invisibilizadas

Antonella

Si entrar a una cárcel no es fácil, con una pandemia mucho menos. Desde hace más un año que intentaba acercarme: físicamente, virtualmente, como sea. Probé por muchos lados, a través de la universidad, organizaciones sociales, liberadas e incluso con personas que trabajan en el Servicio Penitenciario Bonaerense (SPB). Pero era imposible. La cárcel es más hermética de lo que creía.

El 19 de marzo de 2020 escuché en el televisor la voz del presidente Alberto Fernández que anunciaba el inicio del Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio a las cero horas del día siguiente, con motivo del SARS-CoV-2, nombrado socialmente como Coronavirus. Me angustié y me preocupé porque no sabía que nos depararía. Además, por quince días tenía que suspender mi búsqueda, aunque no sabía que esa espera se demoraría aún más. A lo largo de los meses me iba desesperanzando. Cada vez estaba más lejos la posibilidad de concretar mi objetivo: visibilizar las voces intramuros.

Pese a un contexto tan hostil para el mundo entero, entendí que más que nunca era necesario hablar con ellas. Insistí y, luego de meses, di con Azucena Racosta, referente de radio La Cantora, docente y

magíster en periodismo y medios masivos de comunicación. Nos comunicamos por videollamada, la única manera posible de encontrarnos en tiempos de pandemia. Durante nuestra charla me repetía una y otra vez: «Me gustaría que puedas hablar con una de ellas, voy a intentar hacer el contacto para no hablar por ellas». Y si, era lo único que pensaba. Tanto había leído e investigado sobre las madres en la cárcel, pero nunca lo había escuchado con sus propias palabras. Fue así que llegué a Antonella.

A pesar del hermetismo de la cárcel, encontré un pequeño hueco para ingresar. En cuanto recibí el número de ella, no desaproveche la oportunidad. La agendé y abrí la conversación de *WhatsApp*. Todo estaba vacío. No tenía foto de perfil, ni estado, ni un chat entre nosotras. No sabía por dónde comenzar.

Le escribí un mensaje presentándome y contándole por qué era tan importante hablar con ella. Durante más de una hora esperé su respuesta hasta que el tilde se puso de color azul. «Hola, buenas. Si, ayer me comentó un poco Azucena», respondió. Le propuse que conversemos de la manera que le resultara mejor: por videollamada, por una llamada telefónica, por audios o por mensajes. No quería incomodarla y tampoco conocía como era su situación dentro de la unidad. La última fue la opción elegida por ella.

Me sorprendió su buena predisposición, pero también entendí que necesitaba ser escuchada. Antonella tiene veintiún años y hace un año y nueve meses que se encuentra detenida en la Unidad Penal N° 33 de Los Hornos. Hace siete meses tuvo a su tercer hijo, Nehuen que, a diferencia de sus hijos mayores, lo parió encarcelada.

Como ella, en la provincia de Buenos Aires se registran más de 2.000 mujeres detenidas en dependencias del Servicio Penitenciario Bonaerense (SPB), según la Comisión Provincial por la Memoria (CPM). Aunque la cifra se modifica diariamente, la cantidad de madres privadas de su libertad en territorio bonaerense son 77 y, en su mayoría se encuentran en la Unidad N° 33 de Los Hornos. El resto están distribuidas en las Unidades N° 3 de San Nicolás, N° 4 de Bahía Blanca, N° 54 de Florencio Varela, N° 8 de Los Hornos, N° 51 de Magdalena y el anexo de la N° 52 de Azul.

La legislación penal provincial, al igual que la nacional, prevé en la ley N° 12.256 que lxs niñxs pueden permanecer en los establecimientos carcelarios con sus madres hasta los cuatro años de edad. En el caso de prisión domiciliaria, la ley N° 14.296 ampara a las mujeres madres de unx hijx menor de cinco años de edad.

De la vida de Antonella antes de cárcel se pocas cosas. Se que a los catorce años fue mamá por primera vez, y a los dieciséis nuevamente. Se que es oriunda de Villa Tesei, partido de Hurlingham, a casi cien kilómetros de donde se encuentra detenida. Que está en pareja con el padre de sus hijos, que tiene madre y hermanos. Que tuvo muchos trabajos y que no pudo terminar el secundario.

Antonella me cuenta que su vida antes de estar en ese lugar, como llama a la unidad, era libre. Aunque dice que ser mamá a los catorce años fue muy difícil porque era muy chica y no estaba preparada para tener un hijo. Lo primero que pensó era en cómo sería tenerlo y criarlo, pero jamás iba a dejar que nadie decida por ella a pesar de su corta edad. La mayor parte de su adolescencia la pasó sola, criando a sus hijos, fuera de la casa familiar. Los llevaba al jardín de infantes y a pasear. Me cuenta que no sabe por qué, pero disfrutaba de la vida como si fuera el último día.

—Pasé por diferentes situaciones, buenas y malas. En los últimos tiempos que fueron malas, fue cuando tomé el camino de la delincuencia. Nunca imaginé terminar de este lado.

Por primera vez fue detenida el 15 de julio de 2018. Cuatro meses después la justicia le otorgó la prisión domiciliaria monitoreada. Sin embargo, el 14 de enero de 2019 violó esa medida como consecuencia de una discusión familiar. Estuvo prófuga seis meses,

escondida en la casa de una amiga en Merlo. Allí, me cuenta, comenzó la etapa más oscura de su vida.

—Los últimos días antes de caer detenida fueron los peores de mi vida, porque tuve que dejar a mis hijos con mi mamá e irme porque la policía me buscaba. Así que me sentía desgastada, que no podía seguir. Al único que tenía en ese momento era a mi pareja, que es mi compañero de causa. Me tocó separarme de mis hijos, de mi familia y de mi marido, eso fue lo que más me afectó.

No soportó más. El 4 de julio de 2019, se comunicó con su mamá y le pidió que fuera a esperarla a la estación de trenes de Morón. Por ese desgaste, sumado a la noticia de un nuevo embarazo, decidió entregarse en el Juzgado de Garantías N° 4. Buscaba que la situación mejorara para poder estar con sus hijos. Tras doce días detenida en un calabozo de la comisaría N° 2 de Villa Tesei, fue trasladada a la Unidad Penal N°33 de Los Hornos.

Antonella siempre se la rebuscó trabajando para sostener a su familia. Hacía malabares entre las tareas domésticas del hogar, el cuidado de sus hijos y los trabajos esporádicos que le iban surgiendo. Golpeó puertas en todos lados. Desde una agencia de remis, hasta un geriátrico. Una pollería o un almacén. Incluso,

cuando estuvo prófuga fue empleada doméstica en una casa de familia. Siendo menor de edad no podía conseguir un trabajo que le genere mayores ingresos, y el no continuar con sus estudios secundarios empeoraba la situación.

—Por más que no vivía con mi mamá, siempre recibía la ayuda de ella para pagar el alquiler o lo que necesitara. El apoyo de ella siempre lo tuve, tanto afuera como hoy en día acá adentro.

La población de mujeres privadas de la libertad es menor con relación a la de los hombres. Sin embargo, desde la década de los noventa, comenzó a aumentar. Principalmente, un 350% por infracción a la ley de estupefacientes N° 23.737. La misma penaliza a quienes compongan toda la cadena de producción y comercialización de sustancias ilícitas. La mayoría de estas mujeres corresponden al último eslabón de la cadena y son conocidas como mulas. Según el Gobierno de la Provincia de Buenos Aires la mayor parte de la población femenina se encuentra detenida por este motivo, es decir, el 31%. Le siguen las detenciones por robo, un 26%, y los homicidios, un 21%.

Pero ¿cómo es el perfil de las mujeres encarceladas? Son pobres, muchas veces extranjeras, provienen de barrios marginales y vulnerables, son madres de muchxs hijxs que deben mantener y son jefas

de familia. En muchos casos son primarias, es decir, no tienen antecedentes penales. Además, viven en contextos de múltiples violencias: doméstica, física, psicológica, económica y simbólica.

El género es determinante. A partir de la década de los noventa, en América Latina surge un fenómeno llamado feminización de la pobreza, el cual se vincula con las políticas neoliberales. En la misma, mujeres de bajos recursos se ven obligadas a salir de la esfera privada, donde realizaban tareas domésticas y de cuidado, para insertarse al mercado laboral. Pero como un gran número de las mujeres que viven en estos contextos, presentan un bajo nivel escolar, tienen a cargo personas menores y mayores de edad, y en su mayoría son el sostén económico del núcleo familiar, generalmente acceden a trabajos informales. Estos son precarios, peor remunerados y peligrosos, con lo cual conduce a esas mujeres, en algunos casos, a cometer delitos.

Hace unos minutos no puedo despegar la mirada del celular. En el chat de Antonella aparece «escribiendo...» en color verde por largo rato y eso me genera ansiedad. Quiero conocer más sobre su historia, quiero saber cómo esta y cómo se siente. De hecho, me gustaría verla. Creía que luego de escribirme aparecería su foto en el perfil. Pero no. Solo me queda imaginarla.

Imaginar cómo es su cara, cómo es su pelo y su voz. Imaginar si está sentada, si está parada o si está con Nehuen en brazos. Por un momento mi mente se pierde en mis pensamientos y me olvido de ese mensaje que no terminaba de escribirse.

Me contesta. Describe cómo es ese lugar donde está: cada una vive sola en una celda con su hijx y comparten espacios comunes como el pabellón, la cocina y la ducha. Googleo y busco algunas imágenes que me grafique lo que está contando. Las encuentro. Me contaron que en la cárcel el olor a podrido de las cloacas se mezcla con la lavandina y el caldo de la cocina. Cuando veo la foto inevitablemente siento ese aroma.

Como si fuese una casa enorme, las pequeñas celdas cumplen la función de habitaciones, tienen las puertas abiertas y desembocan en un espacio multifuncional y común para todas. Supongo que debe ser lo que ella llama pabellón. Por sus dimensiones, pienso que a veces es el comedor, otras veces la sala de juegos, el lavadero o un salón de fiestas para celebrar cumpleaños.

La casa tiene dos plantas. Las puertas de las habitaciones están pintadas de color marrón claro, y como si fuesen pizarrones, tienen garabatos con fibrones de colores. De las mismas cuelgan las toallas y repasadores húmedos. La escalera y las paredes

pintadas de un celeste y verde pastel brillante, me recuerdan a cada vez que estuve en alguna institución del Estado. Siento que es la paleta de colores que siempre se utilizan en hospitales, escuelas y jardines. Pero ni los dibujos, ni la pintura, ni mucho menos las puertas abiertas, esconden la cárcel.

Los pabellones donde se encuentran no están acondicionados para la crianza de lxs niñxs. Las deficiencias y el abandono de las instalaciones se reproducen en la unidad en general. Antonella me cuenta que la higiene se mantiene por ellas y por los dos bidones de cloro que le da el Servicio por semana que son pura agua. A menos de tener la suerte de que alguien extramuros les proporcione los elementos de limpieza. Pero eso pocas veces sucede. Le pregunto cómo describiría la vida allí adentro.

—Sinceramente esto no es VIDA. —lo escribe en mayúsculas— acá se te van las ganas hasta de levantarte de la cama. No le desearía esto ni a mi peor enemigo. Acá uno vive en la oscuridad, lejos de todo. Acá uno deja de vivir como uno quisiera. Este lugar me genera angustia casi todos los días, porque miro a mi alrededor y me doy cuenta en la realidad en la que estoy. En este pabellón somos tres, por el motivo de la pandemia se fueron la mayoría de las madres. Y los chicos también son tres. —expresa Antonella. Por recomendación de organismos internacionales de derechos humanos y la

Organización Mundial de la Salud, para evitar contagios masivos, en muchos casos se otorgaron prisiones domiciliarias a personas de riesgo y a madres que estén junto a sus hijxs encarceladxs.

Sigo buscando fotos y veo que las celdas son muy pequeñas y están abarrotadas de humedad. Mucha humedad. Tanta humedad que ennegrece las paredes y moja los colchones, las sábanas y los juguetes. Cada uno de los dibujos de sus hijxs que están pegados en las paredes tienen la tinta corrida. Todo lo que se encuentre en ese oscuro cubículo está frío porque la calefacción no funciona. Capas y capas de ropa encimadas, buscando calor. Pero el abrigo no alcanza. No alcanza para no enfermarse porque, enfermarse, es un privilegio.

La salud, la atención y la medicación son derechos a los que no todxs tienen la posibilidad de acceder. Dentro de los muros, ese acceso es escaso. No encontrar unx médicx o pediatra de guardia, volar de fiebre durante todo un día y no recibir atención, o no tener un jarabe para la tos, son algunas situaciones que viven las mujeres privadas de su libertad.

—A los chicos solo les hacen los controles pediátricos y de vacunación. Todo lo que es de estudios tienen que sacarte al hospital de la calle.

—¿Y cómo es la alimentación?

—La alimentación para los chicos es totalmente mala. Lo único que te dan son dos churrascos sin

cocción por día y dos veces a la semana una bolsa con verdura que viene papa y cebolla. Eso es lo único que te da de alimento la unidad.

Me genera inquietud pensar que haya niños viviendo en unidades penitenciarias, porque en ellos también se vulnera el derecho a la recreación, al ambiente sano y placentero, a gozar de firmes vínculos con sus padres y madres y, sobre todo, a un entorno libre de violencia. Decido investigar cuáles son los efectos de la cárcel en ellos. Me encuentro con un informe de Unicef realizado en 2015, el cual sostiene que los primeros cinco años de vida son los más importantes para el desarrollo de un individuo. Las experiencias en esos primeros años afectan la estructura y funcionamiento del cerebro y la vida psíquica, que dependen de la interrelación entre factores genéticos y del medio ambiente, así como de la nutrición, los contactos, las caricias, las palabras, las interacciones y las experiencias.

No todos los déficits que se producen durante la primera infancia se podrán compensar más adelante y el costo es sumamente alto. Las experiencias negativas en la primera infancia —como la falta de cuidados— y las deficiencias de desarrollo, influyen en etapas posteriores de la vida, tanto en forma de potenciales limitaciones en las capacidades cognitivas, educativas y laborales, como en la reproducción intergeneracional de

la pobreza, replicando las inequidades en la próxima generación.

—Criar un bebe en la unidad es algo totalmente inhumano. No tenés su comida, no podés darles los gustos que querés. En vez de jugar con un juguete, juegan con un candado. Aprenden a pedir paso a la plaza a la policía. Varios chicos en los recuentos aprenden a decir su apellido, pero porque todo eso ven, escuchan y aprenden lo que no deben. Es una lástima.

Requisa, sanción, delito, pabellón. Son palabras tan ajenas para cualquier niñx y, sin embargo, para ellxs son moneda corriente. Cargan con el estigma de haber sido criadx en ese entorno y de ser hijxs de una mujer en contexto de encierro. Las marcas de la cárcel calarán profundo en la configuración de su ser por el resto de sus vidas.

Pero ¿por qué estxs niñxs están con sus madres? La principal razón es para no romper y fortalecer el vínculo madre e hijx. Sin embargo, hay niñxs que entran y salen de las unidades penitenciarias durante la condena de su madre. Otrxs se quedan en circunstancias desfavorables y para nada propicias, a cargo de tercerxs. Pero en ninguno de los escenarios se toman medidas institucionales para que se garantice que no haya algún tipo de quiebre vincular.

Aunque es preferible que no se críen en un contexto carcelario, hay mujeres que no tienen la posibilidad de elegir. Esto se debe a que muchas veces no hay nadie del círculo familiar capaz de llevar adelante la crianza de unx niñx. Y dentro de la cárcel con el encierro, la oscuridad, el frío y las carencias ¿se puede ser capaz de criar?

—Para los chicos vivir acá... creo que se dan cuenta cuando son un poco más grandecitos del lugar donde se encuentran. Para mí es horrible que vivan acá, hay un montón de cosas que ellos no conocen por estar de este lado. Cuando Nehuen crezca, va a darse cuenta que está todo el tiempo en el mismo lugar, pero voy hacer lo mejor de mi parte para que no se sienta tan encerrado. —asegura Antonella.

En las cárceles mayormente las maternidades suelen ser colectivas. Muchas madres para muchxs niñxs. Los cuidados son compartidos y acompañados. Es decir, se crean redes de cuidado. Antonella me cuenta que, si alguna tiene una inquietud en cuanto a la crianza de lxs chicxs, se lo pregunta a otra compañera más experimentada.

—Yo por ejemplo estoy todo el tiempo diciéndole a mi compañera que ya le saque la mamadera y el pañal a su hijo porque tiene edad para dejarlo, que le enseñe hablar porque va a empezar el jardín.

Las madres se reúnen en la sala de juegos o en una pequeña plaza donde conversan, toman mate, juegan con sus hijxs y con lxs de sus compañeras. Pero no todo es risas y cuentos, también conviven entre gritos, discusiones, peleas y motines. Se respira con el recuerdo de las situaciones trágicas vividas y la violencia.

Cada vez que unx de ellxs cumple cuatro años dentro de la cárcel, lejos de ser una celebración, es el comienzo de un proceso de dolor. El niñx debe abandonar la institución, para iniciar su vida con su familia que lxs espera en el exterior, una familia sustituta o para recaer en otra institución como son los hogares. Pero siempre alejadx de su madre. Alejadx de los vínculos que construyó intramuros. Alejadx de su institución educativa. Despojadx de todo lo que constituía su vida.

—Cuando los chicos se van de la unidad, si se van con la madre se van felices porque vuelven a su casa con su mamá. Pero si la madre tiene que seguir quedándose, es lo más triste y doloroso para ambos, hasta para nosotras también. —dice Antonella.

No solo rompe el lazo formado con todo lo que conocía y era, sino también es obligadx a ser parte de una familia con la cual, en la mayoría de los casos, no

había construido una relación previa. A partir de que la niña abandona la unidad penitenciaria, el vínculo que mantenían madre e hija, está completamente determinado por terceros: por la familia, por el poder judicial, por aspectos sociales, económicos y geográficos.

En los casos en que se concede la prisión domiciliaria a las madres con niñas menores de cinco años, existen circunstancias que llevan a las mujeres a violar esa medida. ¿Qué sucede si una niña necesita ir al médico?, ¿y si no hay nadie que pueda llevarlo a la escuela?, ¿qué pasa si en su hogar hace falta un medicamento o alimento y no hay nadie que pueda realizar la compra? Estas cuestiones obligan a las mujeres a salir de sus domicilios y, como consecuencia, la respuesta institucional y judicial es nuevamente el encarcelamiento. Ante estos interrogantes que me surgen, no dudo en preguntarle a Azucena sobre este conflicto.

—No todos tienen otras personas que las asisten, la mayoría dejan de tenerlo también. Entonces eso no es un problema solamente cuando te enfermas o se enferman los niños, sino para comer. Porque ahí hay otra cuestión, vos seguís siendo un detenido o una detenida cuando estás en prisión domiciliaria, por lo tanto, el Servicio Penitenciario tiene un presupuesto que es para vos, lo sigue teniendo, porque vos seguís

estando preso. Sin embargo, te dejan ahí con una pulsera y un monitoreo que no te dan ningún kilo de arroz para que comas. No podés salir a trabajar, no sabes si tu familia en algún momento se cansa de asistirte. Madres que incluso que han llegado a no tener que darles de comer a los niños que están en la casa. Todo eso el Estado no lo prevé.

—Imagino que son cuestiones que no se tienen en cuenta a la hora de pedir la prisión domiciliaria. —
agrego.

—Cuando uno está en la cárcel quiere la domiciliaria, porque, obviamente, querés salir de ese infierno. Pero cuando llegas al lugar donde tenés tu domiciliaria, si no tenés familia más o menos constituida y hay alguien que trabaje, se te empieza a poner pesado el asunto. Bueno, ¿cómo lo haces?, ¿a qué hora te va a responder el juez si te responde?

El 29 de enero de 2020 Antonella comenzó a sentir contracciones. Eran la 01:00 de la madrugada y aún no tenía la dilatación exacta para que la llevaran al hospital. Durante dos horas esperó en sanidad controlando las contracciones. Minutos antes de ir al hospital, se levantó de la camilla y fue al pabellón a buscar sus bolsos.

—Me largué a llorar mientras caminaba. Me agarró una angustia muy grande porque caí realmente que llegaba mi bebé y me puso re mal la situación en la que estaba.

Pienso que probablemente hubiese necesitado de alguien que la abrace y la acompañe en ese momento. No sé si ahora lo está recordando y vuelve a sentir esa tristeza. Me cuenta que esa angustia y esa soledad también la vivió durante el embarazo, sobre todo a la hora de hacerse los controles médicos, aunque muchos de ellos quedaron pendientes. Incluso denuncia que, por recibir escasa comida, estaba anémica y que solo era asistida por su madre.

A las 03:00 la llevaron al hospital Dr. Ricardo Gutiérrez de La Plata. Luego de nueve horas de trabajo de parto nació Nehuen Natanael. A pesar de no sentir dolor, fue el parto más traumático de su vida.

—Cuando llevan a las presas a los nosocomios de la calle, nos tratan mal. Tuve un parto traumático. Terminé de dar a luz, dejaron que me higienice y después me esposaron los pies a la cama «por seguridad». Tenes que estar diciéndole a la encargada que te saque la patera que es re pesada para levantarte al baño, higienizarse y etcétera. Una situación horrible porque no tenés privacidad con tu bebé. Tenés un masculino y una femenina ahí todo el tiempo, hasta

cuando pasan los médicos a revisarte, algo que te intimida mucho.

La ley nacional de Parto Humanizado N° 25.928, garantiza el trato digno y respetuoso hacia las mujeres, sus hijxs y parejas en el embarazo, el parto y el puerperio. Entre los diversos puntos de la normativa, se establece el derecho a la mujer a ser informada sobre las distintas intervenciones médicas, la evolución del parto, el estado de su hijx y a que se le haga partícipe de las decisiones médicas sobre su cuerpo.

También contempla que sean tratadas con respeto, de modo individual y personalizado; a que respeten sus tiempos biológicos y psicológicos, evitando prácticas invasivas y suministro de medicación que no estén justificados. Estar acompañada por alguien de su confianza y elección durante el trabajo de parto, parto y postparto, es otro de sus derechos, como también a recibir asesoramiento e información sobre los cuidados de sí misma, del niñx y los beneficios de la lactancia.

Lejos de cumplirse esto, las mujeres privadas de la libertad son víctimas de numerosas violaciones a sus derechos humanos. El embarazo y el parto están caracterizados por la soledad. Carecen de móviles para traslados a los centros de salud y de médicxs especialistas, lo cual deriva a demoras que llevan, en

muchos casos, a que las mujeres en trabajo de parto deban dar a luz en la misma unidad penitenciaria. El acceso a la información sobre el desarrollo del embarazo y el parto son limitadas, como también la atención médica. Están atravesadas por la discriminación y despersonalización a la hora de acceder a instituciones de salud, a partir de la presencia y vigilancia del personal penitenciario.

—Cuando me hacían las revisiones correspondientes al post parto siempre había personal penitenciario y yo tenía que exponer mi desnudez. Fue algo horrible, me sentí muy humillada. —dice Antonella, supongo que aún enfurecida.

Ligaduras de trompas, roturas artificiales de bolsa de líquido amniótico, realización de maniobras sobre el útero durante el parto, cesáreas, suministro de leche de fórmula a lxs bebés, son algunas de las numerosas situaciones en las cuales el consentimiento de estas mujeres jamás estuvo presente. La institución médica y la institución carcelaria violentan el cuerpo de la mujer. Estas prácticas son parte de la denominada violencia obstétrica, la cual está contemplada por la ley N° 26.485 de Protección Integral a las Mujeres.

—Parir en la cárcel es una forma más de tortura porque no hay ginecólogos, los que hay no son competentes, el maltrato es permanente. Si estar encarcelados es un horror por las condiciones de

detención, imagínense estar embarazada y, además, parir. El maltrato es natural dentro de la cárcel, pero en las embarazadas y el parto se multiplica, porque no hay ningún tipo de cuidado. No hay ningún tipo de respeto al par, al embarazo, ni al parto. —manifiesta Azucena Racosta.

Horas después del parto, Antonella pudo ver a algunos familiares, lo que la hizo sentir más contenida. Pero al regresar, a pesar de tener un bebé en brazos, se reencontró con la realidad de la cárcel. Cuenta que al ingresar revisaron las pertenencias de Nehuen «como si fuera un delincuente». Luego se encontró con una cuna de madera llena de cucarachas, en una celda húmeda, con la pintura descascarada, arañas, hormigas, mosquitos, ratas y murciélagos.

—Toda una situación inhumana. Si te quejás te dicen que «hay cosas peores». El personal se maneja en forma irrespetuosa todo el tiempo y no me queda otra que soportar.

¿Cómo es ser mujer en la cárcel? Las cárceles a nivel mundial fueron construidas bajo lógicas patriarcales que invisibilizan las necesidades particulares de las mujeres y las disidencias. Por este motivo, no es casual la baja atención médica

ginecológica, accesibilidad a insumos, a los cuidados durante la gestación, el nulo tratamiento de hormonización para las personas travestis y trans, y condiciones inapropiadas para el ejercicio de la maternidad.

—Las cárceles de mujeres tienen la misma estructura que las de los varones. Por lo tanto, no hay ningún tipo de lineamiento respecto a la cuestión de género, de la misma manera para las personas trans. Es más, las celdas de aislamiento son exactamente las mismas, un cuadrado mugriento, húmedo, con frío o con un calor extremo en verano, sin baño, casi a oscuras. Así puede estar una mujer de cincuenta años o sesenta, una joven de veinticinco que todavía está menstruando, o una mujer embarazada porque se le ocurrió a algún encargado o algún oficial del Servicio Penitenciario que merece un castigo. —sostiene Azucena.

Las mujeres privadas de la libertad cargan con estigmas, prejuicios y representaciones a diferencia de los hombres. Dentro del discurso cultural por el que estamos configuradxs, ellas no pueden romper la norma porque son pensadas como buenas, sumisas y devotas. La mujer que cometió un ilícito será juzgada socialmente por ese delito y por ser mujer que desafió el mandato.

Partiendo de que en Argentina la cantidad de unidades penitenciarias para mujeres son escasas, la distancia entre las ciudades de origen de las mujeres privadas de la libertad con sus lugares de detención suele ser extensa. Con lo cual, cuanto más lejanía de su hogar, mayor es la pérdida de contacto con los afectos, entre estos, sus hijxs. Sumado a que, durante el cumplimiento de la condena, muchas de ellas son trasladadas a distintas unidades penitenciarias. Así, estas mujeres son víctimas del abandono institucional, estatal, social y familiar.

A diferencia de las cárceles masculinas, durante los días de visitas las de mujeres se encuentran desiertas. Estas visitas son fundamentales para proveerlas de alimento, medicación, insumos, tarjetas de teléfono y acompañamiento. En el contexto de la pandemia, esta situación se agrava. Antonella me cuenta que el estado de la población de las madres que permanecen allí es desesperante, ya que no las ayudan con elementos de limpieza para la desinfección. Además, denuncia que el personal del Servicio Penitenciario trabaja sin barbijo dando lugar a la posibilidad de contagio. Conviven con el miedo de enfermarse ellas y sus hijxs, teniendo en cuenta que allí adentro el sistema de salud es escaso o nulo.

Como medida de reclamo llevaron a cabo una huelga de hambre, para exigir que todas las madres y

embarazadas reciban prisión domiciliaria. Sin embargo, a ella se le fue negada.

—Me contestaron que acá en la unidad estoy mejor y que corro menos peligro de contagiarme Coronavirus. En mi pedido no hago alusión a la pandemia. Mis argumentos son otros. Expuse nuestras condiciones de detención agravadas y que mi mamá está enferma. Que se encuentra a cargo de mis otros dos hijos y mis hermanos menores. Y que ella tiene que venir hasta el penal a traerme cosas porque acá no me dan nada.

Que las mujeres no sean visitadas, genera que sus condiciones habitacionales sean mucho más precarias, como así también la afección de sus vínculos y su salud psíquica. Las mujeres visitan a sus maridos, a sus hijos, a sus hermanos, a sus padres cuando son privados de su libertad. Pero esta situación pocas veces se ve reflejada inversamente porque está relacionada con el rol de cuidadoras que tenemos asignado las mujeres en la sociedad.

Ante esta realidad que viven las mujeres privadas de su libertad, y sobre todo en este contexto, no dudo en preguntarle a Antonella como es su situación. Me cuenta que la relación con sus hijos es excelente, y a pesar de la distancia, habla con ellos todos los días. Al igual que con sus hermanos, su madre y sus amigos. Me imagino que la posibilidad de acceder a un

celular acortó un poco la distancia con sus vínculos. Tal vez se siente menos sola. Aunque lo que verdaderamente transformó sus días en la cárcel, fue la llegada de Nehuen.

—Mi bebé me cambió todo, cambió mi rutina, mis pensamientos. Lo único que me importa es que él esté bien, más allá de donde estamos, y poder irme a mi casa junto con él. Me gustaría que me den la posibilidad de cumplir mi condena en mi casa mientras crío a mi bebé. Me gustaría que a él no le queden recuerdos de este horrible lugar.

Los mandatos de género resisten a pesar de los muros. Los estereotipos también. Muchas de ellas continúan siendo jefas de hogar y deben sostener a sus hijxs con el salario que reciben por el trabajo carcelario. Sin embargo, estas tareas persiguen una lógica de «lo que es para las mujeres y lo que es para los hombres». ¿Qué trabajos se les permiten a las mujeres? Tareas de limpieza, costura, peluquería, confección de bolsas, pastelería, entre otros.

Estos estigmas que cargan las mujeres que cometen un delito y rompen con el mandato de buena mujer, se refuerzan cuando esta es madre. Una mujer que no puede hacerse responsable de sus hijxs está condenada a sufrir la culpa y, a ser considerada

socialmente como mala madre, sin importar las circunstancias.

— ¿Qué me gustaría para la vida de mi hijo? Salir de acá y que crezca junto a sus hermanos. Empezar otra vida diferente, digna. Pienso en el día que salga dejar todo mi pasado oscuro enterrado acá, que todo lo malo se quede acá. Poder dedicar tiempo a mis hijos, poder estar con mi marido, que estemos todos juntos. Salir adelante, progresar, tener mi propia casa, mi propio negocio. Salir y trabajar de auxiliar de farmacia que me gusta. Si pudiera estudiar, elegiría una carrera de enfermería.

Al día siguiente de hablar con Antonella y me despierto con una sensación de incertidumbre. Siento un vacío en el estómago, ese vacío que uno siente ante la ansiedad. Necesito ver cómo es *ese lugar* del cual ella me contó tanto, aunque, como dije antes, entrar es imposible. Sin embargo, no desisto. Agarro mi mochila, una libreta, las llaves y el barbijo. Me subo al auto y lo pongo en marcha. En el GPS de mi celular escribí: «unidad penitenciaria 33». Algo me llama la atención. Con Antonella estábamos a solo treinta cuadras de distancia.

Es un día de sol y, a pesar de la cuarentena, las calles y plazas platenses están colmadas de gente portando barbijos que buscan amortiguar el contagio. No sé si es porque es sábado, por el día soleado o porque nadie aguanta más el encierro. Niñxs corriendo, adultxs en bicicleta, jóvenes tomando mates. Pero yo no puedo dejar de pensar, que para Antonella no importan los días de sol, siempre está sola. A oscuras. En el encierro. A pocas cuadras de atravesar circunvalación, el paisaje ya no era el mismo. Los edificios modernos se transformaron en casas precarias con techos de chapa y las calles asfaltadas en caminos atestados de pozos. A una cuadra de llegar a la unidad me cruzo con un potrero y un grupo de personas jugando al fútbol. Me dice el GPS que se trata del Club Alumni de Los Hornos.

En la esquina de las calles 70 y 148 disminuyo la velocidad. Veo un montón de bolsas estalladas de basura y perros hurgando en la mugre. Un muro tan alto que no logro dimensionar sus metros. Arriba, una garita y una persona uniformada de espaldas. Del otro lado de la pared, lo único que podré ver de la unidad: un edificio con ventanas enrejadas y un montón de harapos de colores colgando de ellas. Nada más. El resto debe ser parte de mi imaginación. Avanzo un poco más. En la puerta de la Unidad 8, la cual está ubicada en el mismo predio que la Unidad 33, veo autos estacionados, supongo que deben ser del personal, una unidad de traslado y una señora que se ve como si estuviese

esperando algo. Enfrente, unas edificaciones a medio terminar, un maxikiosco y una ferretería.

Por un momento me doy cuenta que en uno de los extremos hay un portón alambrado y del otro lado una chica sentada en el piso. Está descalza y con el pantalón arremangado, pareciera que charla con alguien. Supongo que es una de las tantas mujeres privadas de su libertad que hay en la unidad. Pienso que se aguanta las ganas de saltar ese portón por estar bajo el ojo vigilante. Me llama poderosamente la atención poder verla. Ahora la cárcel tiene un rostro.

Doblo por la calle 149 y solo me encuentro con más muro. Después de hacer una cuadra más, un cartel azul con letras blancas me dice: «Servicio Penitenciario Bonaerense Unidad 33 Los Hornos». Al lado, una ambulancia y otra unidad de traslado. Nada más. Por más grande que sea mi insistencia esa siempre será la respuesta. Nada. Solo iba a ver lo que me querían mostrar. Me estaciono, bajo del auto y cruzo la calle. Por largo rato me quedo mirando ese muro, tratando de entender que del otro lado estaba Antonella, criando a su hijo, llevando a cuestas su historia y sus dolores. Pero es difícil pensar que del otro lado pasan tantas cosas porque solo se puede ver una pared descolorida. Entiendo que eso es lo que se busca, que pensemos que allí no hay nada y nada sucede. Meto la mano en el bolsillo y saco mi celular. No sé por qué, pero siento la

necesidad de buscar esa conversación del día anterior con ella. Leo la última pregunta que me respondió:

— ¿Qué significa para mí ser madre? TODO, ellos me enseñaron a ser madre. Fui mamá a los 14 años por primera vez y ellos me enseñaron mucho, por ellos doy mi vida. Ser madre es lo más lindo, lo más valioso que la vida me pudo haber dado. Algo que tiene miles de maneras de explicarlo. No alcanzarían las palabras, pero sé que tengo tres hermosos hijos por los cuales luchar, seguir, y por los cuales crecer y ser mejor persona, educarlos, darles una buena enseñanza pero que ellos jamás pasen por todo lo que a mí me tocó pasar. Son mi vida, los amo con toda mi alma. Es un amor que no tiene comparación. El amor de una madre hacia un hijo es lo más sano y lindo que hay.

Sonrío. Me gustaría decirle que estoy acá, pero sé que no serviría de nada. Tengo una inquietud que me desborda. Necesito hacer algo, pero tampoco sé qué. Tal vez me tengo que conformar con la idea de que solo me queda contar su historia. Me doy la vuelta para subir al auto y regresar a mi casa. Delante mío, veo pasar a una chica con un bebé a upa, sonriente, paseando en la tarde de sol. Se me hace un nudo en la garganta.



Inapropiadas

Luana Marian

El ruido de sus gruesos dedos presionando las teclas de la computadora hacían eco en toda la casa. Su respiración agitada y sus manos transpiradas detenían lo que quería decir. Lo pensaba hace varios días. Lo sentía desde hacía tiempo. Lo guardaba desde hace cuarenta años. Clickeaba y tipeaba cosas de las cuales ni siquiera era consciente. No despegaba los ojos del monitor. Hizo la última inhalación.

—Fra... Fran. —dijo tartamudeando— Fran, hijo vení, sentate.

—¿Qué pasa? —preguntó mientras agarraba la pesada silla de madera del comedor.

—Bueno. Habrás notado que hay unos cambios... —dijo sin mirarlo a los ojos.

La respuesta de su hijo fue un silencio absoluto. Giró y lo miró a los ojos. Francisco estaba tirado hacia atrás sobre el respaldo de la silla como si nada pasara.

—Estoy esperando que lo digas vos. —dijo conteniendo la risa.

—Ay, hijo de puta, me estás torturando. —expresó liberada, como quien se saca un peso de encima— Lo que quiero decirte es que ahora soy ésta y voy a seguir por este camino.

—Hacé lo que quieras, sé feliz. Lo único, no sé cómo te voy a tratar, no sé si me va a salir tratarte en femenino. —le dijo Francisco a quién llamaba papá.

—No importa, tratame como te sientas cómodo.

Hacía un tiempo había comenzado a maquillarse, a usar un poco de base. Se había hecho las uñas de manera sutil y había comprado sus primeras botitas. Después de esa conversación con su hijo menor, se sentía libre para poder ser quien quiso ser durante cincuenta y cuatro años: Marian.

Cuando hablé la primera vez con Marian entendí una sola cosa, tenía la necesidad imperiosa de contar su historia. No le importaba viajar para encontrarnos, hacer kilómetros para tomar un café en algún bar del centro porteño. Ella necesita contar quién era. Es curioso que una persona esté tan predispuesta a querer decir simplemente quien es, pero con ella todo tenía sentido. Opté por viajar para escucharla. Quería conocerla en su casa. En el lugar donde transcurrió gran parte de su vida. Pero encontrarnos no fue tan sencillo.

Me preparo como para aventurarme en una excursión: mate, agua, galletitas, vianda. El viaje será largo, casi cien kilómetros. Lo averigüé unas horas antes de partir. Pero no dudé. Zapatillas cómodas, GPS,

tanque lleno y primera. Nunca había manejado tanto. Mis manos transpiran sobre el volante. No sé si por la ansiedad que me genera manejar entre los bocinazos de la ciudad, dirigirme a un lugar desconocido o por encontrarme con Marian. Subo el volumen de la radio para refugiarme.

Subidas, bajadas, peajes. Autopistas: Buenos Aires-La Plata, 9 de Julio y Panamericana. De Tortuguitas no sé nada. Alguna que otra vez leí el nombre de esa ciudad en los carteles verdes de la Ruta 8 cuando viajé al noroeste del país. Por eso ahora solo confío en la línea azul que indica el GPS. Luego de dos termos de mate que cebó mi compañera y un paquete de galletitas, llegamos. Estaciono. No parece un barrio muy transitado. Hasta la calle de tierra está siendo invadida por el pasto.

—Estoy afuera. ¿Cuál es la casa? —le escribo por *WhatsApp*.

Miro la cuadra de una esquina a la otra. Las casas parecen quintas: con ladrillo a la vista, tranquera en la puerta y extensos patios delanteros. No logro darme cuenta cuál podría ser la de Marian. Escucho un grito detrás mío:

—¡Es acaaaá! —está completamente vestida de negro con una boina de lana roja sobre sus cabellos grises. Desde sus orejas penden unas estrellas plateadas.

—Hola Marian. Me perdí.

—Es acá nena. Pasá, pasá. Te estoy esperando. — tiene una sonrisa que le ocupa toda su cara — ¿Cómo te fue en el viaje? ¡Vení, pasá!

No me dio tiempo a responder. Me muestra su casa, su auto, su patio boscoso. Esquivo las piñas del piso. Nos persiguen sus perros a los saltos y moviendo la cola. Antes de entrar a la casa, veo una piletta enorme en el fondo. Siento que estoy en una casa de fin de semana.

—Compre unas facturas. —abre el paquete con sus largas uñas esculpidas. Al lado, la pava caliente y el mate preparado. Corre papeles y cables de colores de la mesa y me invita a sentar.

Desde que llegué no para de hablar y contarme cosas. Algunas me hacen reír. Otras no las entiendo. Dice nombres que no conozco. No sé si será porque está ansiosa o porque por un momento, se olvida que es la primera vez que nos vemos. Sin preguntarle, me cuenta orgullosa, que hace cinco meses tomó la decisión más trascendental de su vida: ser una mujer trans.

La identidad travesti/trans aparece en el escenario social, político e histórico para irrumpir con la mirada hegemónica binaria de varón-mujer. Históricamente, el término travesti —aún no se utilizaba el concepto trans— fue empleado

peyorativamente para castigarlxs y excluirlos de la esfera social.

La activista travesti Lohana Berkins planteó que las travestis son personas que construyen su identidad, cuestionando los sentidos que otorga la cultura dominante a la genitalidad. Esta identidad se constituye a partir de la experiencia propia, del autoconocimiento y la autopercepción. Rompe con el paradigma binario de construir subjetividades masculinas o femeninas a partir de los cuerpos y genitales que, de no responder con esos estereotipos o roles, sólo llevan a la frustración personal.

Un golpe seco se escuchó en la puerta del departamento ubicado en el barrio porteño de Almagro. En 1976 esa situación se repetía en miles de domicilios de todo el territorio argentino. Ese golpe implicaba terror. La vida cambiaría para siempre. La intensa patada de uno de los hombres rompió la puerta. Eran las 18.30 y caía el sol. Cuatro hombres con bigotes, lentes de sol y gamulán negro, irrumpieron la tranquila tarde que la pequeña Marian compartía junto a su abuela materna. Cuenta que en su memoria quedó grabada la imagen de monstruos enormes que no paraban de gritar y dar órdenes sosteniendo una escopeta recortada.

Su mamá era socialista. Su papá comunista. Los hombres rompieron los taparrollos de las persianas del departamento buscando los libros, como queriendo extirpar los ideales. Marian no soportó ver semejante imagen y se enfrentó a uno. Con solo once años quedó cara a cara con el poder. El tipo le pegó un culatazo en la cabeza. La anciana de ochenta y ocho años no dudó en defender a su entonces nieto, y la respuesta de este hombre fue la misma, pero en sus costillas. Lo que no sabía Marian es que ese sería uno de los primeros golpes que recibiría de parte de un sistema, que comenzaba a condicionarla.

No eran tiempos fáciles para nadie, pero mucho menos para una persona que iba en contra de la heteronorma. Desde su niñez, le llamaba la atención ver a su mamá y a su hermana maquillarse y peinarse. Incluso, a escondidas se ponía ropa de su mamá y hasta intentaba teñirse el pelo como ella, con mezclas raras de harina, huevo y shampoo. Pero cuando su familia la descubrió, se lo prohibió. No entendía porque estaba haciendo algo incorrecto, si era lo que deseaba.

Interrumpe su relato. De repente se levanta y me trae un cuadro:

—Adivina cual soy. —mostrándome un grupo de chicos, vestidos con camisa blanca, saco y corbata

azul. Durante unos segundos busco su cara y señalo a uno de los jóvenes. —¡Siii! A mí me gustaban todos mis compañeritos. —estalla en una carcajada.

La vida de ese joven que estaba en el cuadro se tornaba mucho más dura. Sentía rechazo por su imagen. Los ataques de llanto eran constantes. Indirectamente, su entorno le decía que todo lo que sentía era inmoral. Pero como todo cúmulo de mandatos, roles y prejuicios, tarde o temprano, explota.

En 1979 se enfrentó a su familia. En medio de un ataque de llanto, le gritó a su mamá y a su hermana que tenía un gran problema, que ellas no entendían. Quería decirles, lo que sentía por sus compañeros, que la imagen del espejo no le correspondía, que quería ser otra persona, pero no se animó. En aquella época ser homosexual era considerado una patología, incluso hasta 1990 estaba registrada en el listado de enfermedades mentales de la Organización Mundial de la Salud (OMS).

Sintió la necesidad de salir corriendo, pero se escondió detrás de la puerta de la cocina. Las mujeres siguieron conversando. En ese momento escuchó la frase que la condicionó para toda la vida: «Marianito en unos meses va a empezar a salir con chicas y se le va a pasar todo». A partir de allí debió sepultar sus sentimientos y sus deseos para comenzar a construir el

personaje que protagonizó durante cuarenta años: Mariano.

Cumplió los mandatos. Comenzó a salir con mujeres. Dio su primer beso a los dieciocho años. Se puso de novio. Se casó. Estuvo con una mujer durante diecisiete años. Tuvo dos hijos, Santiago y Francisco. Se disfrazó de hombre cis género, es decir, que su identidad de género coincidía con el que se le asignó cuando nació, a partir de sus genitales. Usaba colores oscuros, pelo corto y barba. Mariano era un varón heterosexual.

En Argentina, la ley N° 26.743 de Identidad de Género es la primera del mundo en no patologizar la identidad travesti/trans. Esta norma comprende a la identidad de género como la vivencia interna e individual del género tal como cada persona la siente, la cual puede corresponder o no con el sexo asignado al momento del nacimiento, incluyendo la vivencia personal del cuerpo. Les concede el derecho a acceder a intervenciones quirúrgicas totales y parciales y/o tratamientos integrales hormonales para adecuar su cuerpo a la identidad con la que se autopercibe, sin necesidad de requerir autorización judicial o administrativa.

Esta norma otorga el derecho a ser identificada de ese modo en los instrumentos que acreditan su identidad respecto de el/los nombre/s de pila, imagen y sexo con los que allí es registrada. Desde que fue sancionada esta ley hasta inicios del 2020, se entregaron 9000 documentos nacionales de identidad, entre los cuales Marian realizó el cambio de identidad para pasar a llamarse Luana Marian López Reta en honor a Luana, la primera niña trans del mundo en cambiarse el nombre en su documento sin hacerle juicio al Estado.

La población travesti/trans, como todo el colectivo LGBTIQ+, además de ser castigada socialmente durante años, también es invisibilizada. Encontrar datos resulta casi imposible. En el último censo de 2010 donde sólo se indaga por el sexo de la persona, las únicas opciones se basaron en el binarismo «varón-mujer». En esta lógica de que «lo que no se habla, no existe», que no haya ninguna cifra, ni nombre, ni dato, demuestra la importancia que se le otorga desde el Estado a este colectivo.

A partir de datos calculados por organismos independientes, en Argentina, se considera que a la población travesti/trans, la integran aproximadamente diez mil personas.

A sus cuarenta y dos años, y con un matrimonio que se caía a pedazos, comenzaban a aflorar todos los anhelos que estaban enterrados. Tomó la decisión. Se sentó frente a su computadora, la misma que ahora está sobre una punta de la mesa, y entró a un chat de citas. En el momento de filtrar su búsqueda, presionó sobre el casillero de hombres. Por primera vez, desobedeció los mandatos y obedeció los deseos. Le pidió el divorcio a su esposa y destrozó la puerta del closet. A los meses comenzó una relación con Mauricio, quien fue a vivir a la casa familiar. Para sus hijos, era el amigo de papá.

—¿Vos te vas a casar con Mauricio? —le preguntó el pequeño Francisco de nueve años, una noche camino al almacén.

—Sí, hijo. —le contestó.

—¿Y me vas a invitar?

Nunca le había contado sobre su orientación sexual y eso la sorprendió. Se emocionó ante la ternura de su hijo. Ese día comprendió que los prejuicios vienen de parte de los adultxs. Francisco, a su corta edad, entendió y aceptó, sin que nadie le explicara, que lo que mantenía su papá con ese hombre, era una relación de amor, sin importar los géneros.

A pesar de que no se casó con Mauricio y dos años más tarde finalizaron su relación, Marian militó por este derecho. El 15 de julio de 2010 Argentina se

convirtió en el primer país de América Latina en otorgar este derecho a las parejas del mismo sexo.

La ley establece que «el matrimonio tendrá los mismos requisitos y efectos, con independencia de que los contrayentes sean del mismo o de diferente sexo». Con lo cual también se incluye la posibilidad de que las parejas homosexuales puedan adoptar.

Marian puso el freno de mano y detuvo la marcha de su Honda Accord modelo 96. Estacionó frente al supermercado cercano a su casa. Eran las ocho de la noche. El sol ya había bajado hacía más de una hora. Era mayo y el frío comenzaba a sentirse. Apagó el estéreo y se quedó en silencio. Su corazón latía cada segundo más fuerte. Su respiración era intermitente. Se puso sus lentes negros Ray Ban y se animó. Bajó del auto y cruzó la calle que parecía interminable. En la entrada del supermercado pensó unos segundos. La puerta se abrió de par en par. Respiró hondo y entró.

Hacía unos días comenzaba a vestirse como lo hacía cuando era niña a escondidas. Se puso unas calzas cómodas, una remera al cuerpo, con colores llamativos, una vincha sobre sus cabellos grises y labial rojo. Hacía diecisiete años que iba a comprar al mismo lugar, pero jamás sintió la mirada de todxs sobre ella. En la puerta

de ese supermercado, dejó a Mariano en la calle y entró como quien siempre quiso ser, Marian.

Días más tarde, fue al Hospital de Bromatología Domingo Angio, en José C. Paz. Allí comenzaba su tratamiento de hormonas. Como es costumbre, las mañanas en un hospital público están colmadas de gente. Volvió a recurrir a los lentes de sol. En este proceso, los sentía como un escudo protector de los ojos de la sociedad. Se sentó en la última fila de bancos, no emitió sonido ni movimiento alguno. Bajó la mirada e intentó hacerse lo más chiquita que pudo. En ese momento solo pensaba que toda la gente la miraba, se burlaba, se reía de ella y la señalaban. Al paso de unos minutos se animó a mirar la recepción. La gente caminaba, conversaba, esperaba y nadie la miraba.

—Yo decía, soy una pelotuda porque me estoy torturando y a nadie le importa nada. Me saqué los anteojos y dije: «ya está, ya lo entendí». A partir de ahí, acá estoy. —dice desplegando los brazos. La noto segura, no solo por lo que dice, sino también por su postura dispuesta a comerse el mundo. Lo intuyo, aunque después me lo dirá.

Matías fue trascendental en la transición. Es su pareja desde hace siete años y la primera persona a quien le confió su deseo de ser una mujer trans.

—¿Y vos te sentís mujer? —le preguntó él.

—La mayoría del tiempo yo me siento más mujer que hombre.

—¿Querés que te trate en femenino?

—Bueno, por lo menos en la intimidad, sí.

Luego de la primera visita con su actual psicóloga, llamó a Matías de inmediato:

—Soy mujer, eh.

Marian no puede dejar de pensar que ella es una privilegiada. A diferencia de otras travestis y trans, tuvo la posibilidad de estudiar, de tener trabajos bien remunerados, tener una casa, un auto y su propia empresa, aunque estos le costaron muy caros: le costaron, no ser ella durante años. La destrozaron psicológicamente porque tenía que pelear por vivir una vida que no era la suya.

—Obviamente yo no puedo atribuirme el derecho de hablar en nombre de las pibas que sobrevivieron o de las que se murieron, porque yo no lo viví y no lo padecí. Pero sí puedo pelear por sus derechos.

—Decime una cosa, porque no entiendo algo... ¿Son las hormonas realmente o la experiencia femenina en cuanto a los sentimientos, es mucho más intensa que

lo que vive el hombre? —le preguntó Marian a su psicóloga.

—No, Marian. No son las hormonas.

—Es que no solamente la relación con mi marido, la relación con mi hijo, la relación con mis amistades, todo es exponencialmente más intenso. Todo lo siento más intenso, todo me llega mucho más.

Mariano no se permitía sentir. Me cuenta que era un varón violento, tenía reacciones explosivas y vivía a la defensiva. Para construir el hombre ideal a su lógica, el sistema patriarcal necesita que los varones no solo no expresen sus sentimientos, sino que ni siquiera se permitan sentirlos, que los anulen y los anestésien. Esa fue la manera que encontró para sostener ese personaje y para no dejar salir a Marian.

—Está horrible el mate ¿no? Acomodalo. —me dice señalando la cocina.

—Bueno, dale. —con Marian, no sé si estoy con una diva de la televisión o con una amiga de toda la vida. Me levanto. Lleno la pava de agua, prendo la hornalla y la apoyo sobre la cocina.

—Ahora soy otra persona. —hace silencio. Giro para observarla. Tiene la mirada perdida en la pared de ladrillos. Suspira profundamente. Me mira a los ojos y esboza una sonrisa — Soy otra persona.

Mientras espero que la pava chille, me cuenta que sus vínculos han cambiado, sobre todo con su hijo, Francisco. Su convivencia, sus manifestaciones de afecto y sus conversaciones, son más fluidas y cariñosas. La relación se basa en la libertad.

—A veces yo acá estoy cocinando y viene y me abraza. Me dice: «te quiero, gracias». Y antes jamás lo hizo.

Me impacta que haya sido tan difícil para ambos algo tan simple como decir palabras de cariño. Pero entiendo que existe una construcción de la masculinidad que condiciona y lxs configura, de tal manera que, a veces, impide la construcción de vínculos más sinceros.

Francisco dejó de decirle papá y eligió llamarla Marian. El aprendizaje y el crecimiento fue para ambos. Él se siente orgulloso de ella, porque le demuestra que hay que animarse a ser quien uno desea. Es así que, desde el primer momento, su hijo se convirtió en un apoyo incondicional y la acompaña en cada una de sus decisiones.

La tribuna estaba repleta de gente de pie, aplaudiendo y silbando. Luces en movimiento. Reflectores. Cámaras. El calor de las consolas. Una pantalla del tamaño de una pared. El conductor

exaltado presentando el programa. La cortina musical de fondo a todo volumen. Del otro lado, Marian aguardaba sola. En silencio. Tranquila. En la oscuridad. Miraba sus zapatos negros acharolados que se los había comprado especialmente para la ocasión. Era la primera vez que iba a usar tacos.

—Recibimos a Marian, ¡Adelante! —exclamó Santiago del Moro.

A paso firme y con la cabeza levantada, entra al estudio. Todas las luces se concentraron en ella. Saludó al conductor con un beso y se sentó en su lugar. Frente a ella, una pequeña pantalla que mostraba las quince preguntas que la podrían llevar a ganar dos millones de pesos. Había tomado la decisión de participar del exitoso programa *¿Quién quiere ser millonario?* para colocarse implantes mamarios. Pero, además, contratar unx abogadx para concluir su divorcio con su ex pareja y casarse con su novio. Detrás de ella, en la tribuna, Matías y Francisco la acompañaban.

Luego de responder algunas preguntas y de contar sobre su vida, del Moro se acercó a hablar con Francisco. El joven se paró y le dio un apretón de manos. Los nervios de estar en un programa del *prime time* se le notaron en el cuerpo. Con las manos temblorosas y la voz entrecortada, expresó que vivir con Marian le da felicidad. Ella le devolvió una sonrisa tierna, con los ojos llenos de amor. Sosteniendo el micrófono, el conductor

le preguntó si para él ha sido difícil todo el proceso que está llevando adelante Marian.

—Sí. Pero era otra sociedad, ¿no? Ahora las cosas cambiaron un poco. Pero ya está. Aprendí que lo importante es ser feliz y que ella tiene que ser quien quiera ser.

Luego de escuchar a Francisco, a Marian le resultó difícil responder las preguntas que el conductor le hacía. Su voz se entrecortaba. La emoción estaba ganando y ella se lo permitía. Ya no iba a ocultar más sus sentimientos. Mucho menos con su hijo. Ese día comprendió que los besos, los abrazos, los «te quiero» entre ellxs nunca más faltarían. Porque transformar es transformarse. Es transformar los vínculos. Es amor y aceptación. Transformarse es liberarse.

Cuando me fui de la casa de Marian, me subí al auto y me quedé largo rato pensando. Sentía una especie de ahogo. Su historia fue un golpe de realidad. Tiene un hijo hace veinte años, pero recién ahora puede disfrutar de un vínculo verdadero con él y ejercer la maternidad. Con sus palabras, sus lágrimas y hasta con su risa me transmitió todo ese dolor que cargó durante más de cuarenta años. Pero también me llevé la alegría porque por fin puede vivir la vida que debía.

Karla

Encontrar esta historia me llevó cuatro meses. Entrevistas canceladas, mensajes sin responder y plantones. Sobre todo, porque buscaba una persona travesti/trans que materne. Luego de mucha insistencia llegué a Karla, quien sin dudarle me permitió hablar con ella.

Es temprano pero el calor de febrero es insoportable. Me preparé una jarra cargada de jugo con hielo para tomar tereré fresco. Agarro la libreta, me siento en un extremo de la mesa de mi casa y espero que sea la hora de llamarnos. Anoto algunas preguntas que no quiero olvidar. Sin embargo, me gusta dejarme llevar por la conversación. Me transpiran las manos y me doy cuenta que estoy ansiosa. Son las once en punto. Le escribo.

—Hola, ¿estás lista?

—Dale, llamame.

Mientras espero que me atienda miro su foto de contacto que me ocupa toda la pantalla. Es una niña que parece tener entre trece y catorce años. No me da lugar a suposiciones, lo primero que me cuenta es cómo la conoció.

Me dice que ese día, junto a su pareja Miguel, estaban solxs en la oficina del hogar. No se miraban. Tampoco hablaban. Karla golpeaba el asiento de madera con sus uñas largas. Miguel no podía parar de

mover el pie derecho. Estaba reclinado sobre la mesa que tenían delante, sosteniéndose la cabeza. Luego de veintitrés años dejarían de ser solo dos.

—¡Ay, pero qué viejos que son! —dijo Agustina rompiendo el silencio al entrar a la habitación.

—¡¿Cómo que somos viejos?! —gritó Karla y se volteó hacia la niña.

Ese día comenzaba el proceso de vinculación para adoptar a Agustina. Hacía un tiempo la pareja comenzaba a pensar cómo serían como padres. Se encontraron adultxs, con muchos años de convivencia y el hecho de formar una familia, empezó a resonar en sus cabezas. Aunque nunca habían pensado en esta idea, ahora no podían dejar de imaginarse como mamá trava, papá y Agustina.

Para empezar a conocerse, Karla y Miguel la invitaron a desayunar juntxs a un bar. Agustina tenía once años y vivía en un hogar para niñxs institucionalizadxs. Ni bien comenzaron la conversación, Agustina expresó la frase que lxs enamoraría de ella para siempre:

—Si yo me voy a vivir con ustedes, a vos te voy a decir mamá y a vos te voy a decir papá.

Pero antes de seguir hablando de su historia como madre, quiero contar quién es Karla y cómo llegó a serlo. Podría iniciar cuando ella tenía nueve años y su maestra le pidió que la llevaran a un psicólogo. Su madre no dudó y siguió el consejo de la docente. En la primera sesión Karla dibujó a su familia.

—¿Qué dibujaste? —le pregunto.

—Yo dibujo a mis hermanos con moños y trajes, no sé qué. A mis hermanas las dibujo con vestidos y zapatos. Y en el momento de dibujarme, que me lo pidió después de dibujar a toda mi familia, me dibujo con un cabello largo, espléndida, con unos tacos enormes y tenía nueve años. —dice entre risas— Así era como en realidad me sentía o me reflejaba, por eso me dibuje así.

—¿Y qué te dijeron?

—La respuesta de la de la psicóloga, fue decirle a mi madre, que yo era un varón y que me tenía que criar como tal.

Pero Karla ya era Karla. La identidad de las personas travestis/trans se trata de una vivencia personal e interna que comienza a construirse desde la niñez. Casi el 50% de quienes participaron de la Primera Encuesta sobre Población Trans, dicen haber expresado su identidad entre los trece y los diecisiete años.

Muchas veces se manifiesta el deseo de la verdadera identidad en la etapa adulta debido a la represión o a los límites que se les imponen, familiar y

socialmente, desde temprana edad. Por lo tanto, el desafío no es preocuparse únicamente por las problemáticas del colectivo travesti/trans adulto sino, también, de que aquellxs niñxs que comienzan a expresar su identidad, para que puedan hacerlo con libertad y con el acompañamiento de sus familias, pares y las instituciones educativas.

Según la Convención de los Derechos del Niño, lxs niñxs y adolescentes tienen derecho al desarrollo personal, al trato igualitario, al disfrute, a la educación, al acceso a la salud, al derecho a ser diferente, a la libertad de expresión y a la identidad, incluyendo la identidad de género. A diferencia del resto de las leyes de identidad de género sancionadas en el mundo, en Argentina se incorpora a la niñez trans. En esta normativa se otorga el derecho al trato digno y el acceso a los niñxs y adolescentes trans a realizar el cambio registral en su documento nacional de identidad y a llevar a cabo tratamientos hormonales e intervenciones quirúrgicas.

Más allá de la legislación existente, es importante destacar que una infancia libre de discriminación y exclusión brinda la oportunidad a lxs niñxs y adolescentes a tener vidas más sanas y a ser adultxs más felices.

Puto. Maricón. Trolo. Nenita. La sarta de insultos siempre seguidos por la adjetivación «de mierda». Piñas. Patadas. Empujones. El bullying era la cotidianidad escolar de Karla. Cargaba con el dolor del odio de sus compañerxs, pero no la detenían a mostrarse como ella se autopercibía. Algunas compañeras la resguardaban, pero no era suficiente para evitar las situaciones violentas.

En segundo año de la secundaria, en una clase de biología, el profesor le dijo:

— Vos no podés venir vestido así a la escuela.

— ¿Cómo no voy a poder venir a la escuela así?

Si lo que hago es vestirme como siento. A la escuela yo no le faltó el respeto, ¿por qué no puedo venir así? — contestó enojada Karla.

Esa tarde volvió de la escuela colmada de agobio. No solo recibía agresiones de sus pares, sino también de lxs adultxs responsables de protegerla. Era tanta la discriminación, el rechazo y la exclusión que a mitad de ese año abandonó la secundaria. «No quiero ir más a la escuela. Voy a trabajar», le dijo a su madre.

— Pero a mí me gustaba la escuela y no la pude hacer justamente por ese rechazo. — en su voz puedo sentir aún el enojo.

Karla, a diferencia de la mayoría de las personas travestis/trans, tenía un hogar en el que encontraba

contención. A pesar de que no fue fácil, su familia la respetó y la acompañó en su proceso. Gran parte de las personas travesti/trans son excluidas del seno familiar durante su adolescencia. Con lo cual sus vidas desembocan en la pobreza, la situación de calle o la prostitución, en muchas ocasiones, con solo trece o catorce años.

Según la Primera Encuesta sobre Población Trans, cinco de cada diez personas travestis/trans declararon haber vivido discriminación por parte de familiares o parientes. A su vez, resulta nulo el acompañamiento por parte de las instituciones educativas y por ese motivo, al expresar socialmente su identidad de género, no lo hicieron en espacios escolares. El 64% de lxs encuestadxs sólo tiene aprobada la primaria, un 7% comenzó los estudios secundarios y, apenas, el 2% terminó el terciario o la universidad.

La búsqueda laboral a los trece años no fue nada fácil, y mucho menos siendo una niña travesti. Caminar, entregar currículums y saber que serían rechazados al verla vestida con prendas femeninas y su cabello largo, se le habían hecho costumbre. Las puertas de la escuela secundaria se habían cerrado para Karla, pero abrir las del mercado laboral fue más complejo de lo que imaginaba. Estaba en el medio de dos mundos hostiles:

el de lxs adolescentes discriminadores y el de lxs adultxs prejuiciosxs.

En aquellos años no sólo tuvo que ejercer la prostitución, sino que, además, fue perseguida. La dictadura militar había terminado hacía un tiempo, pero la represión para la población travesti/trans continuaba en plena democracia. Numerosos códigos contravencionales, de faltas y edictos policiales, se aprobaron en diversas ciudades a lo largo y ancho del país, los cuales legitimaban la persecución y control policial y judicial.

A pesar de la sanción de la ley de Identidad de Género y la ley de Matrimonio Igualitario, aún existen códigos que indirectamente permiten la persecución estatal a este colectivo bajo el pretexto de la defensa de la moral y la decencia pública.

Trece. Catorce. Quince. Veinte. Treinta. Eran los días que podía llegar a estar en el calabozo de una comisaría. Mientras más prendas comúnmente consideradas femeninas vestía, más días estaría presa por decisión del juezx de turno. Con catorce o quince años, pasaba días encerrada con asesinos o violadores. Se sometía a los abusos de otros presos o de oficiales de la policía, al querer recibir comida por parte de su familia, o simplemente por un atado de cigarrillos. No sé qué me impresiona más. Que te lleven presa con

catorce años, por ponerte tu vestido favorito, o que te pongan a la misma altura de asesinos y violadores. Más aun teniendo como antecedente una dictadura cívico-militar. Ahora que Karla me cuenta esto, puedo entender mucho más porque Marian se reprimió ser quien deseaba durante tantos años.

Luego apareció una nueva posibilidad en su vida. A los dieciséis comenzó a trabajar en una proveeduría, aunque estaba condicionada a disimular quién era. Tuvo que atarse el pelo y usar remeras sueltas para tapar sus pechos pequeños, producto de las hormonas. Sin embargo, todo esto duró un poco menos de dos años. Nuevamente tuvo volver al trabajo sexual.

La Primera Encuesta Sobre Población Trans revela que existe una situación laboral precaria donde prima la inseguridad e informalidad. El 20% expresó no realizar ninguna actividad remunerada. El 80% restante, declaró dedicarse a actividades vinculadas a la prostitución y otras de precaria estabilidad y de trabajo no formal.

Luego de años de vulneración de derechos y de intensa lucha, a través del decreto N° 721/2020, en septiembre de 2020 el presidente Alberto Fernández estableció el cupo laboral travesti/trans en el sector público nacional, con lo cual se garantiza un mínimo del 1% de la totalidad de los cargos a personas

pertenecientes a este colectivo. Sin embargo, las travestis y trans continúan luchando para que esta normativa sea ley votada por el Congreso y sea de carácter integral, es decir, que también proteja otros derechos como es el de la salud.

Esta normativa también existe a nivel provincial. En septiembre de 2015, la provincia de Buenos Aires sancionó la ley N° 14.783 de Cupo Laboral Travesti Trans, convirtiéndose en la primera de este tipo en una provincia argentina. Pero recién en diciembre de 2019 fue reglamentada. En la misma se establece que el objetivo principal es «revertir una situación de exclusión y discriminación estructural basada en el prejuicio contra las personas travestis, transexuales y transgénero». Además de Buenos Aires, solo cinco provincias cuentan con una ley similar: Chubut, Río Negro, Chaco, Santa Fe y Entre Ríos.

Gracias a este cupo Karla obtuvo un cargo en la administración estatal. Le pregunto: ¿por qué es necesario una ley de Cupo Laboral para la población travesti/trans?

—Es necesario, porque a las travestis hoy en día en el 2020, no nos toman a trabajar en ningún espacio, en ninguna empresa privada, en ningún lugar que pertenezca al Estado tampoco. Entonces si o si, es necesario el cupo.

1996 fue un año de transformación. Karla no sabía el giro que daría su vida. No solo cambiaría en lo sentimental y en lo laboral, sino también en la visión que tenía de sí misma. Ese año conoció a Miguel, quien sería su compañero de allí en adelante. Junto a él, logró nuevamente salir del mundo de la prostitución. Pero esta vez para siempre. Miguel le ofreció trabajar juntxs en una panadería que su familia tenía hacía algunos unos años. Karla aprendió este oficio y lo ejerció hasta que la coyuntura histórica argentina la golpeó. Golpeó a todxs.

Crisis económica. Corralito. Cacerolazos. Huelga general. *¡Que se vayan todos!* Saqueos. Represión. Violencia. Treinta y nueve asesinadxs. Un presidente y un helicóptero. 2001: el hambre de un pueblo. Como cientxs de argentinxs, Karla y Miguel emigraron al exterior en búsqueda de un mejor presente. Ambxs tuvieron que esperar hasta el 2010 para regresar a su tierra.

Antes del 96, Karla pensó que la construcción de su identidad estaba saldada. Ella era travesti. Su familia lo sabía. Todo el pueblo también. Ella era Karla y no lo iba a ocultar. Pero el rechazo de la sociedad pesaba tanto, que lo hacía propio.

—Pero vos no te podés enamorar de mí. Yo soy una travesti. Yo salgo a la calle y la gente se me ríe. Mirá, yo tengo barba. —le repetía con la necesidad de aclarar quién era ella. Esta era su construcción y su identidad.

Pero Miguel pateó el tablero. La enamoró y se enamoró. Hacía quince kilómetros en bicicleta para verla. La besaba, se pinchaba con su barba y no le importaba. A pesar de tener miedo al rechazo de su familia, la presentó a su hermana y con Karla construyeron una excelente relación. Dice Karla que él siempre le recuerda:

—Yo me enamore de vos, de tu persona, de cómo sos.

Salidas de la dictadura las travestis se organizaban, y muchas de ellas conformaron agrupaciones para reclamar por sus derechos. En ese entonces se limitaban solamente a luchar por permanecer en la mal llamada zona roja. Una esquina oscura era el único lugar que les había dejado la sociedad.

Durante muchos años batallaron contra el odio de una sociedad y un Estado que no las incluía y no las reconocía. Ellas mismas tomaron una actitud empoderadora, aceptándose y comprendiendo, que no

solamente debían pelear por estar paradas en una esquina sino, también, que son personas sujetas de derechos. Comenzaron a salir de la oscuridad y a hacer presentes sus voces y reclamos. Ocupar los espacios que les habían sido negados. La visibilización como bandera.

A partir de la década de 1990, el mismo colectivo, tomó la palabra «travesti» para resignificarla. Lohana Berkins sostuvo que este término, ha sido y sigue siendo, utilizado como sinónimo de sidosa, ladrona, escandalosa, infectada, marginal. «Nosotras decidimos darle nuevos sentidos a la palabra travesti y vincularla con la lucha, la resistencia, la dignidad y la felicidad», afirmó.

Según estudios de la Asociación Travestis, Transexuales, Transgénero de Argentina (ATTA), la esperanza de vida de la población travesti/trans es entre treinta y cinco y cuarenta años. Si la población travesti/trans fuera un país, se ubicaría en el primer puesto de países con menor esperanza de vida, seguido por Sierra Leona, África, con una de cincuenta y dos años. Esto se debe a las sucesivas exclusiones a lo largo de sus vidas en diversos ámbitos.

La restricción al acceso a la salud, a la educación, al trabajo, a la vivienda y a la justicia son los principales factores. Mueren en manos de la silicona industrial

clandestina que inyectan en sus pechos, por enfermedades de transmisión sexual como el VIH/sida, por la mal nutrición, por la pésima calidad de vida o simplemente en manos de la pobreza.

Además, el travesticidio social es una realidad. El Observatorio Nacional de Crímenes de Odio hacia Lesbianas, Gays, Bisexuales y Trans de la Nación sostiene que en 2019 ocurrieron 177 crímenes de odio hacia la comunidad LGBTIQ+. El 64% de los casos corresponde a mujeres travestis/trans. En estos, la orientación sexual, la identidad y/o la expresión de género de todas las víctimas fueron utilizadas como pretexto discriminatorio para la vulneración de derechos y la violencia.

—¿Cómo que tenés una mamá trans? — interrumpió el profesor mientras Agustina le estaba contando su historia a uno de sus compañerxs. Desde el primer día que comenzó la escuela, contaba orgullosamente algo único y valioso que solo ella tenía: una mamá travesti, pero, sobre todo, una mamá.

—Si. Mi mamá es trans.

—Pero no. Vos no podés hablar de las trans o travestis porque no son personas.

—¿Cómo que no son personas?!

—No, porque yo no puedo decir que soy un conejo y sentirme conejo cuando no lo soy.

—Si, pero vos me estás dando de ejemplo un animal y yo te hablo de una persona, que es mi mamá.

—Son personas que no viven mucho y que no tienen mucho amor.

—Mira, mi mamá hace un montón de años que está con mi papá y son muy felices y yo estoy feliz con ellos también ahora.

Numerosas fueron las situaciones en las que Agustina alzó la voz en defensa de su mamá y, sin ser consciente, estaba visibilizando y abogando por los derechos de un colectivo entero. En una de esas situaciones se enfrentó al prejuicio de lxs adultxs cuando la madre de un compañero, le dijo que la mujer está preparada para estar con el hombre y el hombre con la mujer.

—No, las mujeres están preparadas para estar con quienes quieren, y los hombres también pueden elegir. O sea que las personas están preparadas para estar con las personas.

Mientras Karla me cuenta con indignación, no puedo dejar de pensar que lxs niñxs nacen libres de prejuicios pero que son las familias o adultxs encargadxs del cuidado, quienes les instauran lo que, personal y moralmente, «está bien» o «está mal». Es

aquí donde aparece la Educación Sexual Integral (ESI) como factor imprescindible para la sociedad.

Esta ley nacional, N° 26.150, fue sancionada en 2006 y establece que todxs lxs estudiantes tienen derecho a recibir educación sexual integral en los establecimientos educativos del país, desde el nivel inicial hasta el superior. La ley tiene como objetivos promover actitudes responsables ante la sexualidad, prevenir problemas relacionados con la salud sexual y reproductiva, y procurar igualdad de trato y oportunidades para todxs. En uno de sus ejes propone respetar la diversidad, y hace hincapié en que todas las personas somos distintas y, dentro de la construcción de nuestras subjetividades, se encuentra la manera en cómo vivimos la sexualidad.

En las entrevistas previas a la vinculación de Agustina con Karla y Miguel, las instituciones encargadas de llevar a cabo la adopción, y el hogar donde estaba viviendo la niña se habían planteado que, darle la noticia de que la persona que quería adoptarla era una travesti, sería una situación compleja de aceptar y entender. Por este motivo es que llamaron a un psicólogo especialista en género para asesorarse de qué modo hacerlo.

—Hay una señora que quiere ser tu mamá y es travesti. —le dijo el psicólogo a Agustina.

— ¿Y cuál es el problema? Si ella quiere ser mi mamá, yo quiero ser su hija.

«Si yo me voy a vivir con ustedes, a vos te voy a decir mamá y a vos te voy a decir papá». Cuando Agustina terminó de decir esas palabras Karla tenía que contener lo que sentía: «venite ya conmigo, no quiero esperar quince días». Al llegar a su casa, Karla y Miguel rompieron en llanto.

«¿Por qué hay que esperar tanto para volver a verla?, ¿por qué no se viene a vivir hoy a casa?, ¿por qué pasa tan lento el tiempo?». Paseos, juegos y regalos demostraron el deseo que tenían de pasar el resto de sus vidas juntxs.

—La verdad nos damos cuenta de eso con Miguel, que queríamos cambiarle la vida y no por un tiempo hasta que vuelva al hogar. No. Cambiarle la vida para siempre.

Hace tres años se forjó entre lxs tres un vínculo indiscutible de amor, felicidad plena y agradecimiento. Ellxs no sólo querían adoptar a Agustina sino, también, que ella lxs adopte.

—La maternidad es una construcción. Hay momentos de enojos, o cuando hay que tomar una

decisión de decir «no», fue difícil. Pero también entendí que tiene que ser así. Después que yo pueda sentir que la niña se sienta orgullosa de tener una mamá trans, es maravilloso porque no hay nada más puro que eso. — su voz se entrecorta— Mirá, me vas a hacer llorar.

Mariela Muñoz fue la primera mujer trans en lograr hacer el cambio de género en su documento nacional de identidad en 1997. Fue madre de diecisiete hijxs que adoptó a lo largo de su vida.

—Fue un ícono de la maternidad trava, ella ha luchado tanto, ha estado presa, le quitaron los hijos, fue terrible. Pero eso marca un camino y una lucha de lo que debemos hacer las travas que queremos ser madres.

Gracias a esa lucha incansable consiguió que la justicia la reconociera como ella se autopercibía y de esa manera adoptar a algunxs de lxs niñxs que había criado. Mariela fue una de las primeras en romper con los modelos cis heteronormativos de familia e impulsora de la ley de Identidad de Género.

—Hay una consigna, una frase que dicen las compañeras: «nuestra venganza será llegar a viejas». No sé si sería una venganza, la venganza en realidad pienso que sería gozar de los privilegios del amor. Porque en realidad es eso, lo que nos han negado siempre es el amor.

— ¿Sentís que ese amor que a vos te negaron se lo estás dando de alguna manera a Agus?

— Si, claro. Eso. Yo no voy a hacer lo mismo, nos tenemos que plantear eso. No hay que hacer lo mismo que nos hicieron. Esto de que fuimos de pequeñas echadas de la familia, ser rechazadas, que nos manden a la calle. Y en la calle lo que encontrás son muchas miserias. Yo quiero que Agus sea libre. Pero libre del todo, libre en todos los sentidos. Y esto tiene que ver con mi construcción de maternidad trava. Entonces por todo lo que a mí me fue negado, voy a hacer todo lo posible para que haga lo que quiera y desee. Pero jamás hacer lo que nos hicieron.



Inoportunas

Eugenia

En la ciudad de La Plata las noches de diciembre se convierten en fiesta. Lxs egresadxs de la escuela secundaria realizan su festejo de fin de curso. En 2012, después de una seguidilla de celebraciones, fue la de Eugenia. Tres días después, el 14 de diciembre, tenía que rendir su última materia para terminar el secundario. Mientras repasaban en la puerta del colegio Liceo Víctor Mercante, previo a entrar a rendir el examen, le pidió un favor a su amiga, Macarena:

—Mirá tengo un atraso, acompañame a hacerme un test de embarazo para sacarme esto de la cabeza.

El camino a la farmacia y luego al último piso de la institución estuvo cargado de extrema ansiedad. Pero sabía que no, sabía que no estaba embarazada. Solo tenía que confirmarlo.

Cerró la puerta del baño. Se bajó el jean con rapidez. Se sentó en el inodoro frío y orinó sobre la tira reactiva. La apoyó en el suelo y fijó su mirada en ella. No tenía miedo, tampoco dudas. Pero inmediatamente se dibujaron las dos rayas. El mundo de Eugenia con diecisiete años, lleno de amigas y salidas, se vino abajo. Desde ese día, en el baño de su colegio, comenzaron meses de angustia y depresión. Lloraba, lloraba, lloraba. No lo podía creer. Su amiga la miró y le preguntó:

— ¿Qué vas a hacer? — casi surrando.

Eugenia le devolvió la mirada y sin responderle agarró el teléfono. Buscó el contacto de Jorge. Ambxs se conocieron en su barrio, Altos de San Lorenzo, y ese día cumplían seis meses de novixs.

—Hola. Me hice un test de embarazo y me dio positivo. —manifestó. Su voz se escuchaba entrecortada entre el llanto y los nervios.

—Tranquila, no pasa nada. Tendremos un hijo. —le contestó con firmeza.

—No me hables. —Eugenia le cortó.

Juntas salieron del baño y se dirigieron a la puerta del colegio. No podía dar explicaciones sobre lo que estaba viviendo y sintiendo, mucho menos estaba en condiciones de rendir una materia. Su amiga la agarró de la mano y se tomaron el primer colectivo que las llevaba a su barrio. Se refugió en una plaza. Un espacio público donde transitan personas todo el tiempo, fue el único lugar donde encontró privacidad lejos de sus padres. Durante cuatro horas lloró sin parar. No sabía qué hacer. No quería ser madre. No quería tener unx hijx. Solo quería, como el deseo de una niña, volver el tiempo atrás.

La Organización Mundial de la Salud (OMS) define la adolescencia como el periodo de crecimiento y desarrollo humano que se produce después de la niñez y antes de la edad adulta, entre los diez y los diecinueve

años. Es una de las etapas de transición más importantes en la vida del ser humano, que se caracteriza por un ritmo acelerado de crecimiento y de cambios.

Los determinantes biológicos de la adolescencia son prácticamente universales, pero su duración y las características propias pueden variar a lo largo del tiempo, entre unas culturas y otras, y dependiendo de los contextos socioeconómicos. Aunque este periodo es sinónimo de crecimiento excepcional y gran potencial, constituye también una etapa de riesgos considerables, durante la cual el contexto social puede tener una influencia determinante. Uno de estos riesgos, son los embarazos no deseados.

—A mí se me bloqueó la cabeza cuando me enteré que estaba embarazada, fue como cero, de acá en adelante pared. —dice Eugenia sentada en la mesa del comedor de su casa.

La escucho y entiendo. Recuerdo que el mayor miedo que sentíamos con mis compañeras de la escuela era quedar embarazadas. Pensábamos que a partir de eso no habría más futuro. Lo que sentía Eugenia, nos pasaba a todas. Según la Dirección Nacional de Maternidad, Infancia y Adolescencia (DINAMIA) en su último relevamiento en 2017, los embarazos no

planificados en las adolescentes de quince a diecinueve años fueron de un 58,9% y, en el caso de menores de quince años, fueron del 83,4%. El Ministerio de Salud y Desarrollo Social de la Nación junto a UNICEF sostienen que la cantidad de hijxs de mujeres adolescentes representa el 13,6% del total de los nacimientos en el país.

La pava comienza a silbar. Se levanta y la saca de la hornalla para llenar su termo, forrado de imágenes de Eva Duarte con fondos coloridos, al estilo de Marilyn Monroe en el cuadro de Andy Warhol. La noto agitada cuando habla. Había cruzado la ciudad en bicicleta desde el consultorio de su psicóloga hasta su casa. Su pelo está despeinado como consecuencia de un viaje de más de cuatro kilómetros. Lo lleva por los hombros, con flequillo corto y un mechón rubio que se destaca entre sus cabellos oscuros. Vuelve. Se sienta. De repente se sonríe.

—Uh, re piola. ¡Medialunas! —dice mientras abro un paquete que traje para compartir.

Toma el primer sorbo de mate y retoma la historia. Dice que cuando se enteró que estaba embarazada pensaba: «¿qué voy a hacer?, ¿voy a estudiar?, ¿qué voy a hacer con mis amigas?, ¿cómo voy a hacer con unx hijx?». No se podía visualizar siendo madre, pero tampoco no siendo. Creía que la maternidad se basaba meramente en criar a unx hijx y

posponer su vida. Estaba asfixiada y le pidió espacio a Jorge para poder pensar qué quería y sentía.

Su amiga Macarena le planteó la posibilidad de interrumpir ese embarazo. Eugenia no entendía: ¿Tenía que ir a un lugar?, ¿podía hacerlo en su casa?, ¿podía hacerlo sola?, ¿dolería? Me recuerdo a esa edad y yo tampoco sabía. Le vuelvo a preguntar en qué año fue. 2012. Hacía seis años que la Educación Sexual Integral (ESI) era ley.

La ESI brinda las herramientas para que lxs niñas y adolescentes descubran y desarrollen su sexualidad con autonomía y sin violencia. Con más información y diálogo, se romperán los tabúes y la vida de lxs jóvenes será más segura, placentera y libre. Pero no. Nuestra ESI fueron nuestras amigas, *Google* y las series de Cris Morena. Temo que actualmente siga siendo igual.

Después de dos días de silencio, a pesar de sentir que el pánico la invadía, Eugenia necesitó contarle a su mamá. Juntas fueron a una ginecóloga para plantearle la posibilidad de hacerse un aborto y allí se realizó la primera ecografía. En dos semanas iban a irse de vacaciones. Por un lado, ella con sus amigas y, por el otro, su familia. Además de no entender la situación que estaba viviendo, sentía culpa por arruinarle las vacaciones a todxs.

—No vamos a hacer esto sin hablarlo con tu papá. —le advirtió su madre.

— Hagamos una cosa, vayámonos de vacaciones, cada unx en la suya y cuando vuelvo lo hablo con papá y veo si decido interrumpir el embarazo.

Esos días en la Costa Atlántica, lejos de ser el festejo del fin de una etapa, fueron de incertidumbre y tristeza. El hecho de no tener una decisión tomada la llenó de contradicciones. Prendía un cigarrillo y no sabía si estaba en lo correcto. Iban al boliche y pensaba: ¿qué hago acá? Cada acción era un cuestionamiento. Tenía que fingir que todo estaba bien para que algunas de sus amigas no se enteraran de lo que le estaba pasando. Sentía vergüenza. Su cuerpo estaba en Villa Gesell, pero su mente estaba en La Plata, intentando encontrar una solución.

Nuevamente en casa, le tenía que contar a su padre.

— Me daba vergüenza, porque mi papá siempre me había dicho que coja con forro o sea de chiquita me había dicho: «forro, forro, forro». Y me daba vergüenza decirle a mi papá, o sea sentía que le rompía el corazón al chabón.

Pero se armó de coraje: le contó que estaba embarazada y quería abortar.

— La decisión es tuya. — aseguró su padre.

— Yo sé dónde conseguir las pastillas.

— Tranquila, yo te las consigo.

A los días apareció en la casa con una caja de Misoprostol⁹. Le explicó cómo debía hacer el procedimiento de la misma forma en que se lo explicaron a él. La información era limitada. Solo se podía confiar en lo que se decía de boca en boca o en una búsqueda en *Google*.

El aborto es un hecho. Las mujeres abortan. En Argentina se estima que se practican entre 370.000 y 520.000 abortos clandestinos cada año. Sin embargo, la cifra no es exacta ya que se realiza en el marco de la clandestinidad. En los hospitales públicos de todo el país se registran 53.000 internaciones por abortos al año y, del total, alrededor del 15% corresponden a adolescentes y niñas menores de veinte años. La OMS sostiene que las complicaciones asociadas al embarazo y a los abortos en condiciones de riesgo son las causas principales de muerte entre adolescentes de quince a diecinueve años.

Eugenia sola en un baño, otra vez. El escenario era distinto. Ahora tenía que confirmar una decisión propia, una decisión para toda la vida. En ese momento

⁹ Es un medicamento que produce contracciones uterinas y por ello se usa para provocar el aborto. Permite a todas las personas con capacidad de gestar realizarse un aborto seguro en sus casas, preferentemente hasta las doce semanas de gestación. La OMS incluyó el misoprostol entre sus medicamentos esenciales, ya que está comprobado que su uso aumenta la seguridad y reduce riesgos en prácticas de aborto auto-inducidos, en particular en países donde el aborto es ilegal. Para más información sobre abortos seguros: <https://socorristasenred.org/> o <http://abortosinbarreras.org/>.

era Eugenia en La Plata. Pero podría ser cualquier otra chica, en cualquier otro lugar del mundo. En esta década, o en cualquier otra. Con diecisiete años, con treinta y dos, o con cuarenta. Pero ahora era ella. Eugenia se sentó en la tapa del inodoro. Con las manos temblorosas sostuvo la caja. La miró unos minutos. Por un momento su mente se puso en blanco. Repasó el instructivo como quien está por rendir un examen. Su corazón latía con más fuerza.

Abrió la caja, sacó una pastilla del blíster y la introdujo intravaginalmente. En ese instante pensó: «¿qué estoy haciendo?, ¿por qué?, ¿qué me pasa?, ¿qué es para mí ser madre?». No podía. Rompió en llanto y salió corriendo a buscar a su papá.

—No puedo, no puedo, no puedo. —repetía Eugenia.

—Bueno, pero tampoco querés ser madre. —le respondió desconcertado su padre.

—¿Y qué hago? No sé qué hacer. —dijo esperando una respuesta que la aliviara.

No durmió en toda la noche. Lloró. Se sentía más chiquita de lo que era. Entendía que la decisión era completamente propia, pero le pesaba cargar con toda la responsabilidad. Su familia la entendió. La contuvieron y conversaron.

—Mira Euge, tratá de pensar vos, qué es lo que te está trabando. Si lo tenés no te vayás de acá. Seguí viviendo tu vida, acá en casa. Seguí viendo a tus amigas y cuando tengas ganas te podés ir a vivir con él y ver. — le aconsejó su padre.

Eugenia se quedó callada. No supo qué responder ni qué hacer. Solo seguía llorando.

—Ya estas anotada en la facultad, vas a poder estudiar, vas a tener un montón de gente. Vas a poder seguir con tu vida. Lo único es que vas a tener un hijo.

Después de pensarlo algunas horas, decidió hacerse una ecografía ya que no sabía si la pastilla había surgido efecto. Al salir del consultorio y ver que estaba todo bien, agarró el teléfono y llamó a Jorge:

—Che Jor, acabo de salir de hacerme una ecografía. Al final lo voy a tener y quiero que lo tengamos juntos.

Eugenia miraba a Ciro. Miraba sus pies y sus manitos. Él le sonreía y jugaba, ella le devolvía el gesto, pero por dentro la tristeza la estaba matando. «¿Por qué mierda fui madre?, ¿por qué mierda estoy en esto?, ¿por qué no me cuide?, ¿cómo no voy a querer a mi hijo?, ¿por qué me fui de mi casa?», pensaba. Durante esos primeros años estuvo deprimida. Irse de su hogar, separarse de su familia, parir un hijo, tener

responsabilidades, ejercer el cuidado y ser ama de casa, fueron algunas de las razones por las que se sentía angustiada y agobiada.

Me cuenta que no estaba siendo ella misma, ya no tenía libertad, no se juntaba con sus amigas, no tenía esa vida de adolescente, ni nada de lo que la representaba. Ahora solo era una madre. Se sentía sola y encerrada. Encerrada en ese tipo de familia, encerrada en tener que estar con el padre de su hijo, encerrada en ese papel que iba a tener que protagonizar toda su vida. Cargaba con la mirada de la familia de Jorge, a la que ella veía como ejemplo de familia ideal y que debía repetir. Pero ese modelo le dolía, no lo podía sostener.

Mientras me cuenta la observo. En la mano que sostiene el mate de madera, deja ver uno de sus tatuajes: el nombre de «Ciro» acompañado de una clave de sol y dos corcheas. En su antebrazo derecho, una llama de fuego y debajo la palabra «empoderate». Y si, Eugenia demuestra fuerza y actitud. Una mecha prendida. Me pregunto, ¿en qué momento pasó a ser la Eugenia que veo ahora? Estoy ansiosa por saberlo. Siento que me está contando la historia de otra persona.

Un día antes de enterarse de que estaba embarazada, se había anotado para estudiar la Licenciatura en Comunicación Social. La facultad fue su salvavidas. El escape a toda esa angustia que sentía.

Podía volver a ser Eugenia y sentirse en libertad, aunque sea por unas pocas horas. Estudiar es un privilegio que pocas madres adolescentes tienen y no lo tenía que desaprovechar. Pero sentía culpa de que ella «solo» estudiaba y Jorge tenía que trabajar. Su vida universitaria era muy acotada. Iba, cursaba y volvía a su casa. No podía construir lazos con otrxs compañerxs, no podía participar de espacios políticos y sociales, no podía interpretar sus deseos profesionales. Gracias a la facultad, además de portar la etiqueta de madre, llevaba la de estudiante. Pero esta última no lograba disfrutarla en plenitud por la culpa constante con la que cargaba.

Después de un año y medio de convivencia, decidió volver a vivir a su casa de toda la vida, pero esta vez lxs tres juntxs. La idea de separarse de Jorge le estaba dando vueltas por la cabeza. No tenía ganas de nada. Ni tener relaciones sexuales con él, ni vivir ese estilo de vida, ni siquiera de seguir viviendo. Sentía que estaba muerta en vida.

Un día la visita una de sus mejores amigas para tomar unos mates, ya que había regresado de un viaje a Salta.

—¡No sabes lo que es el norte! La gente, el lugar. Estábamos re borrachas con las chicas y subíamos a los cerros. —le contaba sin darse cuenta que para Eugenia todo eso era inalcanzable.

Su deseo era estar ahí. No solo me lo cuenta con sus palabras, sino también con sus ojos. Tienen un brillo intenso. Pero ¿cómo iba a irse de viaje ella?, ¿cómo iba a hacer con un niño tan pequeño?, ¿cómo convencería a Jorge de ir, si a él no le gustaba? Se lamentaba. La depresión que estaba atravesando, se hizo física. La tristeza se le notaba en el cuerpo y su papá, como siempre, se dio cuenta. La enfrentó.

—No aguanto más. —manifestó Eugenia

—¿Y por qué no te separas?

El primer año luego de la separación estuvo marcado por la culpa, la culpa de desarmar una familia. Sentía que tenía que ser la mejor madre para Ciro. No podía sostener una familia a costa de su propia felicidad, pero tampoco aguantar un mandato de maternidad ideal contrario a su esencia.

Comenzar terapia fue un elemento clave. Era su espacio para decir todo eso que tenía guardado, un lugar en donde no se sentía juzgada y señalada. A lo largo de las sesiones se cuestionaba ella, su maternidad y su presente.

—Cuando empecé a conectarme conmigo empecé a conectar con la maternidad de otra manera.

Cuando dije: «¿por qué soy de una manera cuando estoy con Ciro? ¿por qué cuando no estoy con Ciro y me encuentro conmigo, soy otra?». —dice con determinación. Pareciera que son interrogantes que no quiere olvidarse nunca.

Fue un trabajo arduo comprender que la mejor mamá para Ciro, es aquella Eugenia feliz, que viva en plenitud, que tenga proyectos y, sobre todo, que sea libre. Sobre esa misma libertad se basa el vínculo que construyó estos ocho años con su hijo. Ciro es su compañero de vida. Ella eligió que tengan una relación completamente horizontal, de diálogo y no de autoritarismo, pero sí con los límites necesarios. Explica que no necesita que nadie legitime su relación, él mismo va a ser quien le va a decir lo que está bien o lo que está mal. Él lo va a demostrar.

—A mí me encanta materner. Me parece genial, siempre y cuando pude empezar a hacerlo sin relegar mi propia subjetividad a un décimo plano. Para mí eso era violento. —sostiene Eugenia.

A esa subjetividad la empezó a vivir y disfrutar. Reconstruyó sus vínculos. Volvió a salir y juntarse con sus amigas. Bailó y se puso glitter. Llegó tarde a su casa otra vez. Se hizo tatuajes y aritos. Experimentó con su pelo. Se rio más. Descubrió la militancia política y el feminismo. Salió a la calle y luchó. Comenzó a trabajar. Conoció gente nueva y se puso en pareja. Viajó con Ciro

al norte y a la cordillera con su compañero. Redescubrió la vida universitaria. Un 14 de diciembre de 2017 se convirtió en licenciada. Volvió a ser Eugenia, acompañada de Ciro.

En la casa se escucha solamente la voz de Eugenia y su gata maullando. Nadie la llama para pedirle la merienda, ni comida, ni jugar, ni atención. Ciro está en la casa de su papá. Entre los acuerdos, Jorge le pidió que el niño esté mitad de la semana con él y mitad con ella.

—No está bueno que seas la única responsable de la crianza de tus hijos, porque la crianza de les pibes debe ser responsabilidad de todes. Y principalmente del Estado. Porque se avanza mucho en los derechos del niño, pero ¿quién te los garantiza? Cuando no podés te frustras muchísimo porque a vos te dicen que tus hijos tienen derecho a comer, a tener casa, a ir a la escuela, y cuando vos no podés darle ese derecho por los motivos que sean, desde cuestiones económicas como psicológicas, porque hay gente que no tolera el hecho de maternar o tener a alguien a cargo, el Estado no te lo garantiza tampoco. —asegura.

Durante todo nuestro encuentro, Eugenia remarca que es privilegiada. Privilegiada porque pudo

estudiar, ir a terapia, estar acompañada, tener un padre presente, un mínimo ingreso económico y tiempo libre. Me pregunto en qué momento los derechos pasaron a ser privilegios, y eso me enoja. Las responsabilidades y mandatos para las madres son infinitas, pero ¿cómo es vivir con esa carga para una niña o adolescente ajena al deseo de ejercer este rol?

—Yo era chica, iba con la cara de guacha al pediatra y la gente me miraba. Era como «ay, ¡no me miren más!». Y el nene lloraba y era como «sh, van a decir que soy mala madre porque soy joven». Ser madre joven es tener la mirada del otro clavada.

Antes de levantarse a calentar otra pava de mate, agarra su celular y busca en la galería de fotos. Después de unos segundos muestra una foto de su hijo. No puede disimular la sonrisa. Se queda en silencio y su rostro se relaja. Sus ojos empiezan a brillar con más intensidad, como si una llama se encendiera dentro suyo. Es la primera vez en toda la entrevista que la veo así.

Desde la llegada de Ciro, la maternidad se convirtió en el eje transversal de su vida. No solo porque la interpela desde el ejercicio, sino como un tema que le apasiona cuestionar y debatir. Deja el celular de lado, se acomoda y se sienta derecha. Se pone seria. Su postura la hace ver más grande. La Eugenia

que siempre buscaba ser chiquita y corría por su papá, ahora es gigante. Alza su voz y escupe su verdad:

—Maternar es político. Es político, pero a la vez se lo esconde como privado, porque no está legitimado socialmente como algo político. Está más relegado a lo personal, a lo subjetivo, romantizado, idealizado, y todo un montón de mierdas. Es político porque son las madres y son los pibes, y ahí hay un montón de cosas en juego.

Elizabeth

Era tarde, cerca de la medianoche. Elizabeth recién llegaba a su casa en El Pato, localidad ubicada al sur del conurbano bonaerense. Todavía tenía puesta la mochila de la escuela. Hacía días que estaba muy angustiada. Pero en ese instante, los nervios la superaban. No aguantaba más. No podía ocultarlo más. Sabía que se le notaba en el rostro cuando le pasaba algo, y su mamá se iba a dar cuenta. Se armó de coraje:

—Mami, necesito hablar con vos. —le dijo sin mirarla a los ojos.

—Sí, ¿qué pasó? —le respondió su mamá, Gavina, sin darle importancia.

—No, sentate. Te quiero decir algo.

—No, decime que te pasa.

—Estoy embarazada. —soltó liberándose de un peso que no podía cargar sola.

—¿Y estás segura de lo que querés hacer? Lo único que te pido es que no me diga abuela. —le dijo y se fue.

No llegó a responderle. Se quedó sentada en el mismo lugar por un largo rato. Tenía la mirada perdida. No podía entender la situación. El alivio que sintió por unos segundos, se convirtió en miedo y culpa. Ella sabía que era su decisión y que, sea cual sea, siempre tendría el apoyo de su mamá. Con diecisiete años, aunque tenía sus dudas, decidió continuar con el embarazo.

El día que se enteró, ya estaba embarazada de dos meses y medio. Como cualquier adolescente salía con sus amigas, iba a bailar todos los fines de semana, tomaba y fumaba. Con su mamá y su hermana tenían un kiosco. Elizabeth trabajaba junto a su amigo, Nahuel, a quien le daba una mano. En una de esas tardes de trabajo, ella intentaba fumar y le daba arcadas. Jamás le había pasado algo similar. No entendía cuál era el motivo. Enojada le contó a Nahuel:

—Pero mirá ¡No puede ser!, ¿no te parece raro?

—¿Vos no estarás embarazada?

—¡No! Si a mí me vino normalmente.

Al terminar la jornada de trabajo hizo unas cuadras, fue a una farmacia y compró un test de

embarazo. Llegó a su casa, se encerró en el baño y lo hizo. Fue positivo.

Son las nueve de la mañana y espero en la parada del 215, colectivo que va hacia El Pato. Hace calor. Febrero en la ciudad de las diagonales — como le dicen a La Plata— es agobiante. Antes de salir, guardé en mi mochila una botella de agua, un libro, una libreta, una lapicera y mi grabador. Al principio somos cinco en el colectivo. Me habían contado que subía tanta gente que no se podía respirar ni ver hacia afuera. Me siento al fondo para poder ver en qué lugar del camino me encuentro cada vez que lo necesito. De todos modos, abro el *Google Maps*.

Estoy yendo a encontrarme con otra historia, con otra mujer, con otra madre. Y como hace meses mi cabeza no deja de pensar en ellas y mi cuerpo no puede abandonar la idea de buscarlas. Estoy segura que no todas las chicas adolescentes tienen las mismas oportunidades y sostén que tuvo Eugenia. Y yo sé que Elizabeth no las tuvo. Cruzamos toda la ciudad. Al pasar la calle 31, no entiendo dónde estoy. La única información que me dieron fue que debía subir en la primera parada, bajar en la última y que duraba una hora y media. Con eso bastaba. Que viaje largo, pienso. Que viaje largo, me habían dicho.

Sobre El Pato sé pocas cosas. Cosas que me contaron. No hay nada, me dijeron, es el medio del campo. No me preocupa, yo vengo de un lugar pequeño y rural. Desembocamos en la Ruta 2 y la velocidad del colectivo aumenta. El pelo de todxs lxs que estamos ahí se mueve en remolino producto de las ventanillas abiertas. Intuyo que el destino se acerca. Mi GPS me lo confirma. En las últimas tres paradas viajo sola, sin nadie más. Al campo que yo conozco no lo veo, pienso mientras me levanto del asiento para apretar el timbre. Más tarde, de regreso a La Plata, entendería que en otro recorrido que haría, iba a pasar por Colonia Urquiza. Era parecido al campo que conocía, aunque, me habían dicho, vivía una colonia de japoneses. Eso sí que era nuevo para mí.

Llego a El Pato. Las casas son parecidas a cualquier casa, de cualquier barrio, de cualquier pueblo, de la provincia de Buenos Aires. Igualmente, no me acuerdo qué me habían contado de sus casas. Son bajas, no hay edificios grandes como en las ciudades cercanas. Tal vez por eso dicen que no hay nada, no lo sé.

Toco timbre. Me atiende una mujer, es la tía de Elizabeth. Me dijo que nos encontraríamos allí, ya que iba a ser más tranquilo que estar en su propia casa.

—Hola, yo soy la periodista. —digo ni bien abre la puerta.

—Ah, sí, sí. Pasá, pasá. —dice sonriendo amablemente. Me hace entrar a la casa— Te preparo el mate, así la esperas. En un rato viene. ¿Qué calor no? — me dijo la mujer como buscando algún tema de conversación. Asiento con la cabeza.

Caminamos por un pasillo y llegamos al comedor. Ella me señala la mesa y entiendo que me invita a sentar. Es la primera vez que de alguna manera recibiría a la entrevistada. Unos minutos después escucho que gritan desde la puerta.

—¡Tiaaaaaaaa! —es Elizabeth.

Aparece por el pasillo. Se la nota exaltada. Recién llega de trabajar. Está toda vestida de negro y con un rodete. Carga una mochila que parece más grande que su espalda y en su brazo izquierdo lleva una maceta con una planta de marihuana. No entiendo. Luego me contará que se la regaló otra de sus tías para hacer aceite de cannabis.

—¿Te gusta? Estoy re contenta. Es mi primera planta. —dice con una carcajada contagiosa. En su rostro observo como brotan gotas de sudor.

El mate queda de mi lado y tomo la posta. Mientras cebo el primero, le pregunto cómo se define. Se lo alcanzo. Da el primer sorbo. Inhala profundamente porque aún está agitada.

—Mi nombre es Daiana Elizabeth, pero me llaman Eli. Eli para los amigos. Para todos desde que nací. Tengo treinta y un años. Empleada doméstica, mamá y mamá y mamá.

Me dice que desde sus trece años estaba en pareja con Walter, quien era un año mayor. Pero cuando se enteró del embarazo, hacía un tiempo que habían finalizado su relación. Casi como un capricho continuó con el embarazo por la ilusión de volver a estar juntos como una familia. Pero a pesar de su deseo, no sucedió. Tampoco se había puesto a pensar qué era ser madre y cómo lo haría, mucho menos sin Walter a su lado.

—Fue muy duro para mí. Ir a las ecografías sola, ir al médico sola, elegir la ropa sola, comprar las cosas sola. Todo lo hice sola. Sin él, porque los demás estaban. Pero a mí lo que más me dolía era él. —recuerda Elizabeth.

No estaba sola, pero lo sentía. Aunque había alguien que siempre estaba para ella, su amigo Matías. La acompañó y la escuchó, convirtiéndose en el sostén para atravesar esa etapa. No dejaba de tener diecisiete años. Sentía que la vida de todos seguía normalmente, mientras la de ella estaba paralizada y en completo cambio. La impotencia la afectó en todos los sentidos. Me cuenta que por un tiempo intentó seguir su vida escolar, pero no pudo sostener la continuidad. Fue muy

doloroso porque perdió otro de los espacios donde socializar.

Ser madre en la adolescencia limita la disponibilidad y capacidad de las mujeres para invertir en su proceso de educación formal a causa del tiempo y el esfuerzo que conllevan las tareas de cuidado no remuneradas que devienen a partir de la maternidad. Según la Encuesta Permanente de Hogares (EPH) llevada a cabo por el INDEC entre 2017 y 2018, un 55% de las mujeres que experimentan la maternidad en la adolescencia consigue completar sus estudios primarios, un 38% completa sus estudios secundarios y solo un 4% consigue continuar sus estudios terciarios o universitarios.

Elizabeth nunca más pudo retomar la escuela. Se convirtió en uno de sus deseos más profundos: terminar el secundario y estudiar kinesiología.

A fines de noviembre de 2006, el calor del verano comenzaba a sentirse y Elizabeth se refrescó con una ducha. Faltaban ocho días para la fecha de parto. Bañarse, secarse y ponerse crema se le dificultaba. Durante el embarazo había aumentado 35 kilos. Con helado, papas fritas y golosinas buscaba tapar la angustia que sentía. Esa noche, mientras pasaba la

toalla por sus piernas, sintió un líquido que las empapó. No entendía lo que sucedía.

—¡Mamaaaaaaaá! —gritó impresionada.

—Hija, no te preocupes, rompiste bolsa. Ahora vamos al hospital. —le dijo buscando tranquilizarla.

En el hospital estuvo dieciocho horas en trabajo de parto. No dilataba. No tenía contracciones. El día anterior, allí mismo, le habían inyectado una buscapina porque había expulsado parte del tapón mucoso. El bebé necesitaba nacer y una cesárea era la única opción viable en ese momento.

—Mami, te felicito. ¡Es un varón! —expresó la obstetra, mostrándole a Thiago.

Elizabeth sintió alivio después de varias horas de tensión. Con sus manos intentaba secar las lágrimas que corrían por su rostro. Nunca había vivido una situación tan intensa. Me cuenta que como una niña pedía por su mamá. Lo era. Necesitaba que esté con ella y durante cuarenta y ocho horas no se despegaron. Después de un día de internación volvió a su casa, esta vez con un bebé.

En los dos primeros meses convivió con Walter. Pero la relación no funcionó y volvieron a separarse. Elizabeth comenzó a trabajar, necesitaba mantenerse a ella y a su hijo. Su vida de adolescente estaba suspendida por completo. El cuidado permanente de un niño fue arduo. Cada situación era un desafío.

Durante las noches lloraba sola. Durante el día lloraba junto a su hijo. Se exprimía, se apretaba, hacía todo con sus pechos, pero la leche no salía. Thiago bajaba de peso. La pediatra le insistía que su hijo debía tomar leche materna. Él succionaba una teta que no lo alimentaba. Ella se frustraba y se sentía incapaz de criar a su hijo.

—Tengo tremendas tetas al pedo. No sirven ni para mierda. No tengo leche. Y tomaba mate cocido, comía esto, lo otro. Todas las boludeces que dicen las viejas que tenías que hacer para tener leche, no funcionó. Ninguna. —dice Elizabeth sosteniéndose las tetas. En el tono de su voz y en cómo aprieta sus dientes noto que aún le da bronca.

En aquel momento Gavina la consolaba, pero también lloraba. La situación era hostil. En el afán de querer ayudarla, su mamá compró leche de fórmula. Ese día, luego de tomar la mamadera, Thiago durmió como nunca antes en sus dos meses de vida.

Pienso en las expectativas que se tienen hacia las mujeres y como una chica tan joven no es la excepción. Muchas veces las recomendaciones médicas se convierten en mandato. Amamantar exclusivamente, de qué manera hacerlo y cada cuánto tiempo son algunas de las exigencias que no siempre se pueden

cumplir. Porque si la leche no sale, no tiene las proteínas necesarias, el pezón duele, se corta y sangra ¿cómo cumplirlas? A las recomendaciones médicas, se le suman las sociales. La maternidad es el tema del que todxs se sienten habilitadxs a opinar y, en consecuencia, se invisibiliza el trabajo materno.

—No viene un bebé con instrucciones. No todas las mamás somos iguales, somos todas diferentes y aunque sea una pequeña cosa, siempre va a ser distinta a la otra. —asegura Elizabeth.

Cuando Thiago tenía un año y dos meses, un test le confirmó que estaba embarazada nuevamente. A los pocos meses del nacimiento de su primer hijo la relación de amistad entre Elizabeth y Matías había resurgido y, poco a poco, se transformó. Al tiempo, se habían convertido en pareja. Con ternura cuenta que aprendió lo que es un compañero estando con él.

—Yo no sé qué pensaba en ese momento porque hay mil formas de cuidarse, tenía un bebé y dieciocho años. —dice enojada. Saca un atado de cigarrillos de la mochila— ¿Puedo?

—Si. Y hoy si te pones a pensar en que eras chica ¿te entendés?

—No, todavía no. Me da bronca que haya sido tan boluda. ¿Con qué necesidad?

Tenía miedo de atravesar nuevamente una cesárea en tan corto tiempo. Matías la tranquilizaba y le prometía: «Mi amor, vamos a tener nuestra casita, vamos a estar bien. Un bebé no hace nada».

—Termine diciendo que bueno. Lloré. Y fue re duro para mí. Fue más duro que con Thiago, aunque fue mejor el embarazo porque yo estaba acompañada. Pero fue más forzado. Era chica. —da una pitada y larga el humo— Me podía pintar el cielo color azul pero no tenés nada. Porque no tenía nada. Era como: «¿qué le voy a dar? si apenas le puedo dar a él. ¿Qué voy a hacer con otro bebé?».

Otra vez, fue mamá ajena al deseo.

Los proyectos de vivir juntxs en una casa propia quedaron truncos. La relación perduró sólo unos meses luego del nacimiento de Martina. Elizabeth seguía viviendo con Gavina y la casa estaba repleta de gente: Walter, Matías y sus amigas entraban y salían todo el tiempo. Su madre se sentía invadida. Las peleas y las puteadas entre ellas eran cosa de todos los días hasta que Gavina se cansó y la echó. Con dolor, comenzó la búsqueda de un nuevo lugar para vivir. El mismo dolor con el que lo cuenta ahora. Habló con los padres de sus hijxs y, en tres días y con \$900, alquiló una casa.

—Mami, me voy. Ahora agarro mis cosas. Me voy a vivir sola con los nenes. —dijo Elizabeth con la llave en la mano mientras su madre se quedó boquiabierta.

Durante tres días no se hablaron. Durante dos semanas Gavina lloró. Durante las primeras noches Elizabeth sufrió. Una cama, una radio, los muebles, ella y sus hijxs. Nada más. Estaba sola. La crianza y la responsabilidad recaía completamente en su espalda. Y eso dolía.

Corría el año 2012. Hacía ya un tiempo Walter y Elizabeth estaban nuevamente juntxs. Ella comenzó a sentir síntomas y confirmó que estaba embarazada. Sentía que iba a lograr formar la familia que siempre quiso con él. El deseo y la felicidad de ambxs era tan grande que no dudó en contarle la noticia a sus dos hijxs. Pero la ilusión desapareció con la primera ecografía.

El cuello de su útero era muy pequeño. Tenía un 90% de probabilidades de tener desprendimiento de placenta. Además, corría riesgo su vida. Interrumpir el embarazo era lo más conveniente según lxs profesionales. No tenía muchas opciones. Más allá de su deseo, tenía dos hijxs que criar. No se iba a arriesgar.

Agarró el celular, llamó a un médico que le recomendaron y se practicó un aborto.

—Son cosas que no superarás. —dice llorando desconsolada. Se tapa la cara con sus manos. Se toma unos segundos. Respira hondo y sigue— Después seguís porque los pibes no te dan tiempo ni de angustiarte. Pero yo pensé en los chicos y pensé en mí. Walter podía decir lo que quiera, pero es mi cuerpo, loco. Vos decidí lo que quieras, pero la que lleva en la panza soy yo. Si me muero, me muero yo. La decisión era mía. Todas las decisiones fueron mías. Si yo tengo mis hijos es porque lo decidí yo.

La escucho tan segura y pienso: ¿hasta dónde parten nuestras decisiones desde el deseo y no desde el mandato?, ¿cuánto se estigmatiza a las mujeres por ser madres en la adolescencia?, ¿por qué se condena socialmente su libertad?

Elizabeth no respondió al mandato de ser mera cuidadora de sus hijos. A pesar de que no fue fácil continuó con su propia vida. Siguió sus deseos, salió a bailar y se juntó con amigas. Pero siempre volvió a su casa con Thiago, Martina y ahora, Delfina. A pesar de que le costó volver a ser madre después de diez años, el dolor, la angustia y las situaciones que vivió la fortalecieron. Hoy, mucho más segura de sí misma, puede disfrutar de la maternidad y de su presente.

—Yo voy a ser mamá toda la vida pero va a llegar un momento en donde ellos van a hacer su vida y yo voy a seguir siendo su mamá. Igual pasa al revés, yo soy su mamá, pero sigo teniendo mi vida. Y no soy mala madre por eso, no hay que tener culpa. Si te gusta salir no está mal, sos mamá, pero sos mujer también. Yo voy a ser una eterna adolescente. Soy una mamá adolescente criando adolescentes.

Gavina

Desde la última parada del 215, cuatro cuadras y una autopista me separan de la casa de Gavina. Son las cuatro de la tarde y el barrio es un desierto. Un desierto por las temperaturas extremas y por la aridez humana. En la calle no hay nadie. A esta hora en el conurbano bonaerense la gente se esconde del calor. Duermen la siesta, se meten en la pelopincho y toman tereré. Por un momento me siento en casa. La calle que lleva a la casa de Gavina es la principal del barrio y está atravesada por otras de tierra. Todas son similares: angostas y sin veredas. No hay opciones, caminar por la calle parecería una regla.

Le mandó un mensaje avisando que estoy por llegar. Supongo que me vio por la ventana porque me abre la puerta antes de que pueda golpear. Incluso no me da tiempo a observar con atención la fachada.

—Hola, pasá. Sentate. —me dice señalando la mesa. El tono de su voz es amable y tembloroso a la vez. Sus movimientos son cuidados y pensados.

Al ingresar a su hogar me encuentro con un living comedor amplio, colorido y ruidoso. Un sillón, una mesa, un televisor y una escalera que conduce a la primera planta. Verónica Lozano en la tele y niños gritando.

—Están jugando a la *play*. —comenta rompiendo el hielo. Esboza una sonrisa y se dirige hacia la silla. La sigo. En la mesa aguarda el mate y el termo sobre un individual. Me doy cuenta que evita el contacto visual y recuerdo que era la primera vez en su vida que le harían una entrevista. Cuando la contacté me dijo: «¿Una entrevista a mí?, ¿querés que te cuente cómo es tener hijos con distintos padres?». Sentía que en su vida no había pasado nada relevante y digno de contar.

Me dice que vino del noroeste del país. Me sorprende. En su voz no encuentro rastro de una tonada del litoral. Gavina nació en Algarrobo, un paraje de la provincia de Corrientes. Su casa estaba rodeada de vegetación, y el campo parecía un patio infinito. Vivía y dormía en un pequeño rancho con sus once tíxs. Me cuenta que de ese lugar solo queda una tapera. Un muro derrumbado y un árbol de palta rodeado por un nido de yararás. Allí junto a su hermana, Patricia, fue criada por su abuela, a quien consideraba una madre. Hacía

siete años que su mamá, Dolores, había viajado en busca de una oportunidad laboral para sostener a su familia. Durante esos años, más de 800 kilómetros las separaban. Pero cuando Gavina cumplió diez años, y ante la inminente llegada de un nuevo hermano, su mamá tomó la decisión de llevarlas a vivir con ella al conurbano bonaerense.

Se recuerda de niña. En diciembre de 1988 Gavina terminaba la escuela primaria y junto a sus compañerxs hicieron su fiesta de egresadxs. Me explica que en su barrio eran bailes familiares que se realizaban en la sociedad de fomento, una especie de galpón grande ubicado a una cuadra de la última parada del 215. Allí conoció a José Luis. Ese día fue el primer acercamiento que tuvo con un chico y, también, el primer beso de su vida.

—Yo no sabía qué era eso. Yo era tan inocente, tan boba, que cuando me dio un beso en la boca vengo y le digo a mi hermana: «che, vos sabés que me dio un beso en la boca...». Y me dice «ay, qué asco». —dijo entre risas. Yo también me río.

A partir de ese encuentro comenzaron una relación. En ese entonces, ella tenía trece y él veintitrés. Poco tiempo después, José Luis le planteó que quería ser padre y ella aceptó.

—Me dijo que quería ser papá y yo feliz de la vida porque también quería ser mamá. Una locura.

A sus catorce años quedó embarazada, pero al poco tiempo lo perdió. Lxs médicxs le recomendaron que no ocurra nuevamente, por su edad y su salud. Sin embargo, insistieron y a los meses quedó embarazada. Tenía quince años y se convirtió en madre por primera vez. Me recuerdo a esa edad. Se me hace un nudo en el estómago.

La maternidad temprana, de niñas menores de quince años, corren cuatro veces más riesgo de muerte en el embarazo que las mujeres de veinte a veinticuatro años. Según un informe realizado en 2017 por Amnistía Internacional, sus hijxs tienen mayor riesgo de nacer con bajo peso; de parto pre-término; de mortalidad perinatal; de eclampsia, de hemorragia posparto y de infección endometrial.

El 13 de febrero de 1989 nació Elizabeth. Dice Gavina que era como una muñeca con la cual jugar y crecer a la par. Su vida continuó, pero ahora acompañada. Seguía saliendo y juntándose con sus amigxs. Pero todo cambió cuando, a los diez meses de la niña, se enteró de su segundo embarazo. Con tan solo quince años había parido y comenzado con la carga de maternar, de cuidar, y de responsabilizarse de las tareas domésticas.

—Fue terrible porque recién estaba saliendo del trauma de ser mamá.

Aceptar el proceso de un nuevo embarazo le fue complicado. Lloró días y noches durante cuatro meses. En su interior deseaba perder ese embarazo porque sentía que no iba a poder con la crianza de dos bebés, ni con la continuidad de su vida social. A lo largo de la gestación fue aceptándolo y, a sus diecisiete años nació Tatiana. Nada iba a ser como antes.

Cuando una adolescente queda embarazada, su presente y futuro cambian de manera radical. Su ciclo educativo termina abruptamente, se enfrenta a serios riesgos en el ámbito de la salud y de la vida en general, se alteran sus relaciones sociales, se reducen sus posibilidades de inserción laboral y generación de ingresos. Estos factores, según un informe realizado por el Ministerio de Salud de la Nación en 2019, desembocan en el incremento de vulnerabilidad frente a la pobreza, la exclusión, violencia y dependencia.

El nudo que sentía llega hasta mi garganta y no me dejaba respirar. Pero lo que me contará será peor.

La relación entre José Luis y Gavina comenzaba a mostrar indicios de violencia de género¹⁰. Los insultos,

¹⁰ Línea de atención a mujeres y personas LGBTIQ+ en situación de violencia: 144.

las amenazas y las acusaciones, se hacían cada vez más presentes. Pero la violencia verbal y psicológica se volvió física.

Elizabeth tenía siete años. Tatiana seis. Desde la habitación las niñas escuchaban la discusión. Sus padres estaban en el comedor. El mismo comedor donde ahora me cuenta esta historia. José Luis gritaba con rabia como acostumbraba. Gavina le contestaba y lloraba. La intensidad de sus voces era cada vez mayor. Se podían escuchar desde la calle. La tensión entre ellos atravesaba las paredes. Cada grito de él era un paso más cerca de ella. La agarró con fuerza y determinación del cuello. La empujó contra la pared. Llorando, suplicaba que la suelte. De reojo vio que a su lado estaba el triciclo de metal de su hija menor. No dudo en agarrarlo ni bien él la soltó y se lo arrojó en la espalda.

—Nunca más me toques porque te juro que te mato. —le gritó intentando recuperar el aire.

En la servilleta de papel que sostiene su mano hay humedad, hay lágrimas, hay mocos, hay una historia. Durante unos minutos no puede continuar hablando. Me contengo las ganas de levantarme de la silla y abrazarla, pero le doy su momento. El sonido del llanto me recuerda a cuando alguien se entera de la muerte de un ser querido. Tal vez para ella es un duelo.

El papel ya no alcanza. Ahora se seca las lágrimas con sus manos.

—No sé por qué me afecta tanto hablar de él. — dice intentando recomponerse.

Después de esa situación con José Luis, Gavina tomó la decisión de separarse. La violencia doméstica que sufría desapareció, pero comenzaba a aparecer otro tipo, la violencia económica.

El nivel de ingreso de las mujeres depende de su nivel educativo. Por este motivo las mujeres que son madres en la adolescencia ven disminuida su posibilidad de generar ingresos más altos a partir de trabajos más calificados. En Argentina, los ingresos laborales de las mujeres que no terminan la secundaria son un 40% más bajos, que los de las mujeres que completan ese nivel educativo. Según el Fondo de Población de las Naciones Unidas, aquellas mujeres que logran finalizar los estudios superiores aumentan significativamente el potencial de ingresos laborales que pueden percibir y estos son dos veces más altos que los conseguidos por aquellas con educación secundaria completa.

—¡No tengo para darles de comer! —decía Gavina cada vez que le contaba la situación económica de ella y sus hijas.

—Los hijos se hacen con amor. No hay amor, no hay hijos. —contestaba José Luis ante ese reclamo.

Recuerda que abría las puertas de la alacena de madera y no veía ningún paquete de comida. Alguna que otra vez, encontraba un poco de arroz o fideos que su madre le llevaba. La secuencia se repetía todos los días. La desesperación y la angustia también. La búsqueda laboral incesante que no tenía respuestas, la llenaba de incertidumbre.

Una tarde, él apareció en su casa con una caja pequeña con comida. Una caja con la que pretendía llenar un vacío que ya había dejado y que seguiría alimentando. Un paquete de arroz, otro de fideos, uno de azúcar, una yerba y alguna que otra lata. Dice que se quedó muda. Miraba la caja sobre la mesa y lo miraba a él, una y otra vez. Estaba desconcertada. Después de meses, lo que llevara no iba a ser suficiente.

—¡Pero esto no alcanza para nada!

—Bueno, ¿no podés? me las llevo yo. —expresó él desafiante.

No solo la agobiaba la angustia de no saber cómo llenar la panza de sus hijas, sino también el miedo de que José Luis se las quitara. Gavina no sabía si eso podía hacerse realidad, pero creyó que sucedería. A partir de esas palabras, jamás volvió a pedirle ayuda.

—Me daba terror que me saque a mis hijas. Era por no saber, porque hoy sabes que no y que es su obligación. Entonces yo preferí no pedirle nada. Pero nada de nada. Creía que como yo no tenía para darles de comer, él tenía derecho a sacármelas. —Llora. Se disculpa otra vez, como si no fuese motivo suficiente para angustiarse.

Meses después, consiguió trabajo en una fábrica cercana a su casa. Era temprano, y estaba operando en una de las máquinas. Un amigo la llamó y le avisó que José Luis estaba en su casa y que había un problema entre él y su papá. Rápidamente dejó todo y corrió hacia allí. Al llegar encontró a sus hijas llorando.

—¡Mi abuelo lo va a matar! —gritaba la mayor.

Ambos se habían ido a las manos. Gavina no podía creer lo que estaba sucediendo. Inmediatamente pensó: «¿por qué mis hijas tienen que estar sufriendo?». Esa noche lo llamó por teléfono. Le preguntó si quería que volvieran a estar juntxs y él le dijo que sí. Pero José Luis se había ido a vivir a San Luis hacía unos meses y, por lo tanto, las tres tendrían que irse con él para iniciar nuevamente su vida.

No lo dudó. Dejó su casa, su trabajo, su familia y las pocas amigas que le quedaban. Creyó que lo mejor

para sus hijas era que estén con su padre, sacrificando su vida y sus deseos. Ese sacrificio duró un año. Se sentía triste y sola. No tenía a nadie más que a las niñas. Un día Tatiana comenzó a expresar con insistencia que extrañaba a sus abuelxs. La excusa perfecta. Gavina agarró todas sus cosas y a los días ya estaba de regreso en El Pato.

Nunca más volvió a San Luis. Nunca más accedió a estar con él. Nunca más lo volvieron a ver.

A sus veinticuatro años conoció a Leonardo. Con él iniciaron una relación. Sus ganas de ser madre resurgieron y el deseo de formar una familia estaba cada vez más cerca de concretarse. Habían pasado diez años desde que fue mamá por primera vez cuando llegó Bruno a su vida. Con veintisiete años, Gavina empezó a pensar en ella y proponerse metas. Terminar el secundario fue el punto de partida de un objetivo laboral que la hiciera sentir más satisfecha.

Trabajar, estudiar y materner, resultan tareas muy difíciles de combinar para cualquier mujer. Gavina no fue la excepción. Esos años se levantaba de madrugada para ir al trabajo y volvía a su casa a la noche después de la escuela, cuando sus hijxs ya dormían. Aunque día tras día el cansancio era extremo,

sentía que era el momento para recuperar aspectos relegados de su vida.

Luego de cinco años en pareja, junto con Leonardo decidieron separarse. Desde ese instante sintió que era la oportunidad justa para completar y disfrutar la etapa de su vida que no vivió por ser madre tan joven: su adolescencia. Las salidas, los boliches, el juntarse con amigxs hasta tarde, se volvieron costumbre. En esa etapa, Gavina descubrió su libertad y que las decisiones de su vida eran plenamente propias.

Pero había situaciones que ocurrían y no estaban sujetas a sus deseos. Lejos de cualquier tipo de mandato de cómo debe ser la vida de una mujer, a sus treinta y tres años unió su vida de adolescente con el ser abuela. De repente recuerdo la historia que me contó su hija y quiero saber qué le pasó a ella en aquel momento.

—Yo me quedé así. —se queda quieta y agranda sus ojos— Mirando al frente creo que tenía la tele ahí. Hice como que no la escuche hasta que reacciono y le digo: «¿y qué pensás hacer?».

—¿Y vos te lo esperabas?

—No.

—¿Nunca te imaginaste?

—No. Yo estaba en el mejor momento de mi vida. Agarré mi bolso, me levanté y me fui a la casa de un amigo.

—Te enojaste...

—«No, no. ¿Cómo puede ser que a mí me digan abuela?». —se ríe— Era mi adolescencia. Llego a la casa de mi amigo y me dice: «¿qué pasó?, ¿qué haces a esta hora acá?». Yo le digo: «¿vos me imaginás caminando por la calle y que alguien me diga abuela?». Me dice: «¿pero quién está embarazada?, ¿Eli?, ¿Tati?». «Te estoy diciendo que voy a ser abuela». «¿Pero quién está embarazada?». «Eli, ¿a vos te parece? y yo voy a ser abuela». Y yo lloraba. Me dice: «sos una egoísta, sos una egoísta, ¿vos te das cuenta lo que estás pensando? Tu hija te acaba de decir que está embarazada, ¿nunca pensaste cómo va a ser el embarazo?, ¿cómo está ella?, ¿cómo va a nacer ese bebé? Vos estás pensando que vas a ser abuela». «Ay, vos no entendes nada», le digo. Agarré mi bolsito y me fui a la mierda. —se ríe a carcajadas.

Después de dos días sin hablarse, recapacitó y le pidió perdón a su hija. A partir de ese día siempre la acompañó. Al fin y al cabo, Elizabeth sería una madre joven como ella, al igual que su mamá, Dolores, que la tuvo los dieciséis años. Cuando pienso en estas historias me pregunto: ¿Cómo operan los mandatos de familia e ideales de ser madre?, ¿nos determinan a la hora de

pensar, de desear y de vivir?, ¿alguna vez escapamos de estos?

Luego de muchos años de ser madre, comenzó a sentir que no pudo establecer una familia y que tampoco pudo disfrutar del crecimiento de sus hijos como anhelaba. La violencia, la vulnerabilidad económica, el estudio y el trabajo fueron algunos de los motivos que opacaron el goce de maternar. En algunas oportunidades se replanteó ser madre soltera, sin embargo, redescubrió su relación con Daniel.

Me cuenta que Daniel era su amigo y vecino de toda la vida. Más tarde, cuando me despida de ella, mi vista inevitablemente buscará la casa de él y me dará cuenta que queda enfrente. Sigue hablando: poco a poco fueron construyendo un vínculo más cercano. Aunque tenía miedo de perder una excelente relación de amistad, se enamoraron y se convirtieron en pareja hasta el presente. Se acuerda del primer día que se dieron un beso y se ríe. Tiene una risa contagiosa. Nos reímos. Su cara sigue colorada y sostiene una servilleta en su mano, pero ahora sonrío.

En aquel entonces, Daniel ya era padre de Joaquín y a Gavina esto la atraía:

—Yo lo veía a él como era con su hijo. Siempre estaba como: «me voy a comprarle los pañales, le voy a comprar la leche, me voy a llevarlo a la plaza». Y yo lo

veía y decía: «guau, qué padrazo». Me encantaba eso de él.

Entendí que su anhelo más grande en la vida era formar una familia, tener hijxs y compartir la experiencia con un hombre que no solo la amara, sino que la respetara y acompañara. Con treinta y siete años, luego de dos décadas de nacida su primera hija, Gavina tuvo a Valentín.

A diferencia de sus otrxs hijxs, con Valentín tiene la posibilidad de disfrutar completamente la maternidad. Un trabajo estable de parte de ambxs, los años de experiencia y las tareas de cuidado compartidas fueron clave para que pueda realizarlo desde el goce. Cuando me cuenta siento que pudo lograr ese deseo que tanto la movilizaba, pero algo en su cara y en la manera que aprieta esa servilleta me dice algo más y no logro darme cuenta.

— ¿Sentís que ahora pudiste reparar cosas con tus hijas?

—No.

No sé qué me sorprende más, si su respuesta o el vacío que deja su silencio. Me incomoda. En este momento sé que cuando me vaya no podré pensar en otra cosa que, en su historia, en su culpa y en su dolor. Pero ahora con todo el camino recorrido me doy cuenta que la maternidad es un poco eso.

—¿Sentís que tenés la familia que siempre quisiste?

—No.

—¿Todavía no?

—No.

Llora.



Agradecimientos

A las protagonistas de cada crónica, porque no podríamos haber realizado este libro sin su generosidad y amabilidad. Gracias por abrirnos las puertas de sus casas y contarnos sus historias, experiencias y dolores más profundos con tanto amor.

A cada una de las profesionales y especialistas que nos brindaron sus conocimientos para reafirmar nuestras convicciones sobre las maternidades disruptivas. Gracias a ellas no nos sentimos solas.

A Yamila y Luciana, porque sin ellas no podríamos haber realizado este recorrido. Gracias por la paciencia, la constancia y el acompañamiento durante todo este proceso.

Camila

A Agustina, porque esta tesis no hubiera sido lo mismo sin ella. Gracias por esta experiencia juntas, por la construcción, por el compañerismo y la confianza. Gracias por la hermosa amistad y el amor.

A Mariana, Federico, Gustavo y a toda mi familia. Gracias por el apoyo de todos estos años, por su compañía, y por siempre entender cada decisión, momento, sentimiento y ausencia.

A Juan. Gracias por ser sostén, por la comprensión y por el abrazo constante.

A mis amigxs, lxs de toda la vida y lxs que hice durante todos estos años en La Plata. Gracias por el aguante, por el amor y por ser un pilar fundamental en este recorrido.

Agustina

A Cami, por haberse subido a esta hermosa aventura que hoy se llama *Incómodas*. Sin ella nada de esto hubiese sido posible. Gracias por cada charla, por cada mate, por cada encuentro. Nadie más que nosotras comprende la importancia que tiene *Incómodas* en nuestras vidas. No solo me llevo a la mejor compañera de TIF que me pudo haber tocado, sino a una amiga y compañera de lucha para toda la vida. Por la garrita...

A Rosa y Julio, mis padres. Por haberme transmitido los mejores valores que puede tener una persona: el amor por la familia, por el pueblo trabajador y por su tierra. Por haberme esperado con un mate calentito cada vez que volvía de estudiar. Por haberme dado todo lo que no pudieron tener. Gracias por confiar en mí incondicionalmente. Esto es todo de ustedes. Desde nuestro Corrientes porá hasta donde nos lleve la vida.

A mis hermanos, Osvaldo y Daniel, por enseñarme a ser libre. A mis cuñadas, Victoria y Marina,

por ser las hermanas que no tuve. Y a mis sobrinxs, Santiago, Pilar y Fermín, por su profundo amor.

A Julián, por haber sido mi mejor compañero de viaje durante tantos años.

A mis abuelxs, Clara, Tita, Loreto y Merelo que me acompañan desde donde estén. A cada unx de mis tíxs y primxs, a mis padrinos y a mis ahijadxs, por ser la familia más loca y maravillosa del mundo. En especial a Eli y Gavi, por abrirme su corazón y hoy ser parte de *Incómodas*.

A mis amigxs de toda la vida, Augusto y Camila, por bancarme el corazón siempre.

A Camila, Alison, Gabriela y Yasmín, por ser lo mejor que me regaló la Facultad de Periodismo.

A Horacio, por ayudarme a sostener la vida.



Bibliografía

- Actis, M. F., Corzo, E. B. y Zenobi, M. (2013). *Identidades maternas: miradas y experiencias de mujeres privadas de su libertad*. (Tesis de grado). Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata, La Plata, Argentina. Recuperado de: <http://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/104956>
- Agencia para la Libertad. (23 de agosto de 2016). *La cárcel tiene cara de mujer*. Agencia para la Libertad. Recuperado de: <https://agenciaparalalibertad.org/la-carcel-tiene-cara-de-mujer/>
- Alcaraz, F. (20 de julio de 2017) Un censo para saber cómo viven (y sobreviven) travestis y trans. *Latfem*. Recuperado de <https://latfem.org/un-censo-para-saber-como-viven-y-sobreviven-travestis-y-trans/>
- Amnistía Internacional. (2017). *Embarazo en la Adolescencia Argentina*. Recuperado de <https://drive.google.com/drive/folders/1ij2JDHPamVRWlbbvqhxyzV7SKkUtqgIO>
- Antonacachi, D., Tiravassi, A. y Gómez, M. E. *Los niños en la cárcel- Nacer y crecer en una institución penal*. X Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, Argentina. Recuperado de: <http://cdsa.aacademica.org/000-038/560.pdf>
- Arens, J. (2014) *Traidoras*. (Tesis de grado) Universidad Nacional de La Plata, Facultad de Periodismo y Comunicación Social: La Plata.
- Argentina.gob.ar. *Adopción: el trámite*. Recuperado de <https://www.argentina.gob.ar/justicia/derechofacil/leysimple/opcion-el-tramite>
- Argentina.gob.ar. *Derechos de las personas con discapacidad*. Recuperado de <https://www.argentina.gob.ar/justicia/derechofacil/leysimple/derechos-personas-con-discapacidad>

- Argentina.gob.ar. *Justicia Cerca. Quiero adoptar*. Recuperado de <https://www.argentina.gob.ar/justicia/derechofacil/aplicalaley/quiero-adoptar>
- Bertolotto, A. (2014) *Madres descuidadas ¿por quienes?* (Tesis de maestría). La Plata, Argentina: El Agora.
- Cabral, J. (9 de abril de 2020). Acaba de ser mamá, pidió prisión domiciliaria y se la niegan. *Tiempo Argentino*. Recuperado de: <https://www.tiempoar.com.ar/nota/acaba-de-ser-mama-pidio-prision-domiciliaria-y-se-la-niegan>
- Campaña Latinoamericana por el Derecho a la Educación. (2015). *Contextos de encierro, contextos de derechos. Guía para periodistas, comunicadores y comunicadoras*. Recuperado de: <https://redclade.org/wp-content/uploads/Contextos-de-Encierro-Contextos-de-Derechos-Gu%C3%ADa-para-periodistas-comunicadoras-y-comunicadores.pdf>
- Código Civil y Comercial de La Nación [CCyC]. Art. 562. 1 de agosto de 2015 (Argentina).
- Código Penal de la Nación Argentina [CP]. Art. 86. 29 de octubre 1921. Buenos Aires, Argentina.
- Constitución Nacional de la Nación Argentina [CN]. Art. 19. 10 de enero de 1995 (Argentina).
- Convención sobre los Derechos del Niño [CDN]. Art. 12. 2 de septiembre de 1990.
- Convención sobre los Derechos del Niño [CDN]. Art. 8. 2 de septiembre de 1990.
- Corte Suprema de Justicia de la Nación. Sec. Judicial N° 5. Fallo 335:197. 13 de marzo de 2012.
- Cuestión de Salud. *Interrupción del Embarazo*. Recuperado de <https://interrupciondelembarazo.org/protocolo-de-interrupcion-del-embarazo/>
- Decreto 721 de 2020 [Sector Público Nacional]. *Por la cual se establece el cupo laboral a personas travestis, transexuales y transgénero*. 3 de septiembre de 2020.
- Defensoría Provincia de Buenos Aires. (2018). *Mujeres madres con niños y niñas en contextos de encierro*. Recuperado de:

https://www.defensorba.org.ar/imgs/comunicados/file/PROGRAMA_MUJERES_2.pdf

-Di Lodovico, C. (8 de enero de 2020). "A Martina la despiertan los ruidos de los candados": cómo es la vida en prisión de la primera beba del 2020. *TN*. Recuperado de: https://tn.com.ar/policiales/martina-la-despiertan-los-ruidos-de-los-candados-como-es-la-vida-en-prision-de-la-primera-beba-del_1024301/

-Dirección de Salud Sexual y Reproductiva del Ministerio de Salud de la Nación. (2020). *Protocolo para la atención integral de las personas con derecho a la interrupción legal del embarazo*. Recuperado de https://www.argentina.gob.ar/sites/default/files/protocolo_ile.pdf

-Economía Femini(s)ta. (8 de abril de 2019) Día del Pago Igualitario. *Economía Femini(s)ta*. Recuperado de <https://economiafeminita.com/dia-del-pago-igualitario-2/>

-Fonseca, E. (24 de marzo de 2015). Biografía Verónica Gonzalez (Periodista Visión 7) [archivo de video]. Recuperado de: <https://www.youtube.com/watch?v=KTdQhnAuBkc>

-Fondo de Población de las Naciones Unidas (UNFPA) y el Plan nacional de Prevención del Embarazo no Intencional en la Adolescencia de la República Argentina (Plan ENIA), en el Ministerio de Salud de la Nación. (2020) *Consecuencias socioeconómicas del embarazo en la adolescencia en Argentina*. Recuperado de https://argentina.unfpa.org/sites/default/files/pubpdf/Milena_FINAL.pdf

-Fundación Huésped. *Interrupción legal del embarazo*. Recuperado de <https://www.huesped.org.ar/informacion/derechos-sexuales-y-reproductivos/tus-derechos/interrupcion-legal-del-embarazo/>

-Fundación Huésped (2018). *¿Qué dice el proyecto de ley de interrupción voluntaria del embarazo?*. Recuperado de <https://www.huesped.org.ar/noticias/que-dice-la-ley-ive/>

-Freijo, M. F. (2019) *Solas. Aún Acompañadas*. Buenos Aires, Argentina: El Ateneo.

-Garabento, L. (17 de Noviembre de 2018) La lucha, el dolor y las conquistas de Mariela Muñoz, la mujer trans que crió 23 hijos.

- Infobae*. Recuperado de <https://www.infobae.com/sociedad/2018/11/17/la-lucha-el-dolor-y-las-conquistas-de-mariela-munoz-la-mujer-trans-que-crio-23-hijos/>
- Gonzalez, A. (21 de enero de 2019). Adoptar en Argentina: ¿Por qué es tan complejo el proceso?. *Diario Perfil*. Recuperado de <https://www.perfil.com/noticias/sociedad/como-es-proceso-adopcion-argentina.phtml>
- Infobae (13 de febrero de 2020). Identidad de género: Alberto Fernández entregó el DNI número 9 mil a una mujer trans. *Infobae*. Recuperado de <https://www.infobae.com/sociedad/2020/02/13/identidad-de-genero-alberto-fernandez-entrego-el-dni-numero-9-mil-a-una-mujer-trans/>
- Instituto Nacional de Estadística y Censos (2020). Encuesta Permanente de Hogares. Incidencia de la pobreza y de la indigencia. Resultados del segundo semestre de 2019. Recuperado de <https://www.indec.gov.ar/indec/web/Nivel4-Tema-4-46-152>
- Instituto Nacional de Estadística y Censos de la República Argentina (2018). Estudio Nacional sobre el Perfil de las Personas con Discapacidad. (P.13). Recuperado de https://www.indec.gov.ar/ftp/cuadros/poblacion/estudio_discapacidad_12_18.pdf
- Instituto Nacional de Estadística y Censos, Instituto Nacional contra la Discriminación; la Xenofobia y el Racismo; y Ministerio de Justicia y Derechos Humanos de la Nación (2012). *Primera Encuesta sobre Población Trans 2012: Travestis, Transexuales, Transgéneros y Hombres Trans*. Recuperado de http://www.trabajo.gov.ar/downloads/diversidadsexual/Argentina_Primer_Encuesta_sobre_Poblacion_Trans_2012.pdf
- Integrándonos (14 de octubre de 2018). *Verónica Gonzalez Bonet* [archivo de video]. Recuperado de: <https://www.youtube.com/watch?v=zV4yClwPvQs>
- Knibiehler, I. *Historias de las madres y de la maternidad en occidente*. Nueva Visión: 2000 (pág.7).

- La Vaca (18 de septiembre de 2019). Karla Ojeda, maternidad trans. *La Vaca*. Recuperado de <https://www.lavaca.org/la-que-te-pario/la-que-te-pario-3-karla-ojeda-maternidad-trans/>
- Ley 12.256. Ley de Ejecución penal bonaerense, La Plata, Argentina, 19 de enero de 1999.
- Ley 14.296, La Plata, Argentina, 25 de agosto de 2011.
- Ley 14.783. Gobierno de la Provincia de Buenos Aires. Buenos Aires, Argentina. 19 de octubre de 2015.
- Ley 23.737. Código Penal. Buenos Aires, Argentina, 21 septiembre de 1989.
- Ley 24.660. Ejecución de la pena privativa de la libertad, Buenos Aires, Argentina, 19 de junio de 1996.
- Ley 25.929. Parto Respetado. Buenos Aires, Argentina. 25 de agosto de 2004.
- Ley 26.150, Programa Nacional de Educación Sexual Integral. Buenos Aires, Argentina. 4 de octubre de 2006.
- Ley 26.472. Ejecución de la pena privativa de la libertad. Modificaciones a la ley 24.660, al Código Penal y al Código Procesal Penal, Buenos Aires, Argentina, 17 de diciembre 2008.
- Ley 26.618, Matrimonio Civil. Buenos Aires, Argentina. Modificación al artículo 144 del Código Civil y Comercial de la Nación. 15 de julio de 2010.
- Ley N° 26.743, Identidad de Género. Buenos Aires, Argentina. 9 de mayo de 2012.
- Ley N° 27.335, Trombofilias. Buenos Aires, Argentina. 20 de diciembre de 2016.
- Luana Marian Lopez Reta (31 de agosto de 2019). *Mi "renacimiento" o la historia de una vida que demoró 40 años en suceder* [archivo de video]. Recuperado de: <https://www.youtube.com/watch?v=YjP5fbl2IZ8>
- Lugones, E. (27 de febrero de 2019). Edictos policiales y activismo travesti: entre el escándalo y la organización. *La Izquierda Diario*. Recuperado de <http://www.laizquierdadiario.com/Edictos-policiales-y-activismo-travesti-entre-el-escandalo-y-la-organizacion>

- Magalí Elisabet Rossi (9 de octubre de 2016). *Decálogo para periodistas por Verónica González Bonet* [archivo de video]. Recuperado de: <https://www.youtube.com/watch?v=t4DK3H34Zd8>
- Manquel, V. (2019). *El derecho a maternar de las personas presas: estrategias de vinculación de las personas madres detenidas con sus hijos/as fuera de la prisión*. *Descentrada*. 3 (2). Recuperado de: <http://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/92481>
- Maternidad Subrogada en Argentina (21 de enero de 2019). *El acuerdo de maternidad subrogada o contrato de gestación subrogada*. Recuperado de <https://www.maternidadsubrogada.com.ar/index.php/publicaciones/113-contrato-maternidad-subrogada-argentina>
- Maternidad Subrogada en Argentina (24 de septiembre de 2019). *Qué es la Gestación Solidaria - Argentina*. Recuperado de <https://www.maternidadsubrogada.com.ar/index.php/publicaciones/116-gestacion-solidaria-argentina>
- Ministerio de Salud de la Nación (2019). *Protocolo para la atención integral de las personas con derecho a la interrupción legal del embarazo*. Recuperado en <http://www.msal.gov.ar/images/stories/bes/graficos/0000001792cnt-protocolo-ILE-2019-2edicion.pdf>
- Ministerio de Salud, Provincia de Buenos Aires, Unicef, Fundación Kaleidos. (2015). *Determinantes sociales y ambientales para el desarrollo de los niños y niñas desde el período del embarazo hasta los 5 años*.
- Ministerio de Desarrollo Social de la Nación y UNICEF (2018). *Situación de NNyA sin cuidados parentales en la República Argentina*.
- Morello, A (18 de marzo de 2019). Por una Ley de Trombofilia: historias y lucha por su legislación en el país. *Filo.News*. Recuperado de <https://www.filo.news/Por-que-no-se-trata-la-Ley-de-Trombofilia-en-el-Congreso-l201903150001.html>
- National Center for Advancing Translational Sciences (2015). *Artrogriposis Múltiple Congénita*. Recuperado de

<https://rarediseases.info.nih.gov/diseases/777/arthrogryposis-multiplex-congenita>

-Observatorio Nacional de Crímenes de Odio LGBT. (2019). *Motivados por discriminación por orientación sexual, expresión e identidad de género*.

-Organización Internacional del Trabajo (2019). *La OIT convoca a construir un futuro del trabajo con igualdad de género*. Recuperado de https://www.ilo.org/buenosaires/noticias/WCMS_695540/lang-es/index.htm

-Organización Internacional del Trabajo. *Trabajadores domésticos*. Recuperado de <https://www.ilo.org/global/topics/care-economy/domestic-workers/lang-es/index.htm>

-Organización Mundial de la Salud. (2020). *Declaración conjunta de la UNODC, la OMS, el ONUSIDA y la ACNUDH sobre la COVID-19 en prisiones y otros centros de detención*. Recuperado de: <https://www.who.int/es/news-room/detail/13-05-2020-unodc-who-unaid-and-ohchr-joint-statement-on-covid-19-in-prisons-and-other-closed-settings>

-Organización Mundial de la Salud. (2014). *Del concepto a la medición: la aplicación práctica de la definición de aborto peligroso utilizada en la OMS*.

-Organización Mundial de la Salud (2018). *Discapacidad y salud*. Recuperado en https://www.who.int/es/emergencias/diseases/novel-coronavirus-2019?gclid=CjwKCAjwwab7BRBAEiwAapqpTO1sUAn3O1nYU82goMHFpJ62liOr0eurabqljer5C0ex0b3Z9kObRoC3mQQAvD_BwE

-Organización Mundial de la Salud. *Desarrollo en la adolescencia*. Recuperado de https://www.who.int/maternal_child_adolescent/topics/adolescence/dev/es/#:~:text=La%20OMS%20define%20la%20adolescencia,10%20y%20los%2019%20a%C3%B1os.

-Página 12. Congreso: presentaron un proyecto sobre gestación por sustitución. *Página 12*.

-Patronato de Liberados Bonaerense. (2013). *Cuadernos de Ejecución Penal*. 2 (3). Recuperado de: http://www.plb.gba.gov.ar/archivos/RevistaPLB/RevistaPLB_3.pdf

-Pereson, C. (diciembre de 2012). *Maternidad en la cárcel de mujeres: una intersección entre control social formal e informal*. VII Jornadas de Sociología de la Universidad Nacional de La Plata: “Argentina en el escenario latinoamericano actual: debates desde las ciencias sociales”. Universidad Nacional de La Plata, La Plata, Argentina. Recuperado de: <http://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/31216>

-Procuración Penitenciaria de la Nación. (2018). *Guía de derechos para las mujeres privadas de su libertad*. Recuperado de: <https://ppn.gov.ar/pdf/publicaciones/ediciones-especiales/Guia-de-Derechos-para-las-Mujeres-privadas-de-su-libertad.pdf>

-Procuración Penitenciaria de la Nación. (2019). *La situación de los derechos humanos en las cárceles federales de la Argentina*. Recuperado de: <https://www.ppn.gov.ar/pdf/publicaciones/Informe-anual-2019.pdf>

-Red por los Derechos de las Personas con Discapacidad (2017). *Mujeres en movimiento*. Recuperado en http://redi.org.ar/index.php?file=Prensa/Comunicados/2017/17-03-08_Mujeres-en-movimiento.html

-Red por los Derechos de las Personas con Discapacidad (2016) *Situación de las mujeres con discapacidad en Argentina 2016*. Recuperado de <http://redi.org.ar/index.php?file=Que-hacemos/Genero/Situacion-de-las-mujeres-con-discapacidad-en-Arentina-2016.html>

-Riat, M. (3 de diciembre de 2019). “Las malas madres”: *La maternidad en contexto de encierro y la vulneración de los derechos humanos*. Ponencia presentada en el II Coloquio de Derecho Internacional de los Derechos Humanos. Universidad Nacional del Sur, Bahía Blanca, Argentina. Recuperado de: <http://www.pensamientopenal.com/doctrina/48345-malas-madres-maternidad-contexto-encierro-y-vulneracion-derechos-humanos>

- Rodríguez, G. (6 de abril de 2018). Cárceles de mujeres: adentro se replica la violencia de afuera. *Tiempo Argentino*. Recuperado de: <https://www.tiempoar.com.ar/nota/carceles-de-mujeres-adentro-se-replica-la-violencia-de-afuera>
- Santoro, E. (15 de septiembre de 2018). La violencia machista en las cárceles bonaerenses. *Revista crítica*. Recuperado de: <https://revistacritica.com/el-sistema-de-la-crueldad-en-las-carceles-bonaerenses.html>
- Socorristas en red. *Cómo hacerse un aborto con misoprostol*. Recuperado de <https://socorristasenred.org/como-hacerse-un-aborto-con-misoprostol/>
- Sousa Dias, G. (3 de agosto de 2019). “Mi viejo es ahora una mujer trans”: la historia del hijo adolescente que acompañó la transición de su papá. *Infobae*. Recuperado de <https://www.infobae.com/historias/2019/08/03/mi-viejo-es-ahora-una-mujer-trans-la-historia-del-hijo-adolescente-que-acompano-la-transicion-de-su-papa/>
- Telediario Digital (30 de agosto de 2019). *Verónica González Bonet, la única periodista de TV con discapacidad visual en América Latina* [archivo de video]. Recuperado de: <https://www.youtube.com/watch?v=JppvpAWKBk&t=268s>
- Telefe (25 junio de 2019). “Mi mamá tiene que ser lo que ella quiera” - ¿Quién quiere ser millonario? [archivo de video]. Recuperado de: <https://www.youtube.com/watch?v=FZYGMa1AshE>
- Televisión Pública. *Visión Siete: “Ser madres con discapacidad”*. *Informe especial, primera parte* [archivo de video]. Recuperado de: <https://www.youtube.com/watch?v=zFJ2oMZtBGM>
- Televisión Pública. *Visión Siete: Visión Siete: Ser madres con discapacidad (Parte 2 de 2)* [archivo de video]. Recuperado de: <https://www.youtube.com/watch?v=Xf29krOrH2k&t=12s>
- Tremouilleres, D. (8 de marzo de 2019) Los riesgos del embarazo adolescente. *Feminacida*. Recuperado de <https://feminacida.com.ar/los-riesgos-del-embarazo-adolescente/>
- Unicef, Secretaría de Gobierno de Salud, Ministerio de Salud y Desarrollo Social. (2019). *Atención de niñas y adolescentes menores de*

15 años embarazadas. Recuperado de https://www.unicef.org/argentina/media/6006/file/Atenci%C3%B3n_MenoresDe15_Embarazadas.pdf

-Varela, J. (6 de mayo de 2014). Cómo viven los niños en la cárcel. *Cosecha Roja*. Recuperado de: <http://cosecharoja.org/como-viven-los-ninos-en-la-carcel/>

-Wei He, L. (13 de septiembre de 2018). Por qué 9 mil niños, niñas y adolescentes no logran ser adoptados en Argentina. *Redacción*. Recuperado de <https://www.redaccion.com.ar/por-que-9-mil-ninos-ninas-y-adolescentes-no-logran-ser-adoptados-en-argentina/>



Incómodas: Crónicas sobre maternidades disruptivas, parte de una ardua investigación y de múltiples entrevistas en las cuales se discute sobre los principales problemas en torno a la maternidad como construcción social de sentido, a través de cinco crónicas que abordarán distintos enfoques y miradas, sobre discapacidad, adopción y subrogación, situación de encierro, travestis/trans, y adolescencia.

Es hora de crear nuestro propio relato de la maternidad:

«Una maternidad feminista que despoje cada una de las construcciones y relatos de lo que las mujeres madres deben y quieren hacer, pero que no imponga un relato único, sino que plantee la libertad de ser y hacer. Una maternidad que no elimine a las mujeres como sujetas de derechos y deseos por el hecho de ser madres. Exenta de mandatos y referentes, sin distinción de clases y que contemple los tipos de familia no hegemónicas. Una maternidad libre, digna y colectiva».

